



Archivo General de la Nación

**“APORTES PARA  
UNA ARGENTINA PLURAL”**



PRESIDENTE DE LA NACION  
**DR. CARLOS S. MENEM**

MINISTRO DEL INTERIOR  
**DR. CARLOS CORACH**

SUBSECRETARIO DE ADMINISTRACION  
**CONTADOR GUILLERMO O. RODRIGUEZ**

INTERVENTOR DEL  
ARCHIVO GENERAL DE LA NACION  
**SR. MIGUEL UNAMUNO**

SUBDIRECTOR DEL  
ARCHIVO GENERAL DE LA NACION  
**SR. JESUS TEIJEIRO**

**APORTES PARA UNA  
ARGENTINA PLURAL**

**ARCHIVO GENERAL DE LA NACION  
1999**



# **APORTES PARA UNA ARGENTINA PLURAL**

Este volumen ha sido publicado merced a la generosa colaboración del Lic. Alejandro Vaccaro, del Lic. Julio A. Tapia y del escribano Eduardo Scarzo Japaze.

© 1999 by Archivo General de la Nación  
Leandro N. Alem 246 - Buenos Aires - Argentina

Hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Printed in Argentina / Impreso en Argentina

I.S.B.N.: 987-9206-10-X

## PALABRAS PRELIMINARES

Uno de los preciados tesoros del país es la memoria colectiva. Conservar y proteger la documentación y los testimonios oficiales, sumándole el aporte de bibliotecas, correspondencias y archivos privados de ciudadanos ilustres, constituye la misión primordial del Archivo General de la Nación.

Sin embargo, creemos que un repositorio de tales características no puede ni debe sustraerse a la función de ampliar el conocimiento cultural de los argentinos mediante una planificación articulada de acceso general y no limitada por su naturaleza a investigadores y estudiosos. En el último trienio, con ese objetivo, hemos programado y desarrollado ciclos de conferencias que han tenido notable repercusión en el público y en los medios de comunicación.

Personalidades de la más amplia gama de las actividades intelectuales —historia, ciencias, artes y letras— prestaron su apoyo y desinteresada colaboración honrando la tribuna hebdomadaria del AGN, a todos ellos extendemos nuestro agradecimiento. Sapiencia y jerarquía han sido valores primordiales en todos los casos, de manera que el conjunto de los expositores ha fortalecido, sin acuerdo previo, una auténtica cátedra de divulgación de temas, sucesos y personajes de la realidad nacional de todos los tiempos.

En este sentido, no es ocioso reiterarlo, el AGN habilitó el salón auditorio “Dr. Diego Luis Molinari” sin condicionamiento alguno. La etapa actual que vivimos en la Argentina, consolidando la democracia y los derechos y deberes inherentes a ella, con la convicción y el esfuerzo de todos los estamentos sociales, ha hecho posible que la pluralidad de ideas, aun las más controvertidas, gozaran de un espacio libre de expresión y confrontaran civilizadamente en el interés y el análisis de los asistentes.

Reconfortados por lo óptimos logros, entendemos que nuestro compromiso está, asimismo, en recoger y extender el pensamiento de hoy para las generaciones del futuro. Con esa finalidad iniciamos con el presente volumen la serie de publicaciones destinada a difundir, justamente, dichas conferencias públicas. Advertimos que se ha seleccionado sólo algunas de ellas, con la promesa de incluir las restantes en tomos sucesivos. En la elección no hemos seguido otro parámetro que la diversidad temática, agilizando los textos, desgrabación mediante, dentro de un contexto múltiple y calificado.

Aspiramos, como es lógico, a que el AGN, puertas adentro sea eficaz, cómodo y sustantivo, y, puertas afuera, integrado a la comunidad, generador de cultura y



ejemplar para la Nación que representa. Los muchos reconocimientos recibidos en estos años, incluso de identidades internacionales, como la UNESCO, nos estimulan en el quehacer de todos los días, continuando una tarea que comenzó hace más de siglo y medio.

Quiero por último dejar expreso nuestro agradecimiento a la desinteresada colaboración de los Sres. Lic. Alejandro Vaccaro, Lic. Julio A. Tapia y al escribano Eduardo Scarzo Japaze quienes han posibilitado la publicación de este volumen.

MIGUEL UNAMUNO  
Interventor  
Archivo General de la Nación

## **CONFERENCIAS**



## **“Pulperías y pulperos de Buenos Aires: 1750-1830”**

*por Carlos Mayo. (2-V-1996)*

El virrey del Perú tenía razón cuando decía que Buenos Aires a fines del siglo XVII, era una ciudad de comerciantes, decía inclusive de «meros comerciantes», lo cual habla de la perspectiva limeña y de ese virrey, y no sólo de ese virrey. En Buenos Aires no había casa, decía un viajero, donde no se vendiera algo. Es evidente que el espíritu mercantil, ya entonces, saturaba la capital del virreinato. Todos vendían algo, pero sobre todo sus robustas casas mercantiles, especialmente los grandes comerciantes que han sido objeto de especial interés para los historiadores. Son realmente el único grupo de comerciantes, (los exportadores e importadores) que conocemos bien. Pero del comercio minorista, se sabe mucho menos en el período colonial tardío y en los comienzos de la emancipación, y lo poco que se sabe es sobre las pulperías. Pero cuando uno indaga la bibliografía sobre la pulpería, se advierte que en realidad se ha forjado casi una imagen mítica que llega desde el fondo de la historia, de la memoria colectiva, embellecida por la literatura gauchesca, que ha perdurado hasta hoy, aun en los trabajos más serios. Cuando se habla de la pulpería, los historiadores han terminado por estudiar la pulpería rural. ¿Cuáles eran los rasgos casi míticos de esa pulpería? La imagen que todos tenemos, es la imagen de un antro donde se bebe y se juega, donde se explota a los desheredados, donde además de beberse alguna copa de aguardiente, se vendían algunos otros productos, que algún historiador enumera, y que si le hacemos caso a alguno de ellos, no era más que una serie de productos limitados, que revelaban en el fondo, no lo dicen abiertamente, hábitos de consumo muy estrechos, muy sencillos, muy poco sofisticados. Era un lugar visto como algo sórdido, un lugar donde realmente los únicos clientes, los principales clientes habitués, eran los gauchos. Esto es algo que está flotando en la literatura, sobre todo en la más antigua, la más arcaica. Y el pulpero es un personaje con mucha sordidez, apenas desentona su sordidez con la sordidez del local; es visto como un hombre tramposo, taimado, que sin embargo no tiene rostro. No sabemos de donde viene, quién es, adónde va, qué peso tiene en la población, cuáles son sus hábitos, su estilo de vida. La de este pulpero es una imagen fantasmagórica, que parece estar condenado a estar detrás del mostrador. Su única vida pública es la pulpería.

En Mar del Plata, en la Universidad de Mar del Plata, con un equipo de investigación que dirijo, integrado por Angela Fernández, Laura Cabrejas, Daniel Virgili, Vanesa Velich, Julieta Miranda y Diana Duarte, empezamos a indagar este tema y sobre todo a estudiar esa otra pulpería que es menos conocida aún que la rural, que es la pulpería de la ciudad de Buenos Aires. Cuando comprobamos que

había a fines del período colonial unas cuatrocientas pulperías en Buenos Aires, comprendemos la importancia y la magnitud del tema. Nos interesaba estudiar por de pronto ese pulpero anónimo, de dónde venía, qué origen tenía, cual era su estilo de vida, cómo comerciaba ese pulpero; ¿era realmente el pulpero, sus hábitos comerciales, su manera de comerciar simplemente una forma apenas disimulada de la estafa? ¿era su arte de comerciar, si así se lo puede llamar, un repertorio de pillerías, digamos así?. ¿Qué hacían los pulperos más ricos, en qué invertían sus recursos?. Esta pulpería, aparentemente tan conocida y sobre la que todavía falta tanto conocer ¿cómo funcionaba como empresa? ¿de dónde sacaban los capitales para invertir los pulperos en un negocio de este tipo? ¿eran rentables, cuánto ganaba un pulpero en este negocio?. Otro tema que nos interesaba era determinar la cuestión de qué es lo que realmente vendía una pulpería, ¿hasta dónde llegaba la relación de la pulpería con el mercado? ¿cuál era la función de la pulpería en la sociedad colonial, en la sociedad virreinal, sobre todo en la capital de nuestro virreinato?. Todos éstos temas se fueron dibujando y fueron respondidos consultando documentación que hay en nuestro archivo. En realidad, las fuentes sobre las que se construyó la imagen tradicional de la pulpería, eran sobre todo testimonios de viajeros, actas de cabildo, bandos, testimonios nostálgicos de memorialistas como José Antonio Wilde, y algunos que otros inventarios. Esas fuentes predisponían a la imagen negativa de la pulpería, de sordidez, de marginalidad, de trampa, de engaño. Si nosotros vamos a la DGI, hacemos la historia de las empresas argentinas en la DGI, vamos a pensar que son todos evasores, bueno, para el cabildo el pulpero resulta sospechoso, recurrir a las fuentes del cabildo para estudiar las pulperías es muy útil, pero hay que tener cuidado porque el cabildo sospecha permanentemente del pulpero, los bandos se habían enemistado con el pulpero, de manera que los gobernadores tampoco son una fuente confiable, son útiles, pero son una fuentes sobre las que podemos basar la investigación. Nosotros tratamos de ver otras fuentes más directas, menos contaminadas por la opinión, por ejemplo los inventarios de las pulperías, que están acá en las sucesiones, encontramos cerca de cuarenta inventarios de pulperías entre 1758 y 1824. Libros de pulperos, hay algunos que se conservan, esas famosas rayas trazadas en cuadernos ¿qué significaban? ¿qué nos revelaban esos libros, esas rústicas contabilidades sobre la marcha del negocio?. También consultamos los testamentos que están ahí por docenas en los protocolos notariales. Si hubo 400 pulperías, si hubo cerca de 500 pulperos en 1820, naturalmente testamentos no faltan de estos hombres, y son fuentes muy interesantes, muy reveladoras para explicarnos su negocio, su origen, su familia y hasta su mentalidad. También trabajamos algunos juicios, por supuesto, donde al estallar el conflicto se definen las normas. Pero fundamentalmente nuestras fuentes fueron sobre todo los inventarios, los testamentos, los libros de pulperías y alguno que otro juicio. ¿Qué pudimos averiguar con nuestro equipo de todos estos temas?. Por lo pronto, ¿de dónde venía el pulpero? Comprobamos que, hasta 1810 por lo menos, como los comerciantes mayoristas, los pulperos de Buenos Aires, eran en su gran mayoría españo-

les, peninsulares. En el censo de 1810 que trabajó García Belsunce, da un total de 418 pulperos, de los cuales 273, o sea el 65 % son peninsulares. Los criollos no alcanzan a ser la tercera parte. Y hay un reducido grupo de extranjeros, genoveses, portugueses que se dedican al ramo de la pulpería, pero son un pequeño porcentaje sobre el total. Nuestra muestra de testamentos, sobre un total de 71 casos, 49 son pulperos nacidos en España, 18, o sea un 36 %, son por su parte, nativos de Galicia. Y este fue otro dato interesante, el gran predominio de gallegos entre los españoles que se dedicaron a la pulpería en Buenos Aires. La mitad de los pulperos censados, el 55 % de los pulperos censados en 1810 son gallegos. Los hay también catalanes como José Almiral, que tenía una pulpería frente a la plaza nueva. Hay andaluces, de las Baleares, de las Islas Canarias. Todas las regiones de España están representadas, pero los gallegos son predominantes. Y entre esos gallegos encontré, por ejemplo, testando, a don Francisco Alem, un gallego, el abuelo de don Leandro Alem, fundador de un partido popular como el radicalismo. En fin, como vemos estos pulperos que venían de otro lugar, de otra región, terminaron echando raíces, fundando dinastías en la Argentina.

En cambio no encontramos en el siglo XVIII ni mestizos, ni indios, ni negros libres, regenteando pulperías. Estaba prohibido, pero esa no debe ser la razón. La razón es sobre todo que hay que saber leer y escribir, hay que tener nociones ciertas, nociones básicas de aritmética, y por alguna otra razón, el negocio ya estaba monopolizado por los peninsulares, y ellos eran los que controlaban las redes de acceso al mismo, se me ocurre pensarlo como hipótesis ¿no?. Tampoco encontramos mujeres, muy pocas mujeres. Yo decía, que eso de la pulpera de Santa Lucía llama la atención, no por los ojos celestes, llama la atención porque era mujer, y no era habitual ver mujeres en los negocios de pulpería de Buenos Aires, como administradoras o como dueñas. Sólo dos mujeres aparecen censadas como pulperas sobre 200 pulperos en 1778, son unas 25 sobre 500 en 1825. Y deben haber aumentado en número porque por la guerra con el Brasil se me ocurre que algunos hombres han tenido que sentar plaza de armas y han quedado las mujeres al frente del negocio. Es decir, la mujer no ocupó un papel importante como dueña o administradora de la pulpería, lo cual no significa que la mujer no jugó un papel muy importante como clienta de la pulpería como veremos de inmediato. Es decir, estamos viendo en realidad ese otro español, el español pobre, del que nadie habla o hablan muy pocos. La historiografía se dedica sobre todo a los grandes comerciantes, a los burócratas, esa elite mercantil y burocrática de origen peninsular que se constituye a fines del siglo XVIII en toda América española. Y estos otros españoles pobres, marginados, que trataban con la plebe de la ciudad, que trataban con la población criolla, que llevaban una vida oscura, de éstos nadie se ocupaba. Y buena parte de estos españoles pobres eran pulperos, es uno de los sectores que absorbe a estos inmigrantes recién llegados, con muy poco o ningún capital, en las pulperías. Y yo me pregunto, ante ese odio contra los españoles que sentía la población criolla

de la ciudad y el vecino de la cuadra que hablaba mal de los españoles, ¿en quién estaba pensando? En el Virrey al que no había visto nunca, o en este gallego de la esquina, que se le ha metido en su vida, en su barrio, que a lo mejor escuchó alguna vez hablar mal de los criollos, de que eran holgazanes, y que además por ahí le tenía empeñado, su recado, su mate de plata, su poncho. Este es el otro peninsular, el peninsular que no tuvo éxito, o que tuvo un éxito muy relativo, y que demográficamente es mucho más importante como presencia en la inmigración, que los altos comerciantes y el puñado de burócratas que dirigían el virreinato.

Nosotros encontramos que la palabra arte de comerciar parece adecuada para definir aún a los rústicos procedimientos mercantiles de los pulperos. ¿Era verdad que el pulpero no era más que un hombre tramposo, taimado, estafador que adulteraba el vino, que estafaba a los clientes? ¿es ésta imagen tan negativa, la única que puede prevalecer cuando evaluamos estas otras fuentes?. Bueno, junto a esas malas artes, que algunos practicaron sin duda, la fama no viene sola, había otras estrategias que revelan que los pulperos eran hombres de recursos, astutos, capaces de por buenos métodos, ingeniosos, atraerse clientes, conservarlos; pero antes de analizar cuáles eran esos procedimientos legítimos para vender y para captar clientes, veamos que circunstancias condicionaban ese arte de comerciar. Era, por lo pronto, un negocio muy competitivo y altamente volátil, con 400 competidores, con 2 o 3 pulperías por cuadra, el pulpero estaba realmente sometido a una intensa competencia de sus rivales. No había mucha moneda sencilla en el virreinato, si hoy hay problemas de cambio en los negocios, imagínense en el siglo XVIII, pero había moneda y circulaban las monedas pequeñas, pero no en gran cantidad, dato que también predispone ya a fiar, al fiado. También la fluctuación brutal de los precios, provocado por las sequías en las campañas, que hubo muchas en el siglo XVIII, o por las guerras del siglo XVIII, frenaban la importación de productos que también vendían las pulperías. Esta puntual situación en los precios también jugó un papel de alguna manera en el arte de comerciar de nuestros pulperos. Y finalmente los ingresos, ciertamente bajos, de buena parte de su clientela. Todos estos factores condicionaron a una forma de comerciar, donde si el fraude pudo no estar ausente, había cosas como la yapa, por ejemplo, que creo que ha sido una invención de nuestros viejos pulperos, que como dice José Antonio Wilde, era una guerra de recursos que se hacían los pulperos entre sí. Ustedes saben lo que es la yapa, que en el caso de los pulperos eran pequeños maníes, o terrones de azúcar, o partes llamemos de mercancía, que según las malas artes, se recuperaban mientras el cliente miraba para otro lado, o sea que no perdía nada pero siempre le daba un favor, esta yapa era sobre todo para atraer clientes, además, en algunas pulperías de Buenos Aires, que se compraban muchos productos de más de medio real de ciertos productos, se daba medio real de yapa, esto era una estrategia de marketing digamos, rudimentaria pero ingeniosa. Los que llegaban por la yapa como los peces sobre la carnada, eran los esclavos de Buenos Aires, los niños, los mandaderos, que

llegaban a comprar para los amos las mercaderías. Estos eran los principales destinatarios de la yapa, y los que trataban de sonsacarse unos a otros los pulperos de la ciudad. Viendo libros de pulperías, se descubre también, que los pulperos, como buenos comerciantes, por estimular el consumo de sus buenos clientes, hacían descuentos a los que llevaban cierta cantidad de mercadería, o sobre todo a los clientes que eran conocidos, familiares, que eran solventes. Hemos comprobado por ejemplo, que en el precio de los ponchos, o en el precio de los vinos, siempre se hacía un descuento de un peso, de unos reales, para el buen cliente que llevaba mucha mercancía. Después estaba, por supuesto, la guitarra, que era infaltable y en algunos casos la traía el peón, el gaucho o la tenía ya el pulpero. La guitarra era otro mecanismo también, de marketing ¿no es cierto?. Circulaba la guitarra, se ponían a cantar, a beber y podían estar allí todo el día. Además nos encontramos con que las pulperías tenían vidrieras. Eran unas vitrinas que tenían muchas pulperías de Buenos Aires, fines del siglo XVIII tenían 5, 6, 7, 8 cristales, con cajones o sin cajones, donde exhibían, como nuestros almaceneros de barrio, quesos, dulces, para tentar al parroquiano a gastar, para incrementar las ventas, algunos tenían canchas de bochas, tiraban las bochas, en fin, la sensación era que se maximizaba la manera de arrancarle el último real al vecino que llegaba o al parroquiano que también visitaba la pulpería. ¿Esto que revela, el famoso poder del pulpero del que hablaba la historiografía tradicional, o su debilidad? ¿Quién es el cautivo con 400 pulperías, el gaucho, el cliente o el pulpero?. Bueno, no creo que sea una cosa tan extrema de un lado u otro. Pero en verdad, estas estrategias revelan más su desesperación, su ingenio por obtener ese real de más, que su poder. Es decir, no creo que la pulpería haya sido un mecanismo más en las formas de coacción, por lo menos por la población urbana. Además todo pulpero sabía que la base del negocio era el trato personal como el almacenero del barrio, la sonrisa fingida, el buenos días, el buenas tardes, seguramente el chisme, susurrado a la mujer del herrero que llegaba por medio real de pan, el hecho de fiar a veces ambiguo, la sensación de que le daba confianza al cliente, le vendía a crédito, todos estos mecanismos revelan que el trato personal fue algo muy importante, y como decía el gremio de pulperos de Buenos Aires, estafar no es muy conveniente, porque la gente se entera y esa pulpería, el pulpero ladrón se vacía rápidamente de clientes, porque repito, éstos tenían alternativas muy cerca y muy ricas. El sistema funcionaba sobre el fiado, el pulpero compraba fiado y vendía fiado, es verdad que algunas compras las hacía en metálico, es verdad que el metálico circulaba en la pulpería, no así en otra parte de América, pero el fiado era el mecanismo fundamental. ¿Cuánto era el monto del fiado, hasta dónde fiaba el pulpero?. Bueno, eso depende del cliente, de la familiaridad, de la confianza que le tuviera, pero en general, en dos o tres libros de pulperías que hemos estudiado, el fiado tiende a concentrarse entre uno y cinco pesos, en la banda de uno a cinco pesos y de cinco a diez; el grueso de lo fiado no excede de los diez pesos. Algunos clientes, de tanto en tanto, van pagando su cuenta, y se les sigue abriendo para retirar nuevas mercaderías. ¿Quiénes reciben fiado?. Bueno,



mirando las listas de pulperías que dan los inventarios que se encuentran en el Archivo, uno puede encontrar, por ejemplo, la lista de los clientes. Un buen procedimiento aproximativo para saber socialmente de quién se trataba, es separar los que son Don de los que no son Don, las Doñas de las que no lo son, no porque la Doña y el Don fueran muy restrictivos, al contrario, a fin del siglo XVIII cualquiera es Don prácticamente, realmente lo interesante son los que no son llamados Don, ese residuo, muy marginal o muy descartado que ni siquiera merece el título de Don. En algunas listas de fiados, entre el 80, el 50 y hasta el 100 % del fiado, lo recibe gente sin Don, ese peón, ese artesano o ese jornalero que llega ahí por el medio de pan, y el pulpero le vende fiado, o sea que entre el 18 y el 100 % de algunas pulperías otorgan el crédito a quienes menos recursos tienen, a quienes más marginados son socialmente o más descartados son en la sociedad colonial, aunque también hay sumas fuertes a vecinos prestigiosos del barrio. Además ustedes saben que la de la pulpería era una casa de empeño. ¿Hasta qué punto esto es cierto?. En el virreinato del Perú, en la nueva España, la pulpería era efectivamente una casa de empeño ¿Y en el Río de la Plata, en Buenos Aires? Bueno, era posible para los pulperos y para los clientes, empeñar prendas, pero no era una actitud muy frecuente; sólo en muy pocos inventarios hemos encontrado prendas empeñadas, y por un valor muy reducido en relación al stock de mercancías, o sea entre un 5 y un 4 % del stock del capital invertido en la pulpería había sido el valor de las prendas fiadas, por mecanismo de empeño. Naturalmente el pulpero no tiene ningún interés, no tiene mayor interés en el sistema de empeño, porque a veces eso significaba prestarle metálico y retirar ese metálico del círculo mercantil, eso no le interesaba; hay pulperos que mueren diciendo fulano de tal me debe, todavía tiene aquí su recado, recuperaban a veces el dinero. Enfáticamente hay que desmentir que nuestras pulperías fueran realmente unas casas de empeño, así, en un sentido muy rotundo, muy habitual, muy frecuente.

Los márgenes de ganancia eran muy altos, la yerba dejaba un 90 % de ganancia a algunos pulperos, los botones por ejemplo, los ponchos, 100, 200 %. Y había un aspecto extorsivo del negocio de la pulpería, y de todo el comercio colonial, porque los altos márgenes de ganancia también son propios de los grandes comerciantes, de todo ese colonial monopolista, que como decía Belgrano compraban por dos y vendían por cuatro. También el pulpero compraba por dos y vendía por cuatro. El vino dejaba entre un 14 y un 40 %. Pero estos márgenes de ganancia, como veremos, no aseguraban negocios muy prósperos o una tasa sostenida de rentabilidad.

En realidad, no puede menos que señalarse la importancia de la pulpería como instrumento de crédito, como institución de crédito para las clases bajas y medias de la ciudad. En realidad la pulpería viene a ser en este caso el último eslabón de una cadena de créditos que tiene su centro en la iglesia y en los grandes

comerciantes. Y si bien no fue un papel importante como casa de empeño, lo fue como centro y mecanismo de crédito en metálico y en mercaderías. ¿Qué es lo que hace que el fiado sea inevitable en estas pulperías? El fiado es el talón de Aquiles del pulpero, un mal fiado le puede significar el derrumbe del negocio, si no le pagan se viene a pique (no puede demandar a este peón o a este jornalero ¿para que le embargue qué, a cambio de lo que le debe?. Está liquidado, si fia es por dos cosas: por una fuerte competencia con otros pulperos y segundo porque si quiere aumentar su nivel de ventas, tiene que fiar, porque no le pueden pagar en metálico y va a perder a sus clientes; por otra parte, para el cliente pobre, el fiado es quizá el único mecanismo que tiene para comprar regularmente en la pulpería.

¿Qué hacían los pulperos exitosos? Bueno, una de las inversiones interesantes era en esclavos. Uno o dos esclavos era habitual en los pulperos ricos, algunos tenían más, generalmente los que tenían otras propiedades. Entre el número de pulperos con esclavos se situaba una minoría, en el censo de 1778 solo el 16 % de los pulperos tiene esclavos, en el censo de 1810, sólo el 34 %, ha subido la proporción de amos entre los pulperos que tienen esclavos. La otra inversión preferida era la propia casa, el pulpero que puede, se compra su casa, deja de alquilar; y si es posible una casa con esquina, porque las pulperías funcionaban en la esquina. El promedio del valor de las casas de los pulperos de Buenos Aires que hemos estudiado, ronda en alrededor de 3500 pesos, valor promedio bajo, si lo comparamos con el promedio de valor de casas de los grandes comerciantes que es de 16.000; pero no si se compara con el valor de las casas de los estancieros que vivían en Buenos Aires, que según mis datos, no pasa de los 2.000 o 3.000 pesos. Es decir que un pulpero de Buenos Aires tiene una casa de un valor, igual valor al un estanciero próspero de la campaña bonaerense. Claro, algunos eran ranchos, pero otras, casas más sólidas, austeras pero con las necesarias comodidades. No hay inversiones en el mundo rural, el pulpero de la ciudad como el comerciante de Buenos Aires es un hombre urbano, en sus inversiones también. Muy pocos tienen estancias. El pulpero de la ciudad de Buenos Aires, si invierte, invierte en una casa de alquiler, en un lote, en propiedades urbanas, en un cuarto de alquiler, en otra pulpería, el pulpero urbano está un poquito aislado de la campaña en ese sentido. Es un hombre que tiene sus intereses también en la ciudad. Algunos se hacen zapateros, tienen almacenes, pero en realidad la alternativa es abrir otra pulpería. Los que tienen dos o tres pulperías son los menos, esta elite de los pulperos, son el 30 o el 40 % de nuestra muestra. José Antonio Wilde nos presenta, y algunos viajeros, la imagen de un pulpero que tiene un aspecto muy deplorable detrás del mostrador, muy mal entrazado, mal vestido, sucio, en alpargatas, en mangas de camisa. Pero en realidad estudiando el estilo de vida de algunos de estos pulperos, sobre todo los más ricos, comprobamos que esta visión resulta un poco estrecha y limitada. Estos pulperos por ejemplo, tienen calzones, tienen chupas, tienen chalecos, tienen capas, en un caso, me acuerdo, en el caso de don Marcos Silva, que se ha podido comprar una

peluca, ostenta una peluca. Hemos encontrado también pulperos que tienen casas más chicas que las de los comerciantes, pero casas con patio, con su retrete, con su cocina, dormitorio, su trastienda, su esquina, en fin casas no holgadas, pero hechas para habitar. Pulperos con un mobiliario también muy austero, pero no les faltaban las comodidades mínimas, cujas, camas, algún biombo, algunos muebles, sencillos. No había por supuesto los muebles que uno puede encontrar en la casa de don Domingo Basavilbaso por ejemplo, pero, lleva un estilo de vida sencillo pero no tan pobre, tan limitado, tan estrecho, tan deprimente como el que nos deja la visión de algunos viajeros. Más aún, algunos son lectores, muy pocos, de libros de caballería, libros piadosos, alguno tiene un diccionario, es decir que esta orientado más a un sentido práctico. También estos pulperos son hombres muy religiosos, muy devotos. Los más ricos tienen una vida religiosa muy activa, pertenecen a las cofradías, a las terceras órdenes de la ciudad, de San Francisco, ahí se codean con la gente de las clases altas, o por lo menos comparten ese espacio con la gente de las clases altas. Son, por supuesto, alfabetizados, a diferencia de nuestros estancieros. Un 60 o 70 % sabe firmar, lleva cuentas, necesitaban llevar cuentas en los negocios, rudimentos de aritmética eran indispensables, por lo menos saber leer y escribir, aún para los aspirantes a mozos de pulpería. Claro, ustedes se preguntan ¿era mucho o poco esto para un inmigrante gallego?. Bueno, como veremos, muy pocas familias de pulperos podían dar el gran salto, hasta convertir a algunos de sus hijos en verdaderos ricos. De manera que los pulperos que estudiamos, aún los más ricos, se veían ligados a la pulpería, es decir la pulpería no era un negocio, ya veremos por qué, que lograra por sí mismo promover a alguno de sus miembros a los escalones más altos de la sociedad colonial. Eran sobre todo, gente de un mediano pasar, pero desde otro punto de vista, terminar con dos esclavos, una casa en Buenos Aires, una tercera orden, con la hija casada quizá con un empleado público respetable, aunque decoroso, de ingresos decorosos o pequeños, con algún hijo fraile, con dos pulperías, una a cargo de un administrador, o las dos, a quien él da las órdenes, retirado del negocio, casi rentista, no era poca cosa para un inmigrante gallego que viene de un campo asolado por el minifundio y el sistema foral. De manera que si lo vemos desde el punto de vista del ascenso social, podrá no ser espectacular, como en algunos casos que si, pero representó para ese inmigrante, en los casos de éxito, una sensible mejora en su condición, en sus hábitos de vida y en las condiciones materiales de su existencia. Seguirá siendo «un infeliz pulpero», como decía un miembro del Cabildo, pero ya un hombre que tiene asegurado un pasar, en algunos casos más que confortable, y que como buen hombre de la sociedad colonial, ya tiene hombres a quienes él les da órdenes, y que como buen empresario, ya él es un pequeño rentista retirado del mostrador.

¿Cómo era la pulpería como empresa? ¿De dónde venía el capital para montar una pulpería? ¿Cuál era el capital necesario para montar una pulpería en Buenos Aires?. Azara, don Félix de Azara que es una fuente tan buena de información, dice

que poner una pulpería en Buenos Aires no era muy difícil, requería unos 200 pesos que «cualquiera le presta», lástima que no dice quién es cualquiera, entonces nos deja sin saber de dónde provenía el capital que algunos de estos pequeños pulperos obtenían para montar su negocio. Alguna vez era un pariente, algún suegro, algún entenado, algún compadre que le ofrece dinero, o mercancía para habilitarla en un negocio de este tipo. Casarse con la hija de un pulpero, por ejemplo, o la viuda de un pulpero podía ser un buen camino para aquel que aspiraba a abrir uno de éstos locales. El casamiento le aseguraba el control o la participación en una pulpería. Pero parece que el mecanismo más común era aún más sencillo. Era incorporarse a la pulpería como mozo y después como administrador de la pulpería, o sea asociarse como administrador, trabajando la pulpería para este otro pulpero ya rico, retirado, y a cambio de una participación en las ganancias. Este era el mecanismo de ascenso y de formación del capital del inmigrante recién llegado. Se hacía mozo y recibía un sueldo, si le iba bien, terminaba de administrador, a veces entraba directamente como administrador. Puede ser un pariente, un tío, un sobrino, un paisano, que se asocia al pulpero ya casi retirado, al dueño de la pulpería. Entonces funciona así: uno es el dueño, había otro más discreto, más representativo, que era habilitado, era el que regenteaba la pulpería, para el dueño que estaba ausente, atendiendo otros negocios o directamente retirado de la vida activa. Lo hacía a partir de utilidades, es decir, cobraba por su trabajo en dividendos de lo que daba la pulpería, puede ser el 30, el 40 y el 50 % de las utilidades. Si el mismo ponía o no un pequeño capital, capital que había hecho él, de esta manera, recibiendo parte de las ganancias por su trabajo. Si le iba bien entonces, al finalizar el ejercicio, se hacía el balance, y ya terminaba el administrador con un pequeño capital, en mercancías sobre todo, en el fondo de comercio de la pulpería. Podía asociarse con el dueño poniendo una parte del capital y seguir trabajando detrás del mostrador, o podía, si le iba muy bien, instalarse por su cuenta, y convertirse en un rival de su ex patrón. Esto si le iba bien, si le iba mal terminaba trabajando en las chacras, buscando otro conchabo. También a mucha gente le iba mal. Si no tenemos tantos datos de gente que le va mal, es porque queda menos documentada que la que le va bien. Pero hay un caso, un caso patético, un tal Francisco Sosa Paula y Marín, que fue administrador de la pulpería de su hermano, que declaró en su testamento no tener bienes ni cosa alguna, salvo las cortas ropas de mi uso, y dice que ha quedado endeudado con su hermano y termina diciendo, que Dios se lo pague y pidiéndole a Dios que lo perdone por la deuda. En fin, también hay casos de crisis, de fracasos, la tasa debe haber sido alta. ¿Por qué habrá sido alta, cuál es la rentabilidad del negocio de la pulpería, era rentable o no?. Bueno, suponemos que si había tantas pulperías, el negocio era atractivo. Era atractivo en parte, porque su ingreso era fácil, no necesitaban un gran capital para ingresar ahí. Pero además era atractivo porque como veremos, era rentable; he encontrado rentabilidades del 30, del 40 y del 50 y un más por ciento por año, una estancia no deja eso. Claro, una vez que llegan las utilidades hay que repartirlas, las ganancias se reparten entre el dueño y su

socio o sus asociados, pueden ser dos o más, y después hay que descontar de esa ganancia lo que el pulpero, dueño o administrador, han gastado de la pulpería, porque el pulpero, como estos comerciantes, viven de la pulpería. Todo lo que consume él y su familia lo saca de su negocio, de su fondo de comercio, y eso por supuesto, registrado en estas contabilidades rústicas, lo que revela que este negocio no era caprichoso, que se manejaba con pautas muy racionales, revela, efectivamente, que se trataba de calcular mejor la utilidad y la ganancia y lo que le correspondía a cada uno; entonces en los balances aparece, descontado del administrador lo que el administrador consumió, sino también de sus utilidades.

Pero claro ¿eran estas tasas de ganancias sostenidas en el negocio de la pulpería? pareciera que no, que como todo negocio del mundo colonial, y sobre todo este, el negocio era muy vacilante, muy fluctuante, hay grandes tasas de ganancias seguidas de años muy malos. Se pierde y se gana mucho, en consecuencia hay una cierta inestabilidad, si los datos que tenemos, que son muy pocos, son representativos. Lo cual revela, precisamente porque no hay pulperos convertidos en grandes comerciantes de la noche a la mañana, porque la tasa de ganancia no es sostenida, y no le permite acumular un nivel de ingresos y de riquezas suficientes que uno proyecte, de pronto o con el tiempo, hacia la primera fila de la sociedad colonial. Es decir, el negocio tiene una alta prima de riesgo, es rentable pero es riesgoso. ¿Qué venden las pulperías? Bueno, acá viene una sorpresa para nosotros muy grande, no eran cuatro o cinco productos. Nosotros encontramos 250 productos distintos, 590 en total contando las variedades de un mismo producto. 250 productos en total tomando todas las pulperías. Es notable, y cuando comprobamos qué productos eran estos, comprobamos que la pulpería era un pequeño supermercado. Era por supuesto una taberna, la pulpería; el alcohol era muy importante. Hemos encontrado, no sólo vino, sino, aguardiente, anís, anisete, ginebra, ya en 1820 cerveza, sorbetes, el gusto alcohólico de los porteños no se limitaba al vino o al aguardiente, aunque se calcula que el trabajador porteño consumía alrededor de medio litro de aguardiente por día y un litro de vino por día, así que se imaginan que éste era un consumidor excelente, y no es extraño que la principal inversión de la pulpería fuera en bebidas. Comparando el valor del stock de vinos y productos alcohólicos, con el resto de los productos que son muchos, las bebidas alcohólicas representan un porcentaje mayor que el resto, de manera que si el pulpero invierte mucho en bebidas es porque evidentemente es un negocio muy rentable, un rubro muy rentable de su negocio. Pero estaríamos muy equivocados si pensáramos que la pulpería porteña era simplemente una taberna con un pequeño almacén anexo, porque además es un almacén muy bien surtido, con unos 58 productos distintos. Ahí no sólo encontramos yerba que es infaltable, arroz que es infaltable, harina, encontramos trigo, maíz, pasas de uva, quesos, legumbres, tomates, bueno, menos carne, todo, todo lo demás, hasta pescado, bacalao, o pescado del río, todo lo que ustedes crean, tortas, rosquetes, pan, el negocio del pan era muy importante, el pan

era muy importante porque el consumo de pan en la ciudad de Buenos Aires era enorme. Hemos encontrado el caso de una mujer que consume el 50 % de sus gastos, en el pan. De manera que expresamente el pan era un producto líder pues, como decía un miembro del Cabildo, al comprar pan el pulpero se jugaba la venta de otros productos, que se consumían con el pan, las aceitunas, el aceite, etcétera. Además de almacén, además de taberna, en la pulpería hay una mercería. Allí encontramos hilos, peines, peinetas, las variedades que ustedes quieran, botones. Vendían además artículos de tocador, jabones de los más distintos tipos.

Era una ferretería, se vendían clavos, herramientas, aperos agrícolas, hoces, arados. Venden escoplos, tenazas, papel, papel de las más distintas variedades; además las tiendas vendían en Buenos Aires productos como ropa, podemos encontrar desde calzones, ponchos hasta zapatos. José Pequeño, por ejemplo en 1800, ya vendía zapatos ingleses en Buenos Aires. La leña era un rubro muy importante, el carbón que se vendía menos y además de otros productos que ustedes se sorprenderían de conocerlos, artículos de pirotecnia, armas, que estaban prohibidas y se vendían con toda facilidad en Buenos Aires, como todo lo que esta prohibido. Rosarios para las mujeres devotas, guitarras, cuerdas de guitarras, bordonas, se vendían muchas, por docenas. Decía Sarmiento que el pueblo argentino era cantor, tenía razón. El argentino ha dejado de ser cantor, pero seguramente el de su época, viendo el consumo de guitarras y de cuerdas de guitarras, parecía que la campaña estaba llena de trovadores. Libros también, algunas pulperías vendían libros y estampas. Y desde luego anzuelos para los pescadores. Ponchos, recados, otro gran rubro recados, lazos, productos indígenas, los productos «pampa» llamémosle así, lazos torzados que les compraban no sólo los que venían de la campaña sino de la ciudad. ¿Qué nos está diciendo esto, qué nos está revelando?. Por de pronto, es la riqueza de la demanda de productos de consumo de la ciudad de Buenos Aires, de la población de Buenos Aires, y la riqueza de su dieta; no se reducía la dieta al arroz con leche, a la carne asada, los pastelitos. En Buenos Aires ya se tenía una dieta variada (fideos y tallarines si ustedes querían también). Esto esta revelando un nivel de consumo discretamente sofisticado, muy variado de las clases medias y bajas de la población de Buenos Aires a fines del siglo XVIII. Pero ningún estudio de las pulperías puede estar completo sin el estudio de los clientes, y sobre los clientes de las pulperías no esta todo dicho, no sólo eran gauchos, barbudos y con facones. La extracción social de los clientes de la pulpería era muy variada. Todos compraban en la pulpería, el rico y el pobre, el rico no iba, la gente decente de la ciudad no iba a la pulpería porque ese era un espacio plebeyo, denigrante socialmente, pero mandaba a sus criados o a sus esclavos, o a sus mandaderos. Algunos van por un vaso de vino. Otrós ya están pasados de copas, dormidos sobre el mostrador o en el piso, mientras que aquellos que no han caído todavía bajo el sopor, se instalan en la vereda y dicen piropos y hasta cosas gruesas a las mujeres y gente que pasa, ante la indiferencia general del barrio que ya estaba

acostumbrada a esta escena y la dejaba pasar. Había un momento en que la pulpería se vaciaba; entonces dice Wilde, se podía ver al pulpero en mangas de camisa y pasearse distraídamente en la vereda esperando que cayera algún nuevo parroquiano. Si el pulpero tiene estrategias para vender, el parroquiano tiene estrategias para comprar. No veamos en las víctimas, tontos que no se saben defender. Así como ustedes son clientes astutos, inteligentes y miran y confían pero no tanto, también el cliente de la pulpería tenía los ojos bien abiertos y no era una víctima ciega que se entregaba inerme a la codicia del pulpero. Por de pronto el típico cliente se hacía pesar delante de él, en la balanza romana o de cruz, la mercadería. Si mandaba al criado, y llegaba el criado con la mercadería a la casa, el dueño de casa miraba la mercadería y cuando consideraba que faltaba algo o la calidad no era buena, de vuelta a la pulpería. No se podía pedir a los señores consumidores de Buenos Aires virreinal que pagaran antes, pagaban después de consumir. Decían los pulperos que pedirle a los clientes que pagaran antes era someterse a disputas y a peleas. Y además había, por supuesto, estrategias que revelaban la astucia del cliente; esa mujer que quería que el pulpero le fiara pan, que el pulpero no quería fiar, ¿qué hacen ustedes cuando van a un quiosco y quieren algo que saben que no les van a vender de primera intención?: le compran otra cosa. Hacía lo mismo el cliente colonial. Si quería un medio de pan, no se lo iba a pedir al pulpero directamente, primero le iba a pedir un vaso de aguardiente que el pulpero sí quería venderle; después que le compraba el aguardiente, le pedía fiado al pulpero y el pulpero accedía. Había por supuesto, estrategias más tramposas de los clientes, esto de mudarse de barrio, sobre todo en esta población itinerante de peones y jornaleros que encontramos en la lista de clientes de pulperos, se fue, se fue del barrio, se fue a sus tierras, paraguayos, santafesinos, se iban jornaleros y peones, gauchos que se iban sin pagar la cuenta. Y además, como si esto no fuera poco, los peones, los esclavos y los niños de los mandados a veces se comían la yapa en el camino y después devolvían la mercadería, diciendo que el amo no las quería. Pero había un caso aún más grave, de la ínfima plebe decían los pulperos, que eran los arrebataadores, diríamos hoy, de la época colonial. Gauchos que pasaban a caballo y pedían al pulpero tráigame eso de allá, y reconocían el objeto y cuando lo tenían a mano salían disparando con el caballo sin pagar. Es decir, hay estrategias para vender y estrategias para comprar. En fin, creo que la imagen que surge de la pulpería en nuestra investigación y la que les he presentado, es algo más compleja de lo que creíamos; no todas tienen rejas, son instituciones de crédito muy importantes, son rentables, están organizadas, no son manejadas caprichosamente, revelan cierta sofisticación, el pulpero no es simplemente un taimado, tiene estrategias legítimas para comerciar, es un arte de comerciar, es un negocio rentable pero inseguro, un negocio muy bien surtido por lo habitual, un verdadero pequeño emporio en cada esquina.

Yo quisiera terminar recordando lo que dicen algunos testamentos de pulperos.

Revelan también que éstos eran también hombres de carne y hueso. Miguel Parra, por ejemplo, le pide a su esposa que mime y atienda con amor a los hijos que él tiene, como él lo ha hecho. Gaspar Santos, está herido en el hospital de muerte, y dice en su testamento, que perdona al que lo ha agraviado y puesto en este estado. Granillo y Rebollo ordena a su albacea no proceder con violencia contra sus deudores, sino buenamente, les intimen vayan pagando hasta cancelar los débitos, que no es mi ánimo perjudicarlos, pues siempre he estado para hacerles el bien, y son gente de mi confianza. José Seoane el almacenero, pulpero que llega después de muchos años con su negocio medio quebrado, dice que no los apremien a mis socios para que paguen, han sido muy buenos compañeros, que paguen lo que puedan, cuando buenamente puedan. Cláusulas que develan amor, pasión, ternura, buen compañerismo, es decir, virtudes que están en todos los hombres, y a las que los pulperos, los famosos codiciosos pulperos de Buenos Aires no eran ajenos.

Para concluir por fin estas largas reflexiones: la pulpería no fue un mojón de la civilización, como alguien sostuvo, ni tampoco sólo un antro de violencia y explotación de los desheredados, la pulpería urbana era a la vez, algo más y algo menos que eso, una ventana abierta al mundo de los tráficos, que se abría en la esquina del barrio; allí convivían la apacible cotidianeidad del almacén, y la sensualidad por momentos pecaminosa y violenta de la taberna; el arroz y el aguardiente; una estampa de la Virgen y una guitarra. El espectro de clientes que venía, llegaba cada uno con lo suyo: la mujer del herrero por el azúcar, un rosario y el último chisme del vecindario; el esclavo y los chicos de los mandados por la yapa; el criado de don Domingo Basavilbaso, por un poco de leña para la casa del patrón; el peón de campo, por ese trago de caña y esa partida de truco, conque pensaba resarcirse de un día fatigoso de trabajo realizado bajo el sol abrasador del verano, o el frío intenso y duro del invierno; allí, sobre ese mostrador, un cliente se llevaba su peso de pan y su medio real de yerba, otro apuraba su vaso garrón, allí mismo podía ver un adolescente del barrio, ver morir apuñalado a un forastero en un duelo tan heroico como gratutito. Si, la pulpería de Buenos Aires no pertenecía al infierno, sino más bien, a ese bullicioso purgatorio que era la capital del Virreinato. Su historia, como la de Buenos Aires misma, esta hecha de grandezas y miserias cotidianas. Y el pulpero, el pulpero estaba en todo caso, hecho casi del mismo barro que sus clientes, un barro algo más turbio quizás, pero el mismo barro al fin. Con esto termino.





## **“Los orígenes del Radicalismo”**

*por Prof. Hebe Clementi. (9-V- 1996)*

Yo dividí esta exposición en cuatro partes. En la primera, cómo llegó el krausismo como tema histórico a mí, a mi mundo de referencia; el segundo, el paralelismo con lo que sucedió en España, porque nos llega a través del krausismo español, y lo tercero es el elemento doctrinario que contiene el krausismo, y que deriva luego en la organización sistemática del Partido Radical. Y por fin, una discusión sobre los nudos centrales del Radicalismo, cómo se acerca a ese krausismo, qué implementación o vigencia tienen en nuestro efectivo Radicalismo, con los más y los menos.

Entonces, en el fondo lo que quiero decirles como anticipación, es que yo descubrí el krausismo, mientras dictaba historia de América Latina Contemporánea por primera vez en la Facultad de Humanidades de La Plata, creando en realidad los contenidos, porque no se había dado nunca esa materia, y leyendo un libro de los pocos que había en español de un tal Johnson sobre los sectores medios en América Latina, leía esta afirmación tajante, de que el krausismo había sido «la ideología de los sectores medios latinoamericanos», y yo en realidad, la historia que iba conociendo, me impedía unificar los sectores medios de toda América Latina, porque si bien tenemos algunas constantes que nos consiente hablar de América Latina, la verdad es que hablar de sectores medios me parecía como un abuso de diagramación abstracta, y por otro lado no había ninguna definición de qué era el krausismo.

De modo que me quedó la semilla de la ignorancia, pregunté y todo el mundo me dijo que era un movimiento alemán, que nadie sabía nada, que era muy confuso y que se había perdido en la historia. Luego leyendo el libro de Manuel Gálvez sobre Yrigoyen, que se publica en el año 38, encuentro algunas apreciaciones como bajando la abstracción, y hablando concretamente de algunas premisas. Saben que Gálvez, que escribe esta biografía de Yrigoyen, empieza en el 36 a escribirla, con la voluntad de escribir biografías históricas, a la que van a seguir la de Rosas; la de Sarmiento y otras, queda prendado de la figura de Yrigoyen, y saca en realidad una imagen de Yrigoyen que hasta ese momento no se conocía, y se produce una venta impresionante con reediciones, que evidenciaron que latía todavía el espíritu Radical. No fue por curiosidad que se leyó ese libro, sino por revivir un momento de la historia política y de la convivencia argentina, que Gálvez rescata con mucha precisión. Bueno, después hablaremos de Gálvez.

Lo que quiero puntualizar es que enfocar la historia argentina desde el ámbito de las ideas es trabajoso, porque en realidad no aparece en los libros, en general

son menciones, sin caracterizar qué contienen estas ideas en el fondo, y con el krausismo sucedió una cuestión extraña porque adviene en la segunda mitad del siglo pasado, cuando también es muy fuerte la influencia del positivismo francés, y un poquito más adelante se encuentra con el anarquismo individualista y con el socialismo, y por fin entrando en los primeros años del siglo siguiente, hasta con el comunismo, de modo que se hace un matete ideológico que uno no sabe dónde encuentra qué. Y cuando la confrontación antiliberal es muy fuerte, queda el liberalismo denostado en su integridad por los sectores conservadores, y en el liberalismo queda fagocitado e involucrado también el krausismo, que sí es parte del movimiento liberal filosófico, pero que tiene rasgos muy específicos, muy propios que le han consentido ser en España, por ejemplo núcleo del progresivismo, y cumplir históricamente, el mismo lugar que el socialismo en Francia, por ejemplo.

Para ir precisando las cosas, este tema de separar el radicalismo del positivismo es como la primera premisa. Nosotros fuimos profundamente positivistas, no es malo ser positivista, en el siglo pasado no fue crimoso o culposo ser positivista, a medias, aunque la exaltación del positivismo, se ve en el marxismo, pero el positivismo de la mitad de siglo, incluso el positivismo del curso filosófico de Comte, especificaba que las sociedades eran como los organismos, y podían atenderse de la forma más científica, y encontrar leyes de comportamiento social, que mostraban que la sociedad tenía niveles de progresión, un nivel metafísico, un nivel religioso, un nivel positivo, y el nivel final que era de la hermandad de todas las sociedades o las naciones. Eran etapas fijadas en una fórmula de procedimiento. Esta fijación al procedimiento es lo que cancela en cierto modo la libertad y la posibilidad de creación dentro de una organización positivista, y en todo caso el positivismo se asoció siempre con sistemas de gobierno, no digamos absolutos, pero sí tan seguros de que el positivismo era la buena ley, que terminaban siendo conservadores y abusivos de la autoridad. Y esencialmente, el positivismo aparece como una contrapartida a la organización eclesiástica, porque robustece el estado, y los estados de estas naciones de la segunda mitad del siglo pasado, buscan homologar la población -así como la globalización busca hoy con la regionalización-, pero entonces esta globalización se haría a través de la educación común, de la que nosotros tenemos el ejemplo mejor en la Ley 1.420. Si no se hubiera aplicado la ley de educación común, gratuita, generalizada y no doctrinaria, no se hubiera podido asegurar a esta población que se iba acrecentando en heterogeneidad por la inmigración y no se hubiera podido gobernar esta heterogeneidad. Fue la educación estatal la que lo procuró.

Pero al mismo tiempo desde la historia argentina, ustedes saben cuánta confrontación tuvo el gobierno de Sarmiento y el de Avellaneda inclusive, por la Ley 1.420. La iglesia sentía que rebajaba la importancia de sus fueros, y lo mismo pasó con los hospitales que pasaron a jurisdicción del estado, y hasta ese momento habían sido responsabilidad de la iglesia. Esto mismo pasaba en España que hereda-

ba desde la época de Carlos V, esta delegación de poderes a la iglesia al mismo tiempo se convertía España en paladín de la difusión de la religión católica en el mundo. Si uno lee los textos españoles antiliberales, son terribles, por la abominación de la razón libre y de las escuelas «sin Dios», como enemigas de Dios, batalla que caracteriza el estilo de la época: «la escuela sin catecismo es la escuela contra el catecismo, la escuela laica es el demonio convertido en preceptor, hay pecado grave en enviar los niños allí, pecan mortalmente los padres que cometen esa impiedad, pecan más que si precipitasen sus hijos desde un derrumbadero, más que si vendiesen a sus hijas a la prostitución». Esto es de una revista popular española de 1882. Contra este clima había que luchar también en España para el cambio de la educación, que se veía como una necesidad perentoria para el cambio social, como dos líneas paralelas: las que trabajan por el cambio político e institucional y las que trabajan por el cambio educativo. En esta segunda parte aparece la importancia del krausismo.

Y ahora vamos a ver por qué, cuál es la importancia de la educación dentro del sistema krausista y por qué triunfa en España el krausismo y es olvidado como sistema y hasta como nombre en la propia Alemania. Esta cosa de que en Alemania no hubiera sido popular el krausismo y Krause, se usó para denostarlo, como que era el último orejón del tarro, para decirlo rápido, y sin embargo no es justo para el pensamiento de Krause ni para la realidad concreta. Pasa que Krause fue contemporáneo de Hegel, y Hegel, fue un sol radiante que irradió a toda Europa su idea del estado preceptor y ordenador de toda la realidad, como ocupando la cúpula de la pirámide social y desde donde bajaba todo lo que tenía valía para la organización de las naciones. Krause aparece como lo que llamaríamos en cierto modo un ala izquierda del hegelianismo, porque Krause se apoya en Kant, como Hegel se apoyó en Kant también, pero Krause hace partir la organización de la sociedad del individuo, es el individuo dotado de razón y de conciencia el centro válido de cualquier sociedad. Y luego aparecen organizaciones intermedias, de las cuales la familia es la primera, la escuela la segunda y el municipio la tercera, la cuarta es la nación. La nación se constituye a través del voto del ciudadano y va bajando hacia el individuo; conseguir que el individuo se convierta en ciudadano, es tarea del estado, es tarea de la sociedad en su conjunto, pero es la base del individualismo, y por lo tanto no nos asustemos de asignarle al krausismo el carácter de una filosofía liberal.

Es inconcebible una idea del estado que no partiendo del individuo se pueda considerar liberal. Es la idea de persona. Pero además el krausismo no es antirreligioso, lo que sí es opositor a la religión como lo llama Krause una y mil veces, contra las religiones positivas. ¿Cuáles son las religiones positivas?. Son aquellas que están bajo el ala del estado, que son demasiado poderosas y ejercen su accionar junto al estado. No necesitamos pensar cuáles. Las iglesias constituidas no entran dentro de esta organización institucional del krausismo. Pero no por un espíritu

antirreligioso, antes bien Dios esta en todo. Esto es como un juego de palabras pero hace a la complejidad de la ideología de Krause, que en lugar de estudiarse, se la desestimó. Krause hablaba de un panteísmo, vale decir que todo estaba en Dios, desde la naturaleza, al hombre, al mal, a la irracionalidad, todo se daba en Dios, y además pensaba que los individuos tenían que tener una religión, lo que no significaba que la religión oprimiese la libertad de la sociedad. Estas dos situaciones lo llevan a defender esencialmente la educación, como instrumento básico de la realización individual a través de la razón. Esto es totalmente kantiano, si uno lee las obras capitulares o los resúmenes del sistema kantiano, son exactamente iguales en este sentido. Pero con la diferencia de que ha pasado un siglo, y Krause advierte con toda lucidez, la importancia de la ciencia, la importancia de la integración de la ciencia para el bienestar de la sociedad, y entonces no puede llegar a la ciencia si no hay desarrollo de la razón y de la educación, entonces afirma que nadie debe estar excluido de la educación, y que deben arbitrarse medios para que la educación sea permanente y que el obrero tiene que poder seguir perfeccionándose desde su calidad de hombre, no desde su calidad de obrero y que no puede ser excluida la mujer, porque considera que como la mujer esta ligada a la maternidad, no habrá educación continua y mejorada si se excluye a la mujer del acceso a la educación. Lo que Krause dice de la educación de la mujer, debiera ser el vademécum de las feministas hoy, porque no lo hemos logrado en ningún lugar, la ingerencia, la inclusión de la mujer en paridad de circunstancias y en igualdad total al hombre.

Si uno contrapone estas premisas a la modalidad educativa española resulta ser patético, porque sí se les enseñaba algo de matemáticas a las hijas de familias bien, común fue enseñarles calceta. Había que saber tejer, coser, hacer calcetas, los deberes de la familia, y ser aptas para la crianza de los hijos, y la crianza eran esos cuidados físicos. La ternura se daba por supuesta. La verdad es que la mujer como sujeto histórico, realmente es una conquista de este fin de siglo, no sé que pasará el siglo próximo, pero los cambios vendrán haciendo mucho ruido, porque no hay manera de excluir la presencia de la mujer como sujeto histórico hoy. Aquí en los enfrentamientos de fin del siglo pasado hay como los albores de esta situación, porque nadie piensa que esa mujer que ha avanzado en racionalidad y ha conquistado una cultura y que conoce las matemáticas, esté invalidada para trabajar fuera de su hogar. Y qué va a pasar con los hijos, todos esos son problemas nuevos, que pasan al sistema de filosofía de Krause, y que luego derivan a un sistema político o a una reflexión política sobre el avance de la sociedad.

Entonces digamos que Comte era bien leído y bien aceptado en la sociedad argentina, en el liderazgo de la sociedad argentina. Y los gobiernos, por lo menos hasta el 90, eran decididamente y abiertamente positivistas. La crisis del 90 en la Argentina, siempre calificada como una crisis económica, en realidad afectó a los grandes intereses financieros. Pero si uno analiza a la luz de los textos de la época y

en los diarios étnicos, surge con toda evidencia que fue una crisis política de primera magnitud, que la pugna por alcanzar la ciudadanía, por extender la ciudadanía a los hijos de inmigrantes, por permitir que el inmigrante tuviera una actuación a nivel de los municipios, como establecía la Ley de Municipios, que siempre se postergaba, cuando se vio que el poder pasaba a manos de extranjeros, o directamente fuera del circuito aceptado de autoridades anacrónicas, cayó en el olvido. Son pulsiones, de cambio, figuran en los diarios italianos y españoles de la época. Los diarios italianos, sería cuestión de otro análisis, tienen el drama de estar escritos en italiano, por gente muy comprometida con la cuestión política, pero son leídos por ese puñado de italianos que leen el diario, y a lo mejor lo leen para otros italianos, pero la circulación es reducida, cosa que no ocurre con el Correo Español, que dirige un exiliado de España a raíz de la revolución del 68. Y aquí viene lo que nunca estudiamos de la historia de España. Nos quedamos enganchados con la Guerra de la Independencia y con la Batalla de Ayacucho y el cierre de la Guerra de la Independencia, y después volvemos a ver a España en 1898 con la Guerra de Cuba y la recomposición de nuestra relación con la Madre Patria, que deja de ser madrastra y pasa a ser madre. Pero ¿y el resto del siglo?. Alberdi que leía cuanta publicación encontraba, escribe El Figarillo a la manera de Larra, pero sin referirse al paralelo con España. Se vive el deslumbramiento de la cultura francesa; a Ricardo Rojas lo mandan a Alemania a ver como hacen en Alemania para homologar la enseñanza de la historia en 1909, pero España todavía no aparece como mentora de nuestro desarrollo cultural. Y, en realidad, es una falla histórica, porque por una cuestión de idioma, la relación con España no se quebranta nunca, y de hecho esto tiene relación con Krause en gran medida, porque Krause fue expulsado de las universidades alemanas, porque en un trabajo suyo señalaba los déficit de la masonería. Se lo acusa normalmente de masón, a Krause y al krausismo, y él tenía efectivamente simpatías por la masonería, porque la masonería se basa en la razón que ilumina, (de ahí viene lo de iluminismo) se basa en la convivencia universal, en el rechazo a las guerras y en un Dios preservador de ese ordenamiento. Pero a la vez Krause señala los fraudes de la masonería convertida en logia y obstaculizando realmente la marcha de la razón. No obstante ha quedado signado como masón y en bulas papales, los textos de Krause aparecen en el index, de modo que no deben leerse, es estigmático leerlo.

Julián Sanz del Río tiene una beca en 1841 para estudiar filosofía y desde Andalucía va a Alemania, supuestamente a estudiar a Hegel, muerto unos ocho años antes, y se engancha sin embargo con el krausismo y los krausistas, está unos años en Alemania y cuando vuelve a España se pone a traducir a lo largo de diez años los libros de Krause. Su gran ayuda en este sentido fue Giner de los Ríos, que es el hombre clave, en la salida afuera del krausismo, afuera del ámbito cerrado del krausismo filosófico. Y Giner de los Ríos impuesta el tema del Instituto Libre de Enseñanza con niveles para mayores, para adolescentes y para niños. En realidad

los últimos estudios que se han hecho sobre la base a las actas de reuniones, muestran que la gente que accedía era mucha menor de la que se creía, pero crecía en forma muy significativa, y toda la gente de pro adhería a esta renovación de los estudios, desde estos institutos que se creaban a lo largo y a lo ancho de la Península. Y había como focos, que obviamente terminarán siendo focos políticos, focos de búsqueda de salida aunque inicialmente, lo que los nucleaba era la estructura educativa.

Les leo una estadística mínima del año 92 -1892- en que se realizó un congreso pedagógico. Para esa fecha hay 46 sociedades económicas, es decir núcleos que estudian economía, con algo más que 11.000 adherentes, y 17 sociedades de bellas artes, con 1.400 inscriptos, y diez años después hay 3.800 miembros y 23 sociedades. Eso para mostrar cómo el acrecentamiento es importante, aún cuando políticamente están ya signados, porque ha habido una Revolución en 1868, que se llama la gran revolución, la revolución gloriosa, a la manera de la primera revolución inglesa, porque no hubo derramamiento de sangre y porque el que estuvo al frente de esta revolución es, nada más y nada menos, que el general Prim. Y el general Prim ha estado antes en Méjico, ustedes recuerdan la intervención conjunta de españoles, ingleses y franceses a Méjico, que justamente se da en la época de la Guerra de Secesión, en la cual se busca que Méjico pague su deuda externa, y Prim en cuanto advierte que el militar que mandó Francia bajo Napoleón III, esta buscando asentarse en Méjico, se retira y regresa con las tropas, contado así rápidamente. Es decir que reaccionó ante lo que consideró un procedimiento indigno, y asume una figura de liderazgo del cambio de la España monárquica. Siendo militar encabeza esta revolución de 1868, y esta revolución propicia un cambio de la educación. Entonces todos los intelectuales krausistas entre comillas, que son a la vez figuras destacadas de las ciencias españolas, acceden a la universidad, con Sanz del Río a la cabeza y con Giner de los Ríos también, pero no dura más de tres o cuatro años y son expulsados y se promueve un escándalo que no es solamente nacional, sino internacional, porque en ese corto tiempo, han dado las bases de una educación racional, de un cambio de contenidos, de un acceso a la educación moderna y una visión de la problemática de las ciencias de fin de siglo, que era impensable en la estructura anterior. Y a partir de ahí las universidades forman como un cenáculo distinto del mundo político e institucional de la monarquía. El fracaso de esta revolución hace que haya un éxodo masivo de figuras krausistas, ¿adónde van a irse?, al mundo de habla castellana.

América Latina se puebla de este tipo de gente o de este tipo de ideología. Y nosotros tenemos un acopio de esta gente, que se instala no solamente en Buenos Aires, sino en las provincias y las más destacadas ciudades, llevando esta peculiar manera de ver la realidad, el mundo político, el periodismo. Por eso decía antes que el 90 es una fecha muy significativa, porque López de Gomara, Méndez Calzada,

figuras rigurosamente revolucionarias, están a la cabeza del movimiento ideológico del 90. Esto no había sido estudiado, en realidad yo diría que el que ha recapitulado todas estas personalidades krausistas que llegaron a Argentina y al Río de la Plata ha sido el Dr. Eduardo Biagini, que estuvo en España trabajando y aquí durante mucho tiempo sobre el tema. Andando los años, frente al asedio de la ciencia y del mundo en cambio, se van a llamar krauso-positivistas, porque abandonan en parte la retórica filosófica explícita, y se inclinan a las ciencias como eje del cambio social.

Mientras, la reacción, no me gusta decirlo así pero es cierto, fue la reacción, en España y en América, se centrará en la preservación sin cambio de la educación tal cual era, y, como les leí antes, en el ataque a cualquier posibilidad de que no hubiera enseñanza doctrinaria en las escuelas. La retórica del voto, que es estrictamente una retórica liberal, un arma del liberalismo político, es denostada por nuestros hombres más refinados. Voy a leer un texto que ustedes pueden considerarlo desmesurado pero es una fuente, que va pareja con una manera de formular el problema americano y el problema del voto, es como la piedra de toque de la inacción política, y la piedra de toque del cierre al acceso de ampliación de la base social, sin lo cual no puede pensarse una organización democrática de la sociedad. Es de Carlos Octavio Bunge, del libro *Nuestra América* de 1903:

*«llámase mestizo al vástago de dos animales, pertenecientes a distintas variedades de una misma especie, híbrido al producto de individuos de dos diversas especies de un mismo género. El potrillo hijo de una yegua árabe y de un potro anglo-normando es un mestizo, y es un híbrido el mulo que resultara de esa yegua y un asno, pues el género caballo comprende al caballo propiamente dicho, el asno, la cebra. El principio general de la biología enseña que el mestizaje no es nocivo a la vitalidad del producto, y el hibridismo sí... ¿qué resultados da el cruzamiento del blanco con el negro, o el negro con el amarillo, o del amarillo con el americano?, aunque aquí la experimentación no es posible, pues no se pueden encastar hombres como perros, la observación y la experiencia pueden darnos ...».*

Da luego características de una población híbrida, donde el mal estaría en esa hibridación, que es propia de las sociedades americanas y encuentra que la clave de nuestro no desarrollo, esta dada por el mestizaje. Y luego dice:

*«las teorías que mayormente determinan la política hispano-americana, consisten sin dudas, en falsas o incompletas apli-*



*caciones del principio democrático representativo de la Revolución Francesa. Estamos todavía aquejados de jacobinismo agudo. Todavía creemos en sus fórmulas más güeras y enfáticas. Todavía sin curarse eficazmente del bienestar del pueblo, se perora sobre el sufragio popular, la libertad y la igualdad. Y bueno, esta maldita fiebre nos arrasa aún a absurdas revueltas, a utopías perniciosas, el funestísimo afán de innovarlo y reglamentarlo todo...».*

Parece preanunciando cosas. Los pesimistas dirán: decía bien Carlos Octavio Bunge. *“Hay que curar al criollo de su parlamentaritis hórrida, peste mental, crónica y aguda, consistente en la histérica pasión por los discursos ...”*, y describe cómo funciona una estructura parlamentaria por el placer de oírse y de pedir la palabra. Pero frente a la postura de la ciudadanía que reclama acceso a la ciudadanía y ampliación de la base social hacia los '90, dudando de la inteligencia de haber abierto puertas a la inmigración, poniendo cortapisas a una ciudadanía reglamentada, porque nadie explica en qué va a consistir. Todavía estamos con mucha de esa problemática, pero lo que quiero significarles es que el krausismo abre la avenida de esa estructura de sistema en donde las cosas se basan en la racionalidad y en la libertad del individuo, en la interacción cultivada, en la superación de los problemas de convivencia y de sobrevivencia, en la idea de que el Estado es en realidad el que compensa las deficiencias, una especie de idea de estado benefactor, un papel de este tipo es el que se le asigna al estado, y el tema de la no-violencia que restaura, enmienda o resuelve donde las cosas a través de la razonabilidad y la justicia, una estructura donde no falta nada para el alcance de una sociedad democrática.

Nos faltaría ver cómo llega todo esto a América Latina y a la Argentina, sin dejar de lado este tema de los exiliados que crean un clima de ambientación de toda esta ideología modernizadora y progresista, son en realidad tres libros básicos que son como un nuevo evangelio. Digo lo de evangelio, porque circula la idea de que el radicalismo es una iglesia o algo así, que sus seguidores son como acólitos en una estructura doctrinaria eclesial. No es así, pero lo que quiero significar es que la entrada en primera instancia se dio a través de un libro de H. Ahrens, que ha debido huir de la Alemania revolucionaria en el '38, a los Países Bajos; ha organizado una facultad de altos estudios, de pensamiento libre (la de Lobaina era estrictamente católica) y ha escrito un libro *Principios del Derecho*, que se tradujo rápidamente al francés, al español y al italiano.

Yo tuve ocasión de ver cuatro ediciones en italiano, editadas en Nápoles desde el año 42 en más. Y las ediciones españolas circularon por América. Juárez en Méjico se recibió de abogado con la filosofía del derecho de Ahrens; Madero, el

de la revolución del '10, se recibió con este libro, y entre nosotros, se estudió derecho en la Universidad de Buenos Aires, que se organizó después de Caseros, y era el libro de filosofía del derecho que usaban el doctor Escalante en Buenos Aires y el doctor Barraquero en Cuyo. Circulaba esta ideología que tenía novedad: la primera parte la dedicaba a la psicología y el derecho, tomando al individuo no como un sujeto de la ley, sino como un sujeto humano, y luego va introduciendo hacia las complejidades de un derecho operativo en una sociedad moderna. Toda la estructura filosófica, es estrictamente krausista, sin mencionar directamente a Krause.

La gente que participaba en política era mayoritariamente procedente de las leyes, proveedoras del personal político jerárquico en su enorme mayoría y por lo tanto, como un silogismo, el acceso a la doctrina krausista se dio a través del derecho. El derecho para Krause era la justicia, la justicia ejercida a través de la ley escrita y respetada, y el tema de la ética circula por toda esta construcción teórica como la base del entendimiento y de la armonización de la libertad individual. Incluso la propiedad que se justifica desde el más estricto liberalismo, porque acepta o condiciona la propiedad a la inteligencia, a la productividad de cada uno, que es premisa fundamental del liberalismo, pero acota que la regulación de la propiedad corre por cuenta de la ética individual. En todo caso, si así no fuera, el estado está para regularla, es decir no excluye la intervención del estado.

Pido que se vean las correspondencias internas de una estructura que esta muy bien soldada desde la razón y la ética tal como la planteó Ahrens. Al mismo Krause se lo leyó fundamentalmente en un libro breve que es como el sumario de la filosofía krausista, que dicen que Yrigoyen lo llevaba bajo el brazo, y lo mencionaba o lo sacaba en cualquier oportunidad porque encontraba temas para demostrar que ahí se fijaban las coordenadas de la política que convenía: *El Ideal de la Humanidad para la Vida*, una especie de catecismo que, creo que para una cultura general y un entendimiento del tránsito de las sensibilidades sociales, es un libro que debiera leerse, que debiera conocerse, porque también desvirtúa el anatema de que Krause era oscuro y confuso, ahí no hay ninguna confusión. Es breve y está articulado no sólo desde la vida del individuo, sino en correspondencia con la vida de las naciones, y las naciones entre sí. Estoy convencida que la organización de las Naciones Unidas o de la Sociedad de las Naciones, está basada en este ideario del respeto al otro, de la igualdad de todos, y hay conductas de la política yrigoyeniana que se corresponden estrictamente con ese criterio.

Y el tercer libro, que hoy muestra el paso de los tiempos, es un libro de Tiberghien, que circuló bastante, quizá más que los otros dos, que es *Moral elemental para uso de las escuelas*, que es como un vademécum antipositivista. Decididamente antimarxista, el autor, había vivido la experiencia de la comuna en Francia y la denostaba, y entonces planteaba el krausismo o el seguimiento del krausismo

como el antídoto contra la exaltación del positivismo, y el marxismo como paroxismo de la actitud positivista. El krausismo plantea constantemente el tema de la solidaridad y omite, por supuesto, y rechaza la violencia, por lo tanto frente a las posturas doctrinarias del marxismo, esta en las antípodas. Lo cual ratifica la actitud conciliatoria que va a manifestar el Radicalismo político que es el primer partido que se estructura como tal en nuestra trayectoria, en 1892. Sin embargo nunca hubo una alusión directa y concreta a este origen entre los militantes o hacia el pueblo en general. Hubo sí algunos lexemas o palabras simbólicas que tenían categóricas significaciones, como *la causa*, como *el régimen*, como *la abstención*, que daban claves de comportamiento para obtener la ampliación del voto que ampliaría la base social y aseguraría la democratización de la sociedad. La alusión a *los desposeídos* que cada cual lo lee a su entender: los inmigrantes se sienten desposeídos de la posibilidad de acceder al voto, el criollo se siente desposeído ante la selectividad que impone el Régimen para que trabajen los inmigrantes y se excluya a los criollos, en fin, cada cual se inscribe en esa búsqueda de otra cosa y accede a un entusiasmo político que lleva no solamente a la Ley Roque Sáenz Peña de 1912, sino al triunfo del partido radical en el año '16. Fueron aires nuevos que trajo la vida política formulada por el radicalismo a partir del 92, que con todos los avatares siempre parece preferible a la exclusión de la política como alguna vez se pensó.

## **“Los padres y la pérdida de la Patria Potestad en Argentina: 1880-1930”**

*por Prof. Donna Guy. (25- VII- 1996)*

Me gustaría comenzar diciendo que para mí realmente es un honor, y también un placer conversar un poco sobre la historia argentina. Me gustaría agradecer a toda la gente del Archivo General de la Nación, que han pasado muchos años escuchando mi pésimo castellano, y también aceptando y tolerando todos mis pedidos para las cosas más insólitas del mundo, y les agradezco muchísimo su ayuda, su amparo y su sentido del humor conmigo.

Esta noche hablaré sobre el tema de la patria potestad, y comenzaré con un cuento que viene de las fuentes del Archivo General de la Nación, y después hablaré del tema propio de la patria potestad, de este concepto desde un punto de vista histórico, y después traigo más cuentos para elaborar un poco las varias posibilidades que podemos ver dentro de la documentación sobre la patria potestad aquí en el Archivo General de la Nación.

Bueno, seguimos con el cuento. En 1887, la señora Elizabeth Bonnezeze fue llevada ante los tribunales de la Capital Federal por su antiguo amante, Carlos Siegrist, quien le disputaba la exclusiva custodia de su hijo natural, Carlos Alberto. Ambos padres habían reconocido al niño previamente, y su padre había cumplido con los pagos correspondientes a los gastos de manutención del mismo. De hecho, Carlos Siegrist, quería enviar al chico a vivir con sus abuelos paternos en Europa, apartándolo así de la influencia de la madre. El juez de la causa reconoció que ambos padres tenían autoridad sobre el chico, pero a su vez falló a favor de la madre, argumentando que, y cito, «los cuidados de la madre son irremplazables, y solo por causas muy graves y poderosas, debía el magistrado...arrancar al propio hijo, sobre todo cuando su tierna edad reclama más imperiosamente el calor del hogar materno». En este caso un hombre con derechos de patria potestad, no pudo ejercerlo.

Uno de los más significativos debates sobre política social argentina de este siglo, ha sido sin duda, el que se desarrolló sobre la base de mantener o modificar el concepto de patria potestad. Hay pocos ejemplos en América Latina de países que se hayan ocupado tan tempranamente de este tópico. De acuerdo a las conclusiones de la historiadora Ann Twinam, especializada en la historia de la familia en Latinoamérica colonial, la importancia del tema en el Río de la Plata, queda demostrada por el hecho de que ésta fue la única región donde el término legal era empleado. Asimismo, fue en esta parte de Sudamérica, donde hubo tempranos esfuerzos

por parte de diversos tribunales, por revocar la patria potestad en casos de padres o madres irresponsables, de acuerdo a la perspectiva del estado. Finalmente, la región del Río de la Plata fue el único lugar donde los padres fueron forzados a comparecer ante los tribunales y explicar sus puntos de vista en cuanto a la crianza de sus hijas, cosa impensable en otros países de la América Latina y también en Europa.

Esta tradición judicial continuó después de la independencia, y precisamente gracias a los esfuerzos de conservación documental, realizado sin descanso por personal directivo y administrativo del Archivo General de la Nación, es posible reconstruir la historia de la patria potestad en la Argentina. He pasado varios meses examinando los legajos del Archivo, y agradezco la oportunidad que tengo de presentar ante ustedes algunas de mis conclusiones. Como parte de las celebraciones por el 175 aniversario del Archivo, me gustaría concentrarme en este tema que he introducido, como una manera de poner en evidencia lo diverso de su colección, como así también la forma en que los investigadores nos beneficiamos asistiendo a este magnífico repositorio documental. Asimismo, estos casos que presento hoy, sobre disputa de la patria potestad, nos muestran los esfuerzos de las familias para reconciliar sus propias convicciones y relaciones internas de poder, con aquel otro poder que los jueces, como representantes de la autoridad del estado.

Quizás alguno de ustedes imaginó que los documentos conservados en el Archivo General de la Nación se referían exclusivamente a famosos líderes políticos, presidentes, o figuras destacadas en la escena nacional. Quizás muchos todavía creen que no hay lugar para las personas comunes y corrientes dentro de las paredes de un Archivo. Los documentos aquí presentados prueban algo muy diferente. Los expedientes y documentos judiciales en lo civil, penal y comercial, enriquecen abundantemente esta colección, y con tiempo y paciencia nos revelan verdaderas gemas del pasado nacional.

Ahora, antes de escuchar esos cuentos, tenemos que preguntarnos cuál es la definición de padre o de madre, cómo cambia esa definición a través del tiempo. Primeramente nos concentraremos en la figura del padre, sobre la cual presento ciertos interrogantes: ¿deben ser vistos los padres sólo como proveedores del sustento familiar, o también se espera que brinden cuidados y expresen sus sentimientos para con sus hijos? ¿Creen los padres tener derecho a ejercer una autoridad total sobre sus hijos? ¿Cómo reaccionan ellos cuando una autoridad, como la estatal, se entromete en sus asuntos familiares?

Es posible que ciertas diferencias culturales pueden permear el concepto de la paternidad, si esto es así, pueden estas diferencias ser detectadas a través del tiempo. Este importante aspecto de la masculinidad, es frecuentemente ignorado, o

se asume que no ha cambiado, permaneciendo profundamente ligado a los derechos patriarcales del tipo biológico.

De acuerdo con un especialista norteamericano, autor del libro titulado «Fathers in América» o «Los padres y la paternidad en América», las funciones de los hombres han ido concentrándose cada vez más en la provisión del sustento para sus familias. Este autor defiende su punto de vista, frente a los ataques de las feministas norteamericanas que a veces pueden ser bastante agudas, quienes enfatizan que los hombres deberían tener mayores responsabilidades en el cuidado de los niños, y cito: «a pesar de las diferencias entre los hombres, el hecho de ganar el sustento para sus familias, ha permanecido como un elemento unificador en la vida de los padres, esas obligaciones trascienden las diferencias de color y clase, y definen más su propio perfil, su hombría, su género, apoyado por la ley, afirmado por la historia, confirmado por muchos elementos de la sociedad, la posición del hombre como sustentador del hogar, ha sido sinónimo de madurez, respetabilidad y masculinidad». Esta acción y el sustento de los hijos están profundamente asociadas en la percepción que el hombre tiene de sí mismo; para el hombre los hijos representan una responsabilidad, una inversión, una obligación y también una esperanza; ellos son la contribución mayor de los hombres al mundo y la justificación de sus vidas.

La paternidad fue importante para los hombres en otras sociedades occidentales, como así también en los Estados Unidos. Durante los siglos XIX y XX, los hombres han sido igualmente presionados para involucrarse en actividades productivas con el objeto de sustentar a sus familias.

Sin embargo, a diferencia de esta visión de la masculinidad, estos hombres han percibido el hecho de ser padres, como algo más extenso que el mero hecho de traer al hogar el dinero necesario para el mantenimiento del mismo. Han habido padres que lo sacrificaron todo de sí para otorgar mayor confort a sus familias. Otros, en contraste, rechazaron toda posibilidad de compartir sus ingresos y propiedades con algunos de sus hijos varones o mujeres, o aún con sus esposas. Muchos de ellos han creído que la patria potestad les otorgaba un completo control sobre los residentes menores de edad del seno familiar. Han habido otros padres asimismo, que han opuesto sus intereses personales y sus proyectos con las obligaciones económicas para con su familia. Así tenemos ejemplos de buenos padres como otros que merecieron la condena poco menos que universal. Más allá de esta diversidad, también existió y existen opiniones encontradas en cuanto a los atributos de la paternidad. Estas opiniones derivan de percepciones cambiantes acerca de los derechos masculinos dentro de la familia, enraizadas en la idea de gobierno y autoridad masculina sobre los niños, estas diversas visiones merecen una interpretación de tipo histórico.

El concepto de la maternidad también fué disputado tanto como el de la paternidad. De acuerdo con Clarissa Atkinson, una especialista en maternidad durante el período medieval, las visiones modernas sobre la maternidad, fueron desarrolladas en primer lugar, siguiendo una visión puramente reproductiva en cuanto al rol de la mujer. Esta imagen comenzó y estaba basada originalmente en el modelo de sacrificio y sufrimiento representado por la Virgen María. Más tarde las mujeres asumieron la responsabilidad sobre, y cito: «la piedad doméstica y la moralidad familiar». Las mujeres, y especialmente las mujeres pobres, siempre estaban en situación riesgosa cuando se encontraban fuera del hogar. Sin embargo, y cito: «pese a esa persistencia, las ideologías sobre la maternidad responden a innovaciones tanto materiales como también sociales y religiosas». Una de las razones por las cuales los conceptos de maternidad han cambiado con el tiempo, es que el cuerpo de legislación familiar, en la mayoría de las sociedades, ha estado focalizado principalmente en la figura patriarcal del padre. Es decir que hay muchas leyes que hablan específicamente del padre, pero casi no mencionan a la madre. Había mucha menos claridad por eso, en cuanto a la responsabilidad de la madre hacia sus hijos. Un hecho bien claro sin embargo, era que las madres solteras siendo acusadas de falta de moral, estaban siempre en peligro de perder la custodia de sus hijos. Elizabeth Bonnezeau pudo demostrar su buena reputación moral y su capacidad como institutriz, y esto en definitiva ayudó para que pudiese mantener a su hijo a su lado. La combinación en la definición de madres y padres sin embargo, deja muchos problemas cotidianos de las familias sin resolver. ¿Quién decidía si lo que proveía el padre como apoyo económico era suficiente? ¿Se podía decir que un padre ausente era realmente un mal padre? ¿Podía la falta de moralidad de un padre hacerlo elegible para perder la custodia de sus hijos?. Estos y muchos otros asuntos fueron llevados a los tribunales argentinos porque las familias no pudieron resolverlo internamente, y es precisamente ese proceso el que nos permite descubrir las ideas acerca de la ley, y las opiniones legales de personas comunes y corrientes en esa Argentina pasada.

En la Argentina la estructura básica de la patriarquía y de la paternidad esta enraizada en el término legal, conocido en latín como **patria potestas** o patria potestad. En países como los Estados Unidos este término no existe, nunca fue escrito, y cada estado tiene su definición de qué es un padre y qué es una madre. Pero en todos los países con código romano, eso viene del código romano y también con otras tradiciones legales. El ideal de la familia para los argentinos en los años 70 por ejemplo, del siglo pasado, en aquel contexto estaba basado en el matrimonio religioso donde todos los hijos producto de esa unión conyugal, tenían el derecho de heredar de ambos padres. En correspondencia, los hijos tenían la obligación de obedecer a sus padres, y eventualmente ayudar en el hogar, sin recibir ninguna compensación monetaria por ello, y esta diferencia es muy importante porque los niños huérfanos colocados en familias privadas, tenían que recibir un

suelo, y esto distinguió un hijo huérfano de un hijo biológico. Se esperaba que los padres proveyeran a la manutención de sus hijos, como así también a su educación, ejerciendo un control sobre ellos hasta que se casasen en el caso de las niñas, o bien que alcanzasen la mayoría de edad. Se asumía que el jefe de la familia era el padre, así solamente los padres o las madres solteras, podían ser llevados ante la corte si fallaban en las obligaciones descriptas.

En el caso de las familias que se formaban sin constituir un matrimonio ante la ley, la situación era más complicada; los hijos eran vistos como producto de uniones naturales, ilegítimas, incestuosas, sacrílegas o adulterinas. Estos niños no eran reconocidos en una manera igualitaria por la ley, situación que se prolongó hasta 1948. Sus padres a su vez, no ejercían gobierno sobre ellos en muchos casos, ni podían dejarles herencia aún cuando así lo desearan.

Los niños nacidos de uniones consensuales entre individuos solteros, quedaban a merced de sus padres. Estos chicos podían ser reconocidos o rechazados por la madre y/o el padre, lo cual los inhabilitaba totalmente para cualquier reclamo vinculado a los derechos de herencia. Las madres solteras tenían impedimentos adicionales, porque no podían demandar al padre ni hacerlo comparecer ante los tribunales para el reconocimiento de la paternidad, solamente los hijos podían hacer eso. En estos casos los padres se convertían en padres sólo en el caso de que así optaran por hacerlo. Sin embargo, una vez que reconocían la paternidad como sucedió en el caso de Carlos Siegrist, se esperaba que cumpliera con la manutención de sus así llamados hijos naturales. Esos eran los contenidos básicos de la ley civil. Sin embargo la realidad era frecuentemente muy distinta. ¿Podían realmente los hombres gobernar a sus hijos biológicos? ¿Eran estos derechos naturales de un hombre o más bien estaban sujetos a las contingencias de las leyes?. Para el desmayo de juristas y padres, como Carlos Igrist, la ley argentina nunca fue completamente clara en cuanto a los alcances de la autoridad paternal sobre la familia, a diferencia de la ley brasileña, que otorgaba poderes extremos a los hombres sobre sus familias, hasta que podían matar a su esposa si estaba en una relación adulterina, los códigos argentinos atemperaron ese tipo de prerrogativas masculinas. Ciertamente los maridos no podían matar a sus esposas infieles, como ocurría en el caso brasileño, y podían ser llevados ante los tribunales si no cumplían con sus obligaciones. El Código Civil argentino claramente indicaba que el estado podía revocar el derecho de un padre a gobernar a sus hijos, si éste abusaba de ellos, abandonaba a su familia o mostraba falta de autoridad moral. El concepto de la patria potestad fue incluido en ese código como un privilegio en lugar de un derecho biológico, sin embargo la idea de patria potestad como privilegio no fue totalmente aceptada en la Argentina, mientras que su aplicación como tal, tampoco fue común en varios países europeos donde los padres continuaron ejercitando un control excesivo sobre sus esposas y sus hijos.



Bueno, entramos en algunos casos. La paternidad estaba íntimamente asociada con derechos de herencia, como dije, y es por eso que había niños que directamente no tenían padres desde el punto de vista legal. Blanca Gontrán y su ex amante Miguel Lani, descubrieron esa amarga verdad en 1897. Blanca compareció ante la corte para obtener la custodia de su hija Julia Artemisa. Blanca argumentó que ella nunca supo que Miguel estaba casado, sosteniendo que había sido engañada, y que Miguel le había quitado a su hija Julia Artemisa cuando la pequeña sólo tenía 5 años, una edad durante la cual los hijos permanecían cercanos a la madre. Pero Miguel tenía un punto de vista muy diferente, explicando que Blanca sabía que él era casado y que éste los había abandonado a ambos, Miguel enfatizó sus derechos argumentando que, y cito: «a un padre cariñoso y afectuoso no puede arrebatársele a un hijo para entregarlo a una madre que no ha mostrado cariño para él, y que por el contrario lo ha maltratado desde el primer día; a un padre de conducta intachable y que posee los recursos de vida necesarios para deudar a su hija, a quien le ha dado su nombre y que trabajaba para darle una posición holgada, no puede arrebatársele a su hija para entregarla a la madre». En este testimonio Miguel resalta sus lazos afectivos y emocionales para su hija, como así también su capacidad de mantenerla; desafortunadamente para la niña prevaleció una tercera opinión, que enfatizó su carácter de producto de una unión adulterina. El defensor de menores argumentó que ninguno de los padres tenía derecho a la patria potestad de la niña, y es así que el Juez decidió otorgar la custodia de Julia Artemisa a otra persona no vinculada familiarmente con las partes.

No todos los hombres, sin embargo, manifestaban el propósito de cuidar de sus hijos; esta negativa voluntaria era también considerada por los hombres como parte de sus derechos. Algunos de ellos simplemente se negaban a ejercer el rol de padre. Si un hombre soltero dejaba embarazada a una muchacha de su mismo estado civil, la ley no le exigía a éste ningún deber de ejercer sus obligaciones como padre. En 1880 Servilana Alegre, que no era muy alegre en este caso, demandó a su presunto padre de nombre Pedro, para que éste fuese obligado a proveer su manutención. Aunque Pedro reconoció haber tenido una hija con la madre de Servilana, dicha niña había fallecido, según Pedro, y él ya no tenía ninguna relación con ella. El Juez falló a favor de Pedro en 1882, concluyendo que, y cito: «la paternidad es el orden de la naturaleza que es un misterio». La libertad para reconocer a un hijo natural, de acuerdo a este magistrado, era un aspecto central de la masculinidad; si un hombre lo negaba, nadie podía forzarlo a aceptar sus responsabilidades paternales. No fue sino hasta los años 40 cuando reformas legales aseguraron a esos hijos ciertos derechos.

Las madres raramente ganaban los casos de disputas contra sus maridos para la custodia de sus hijos, en ese sentido Elizabeth Bonnezeze tuvo mucha suerte. En 1886, 5 años después de habérsele otorgado el divorcio eclesiástico, Margarita

Suffern de Smith solicitó la patria potestad sobre su hijo. Desde el tiempo de la separación, testificó, su marido no había mostrado ningún interés por el cuidado y manutención del niño. Como prueba de lo dicho, Margarita presentó una carta firmada por James P. Kavanaugh del Colegio Santa Cruz, quien testificaba que ella era el único sostén del chico. Carlos nunca se presentó a responder a esos cargos, pero sin embargo, el Juez determinó que esa circunstancia no constituía evidencia suficiente como prueba de que a dicho padre no le interesaba el destino de su hijo. Así, todo lo que Margarita pudo obtener de los tribunales, fue el derecho de conservar la custodia del niño.

Estela Spraggon D'Amico corrió con igual suerte. En 1899 se presentó a los tribunales solicitando que a su esposo Santiago le fuese denegada la patria potestad sobre sus hijos. Santiago no aportaba al hogar desde 1891, desapareciendo por períodos de 5 a 6 meses, y luego regresando un tiempo, borracho en la mayoría de los casos. La amenazaba de muerte y luego volvía a partir. De hecho, nunca se había interesado en la educación de sus niños. Cuando Santiago presentó su descargo, argumentó que Estela había puesto a los niños en su contra, aunque él era la persona que tenía el derecho legal de gobernarlos. Sin embargo, de acuerdo al abogado de Estela, Santiago había prometido dejarlos en paz, si ella le entregaba la suma de 4.000 pesos. Como en muchos otros casos, este pleito se extendió por varios años. En 1903 el Juez de la causa tomó una decisión. Aunque el magistrado encontraba deplorable el hecho de que Santiago hubiese intentado vender sus hijos, creía que ni la patria potestad ni el matrimonio eran negociables. Rechazó el pedido de Estela, a pesar de las apelaciones que ésta presentó. De hecho, el Juez admitía que la separación de los D'Amico no era culpa de Estela, pero también creía que era inapropiado para una esposa presentarse a los tribunales acusando a su marido. Y dijo: «y ya que no es buena esposa, ¿habría de ser buena madre?» se preguntaba el magistrado. Por todas estas razones, éste ratificó que Santiago debía retener sus derechos como padre.

Juana María Ghezzi de Mateo pensó inicialmente que podía lograr revocar los derechos de patria potestad de su esposo, pero esto también fue ilusorio como en los casos descritos anteriormente. Juana realizó dicho pedido en 1922, requiriendo además que la patria potestad sobre su hijo de 4 años, Angel Dionisio, le fuese transferida a ella. Justificaba su pedido diciendo que un año después de su casamiento, su esposo había comenzado a tratarla mal y a golpearla. Luego él había abandonado el hogar, y aunque se comprometió judicialmente a pagar por el mantenimiento de su hijo, nunca lo hizo. Sin embargo, Dionisio seguía visitando esporádicamente al niño, lo que significaba, de acuerdo a Juana María, una interrupción de su trabajo hogareño como costurera.

Dionisio se defendió declarando que Juana María y sus padres, hacían lo

imposible para evitar que él visitara a su hijo. Los acusó, y cito: «de recurrir a medios censurables, por indignos, de inculcar a mi hijo sentimientos de odio y desprecio para conmigo, dándole las instrucciones más perversas respecto a la conducta que debía observar en las entrevistas periódicas». Durante una de las entrevistas en la oficina del Juez, el hijo de Dionisio fue tan agresivo para con su padre, que una tercera persona tuvo que sujetarlo. Cuando Dionisio logró calmar al chico, éste le dijo, y cito: «que era malo conmigo porque si no su mamá le pegaba». Dionisio Mateo admitió que no podía solventar la manutención de su hijo y que había abandonado el hogar, pero a su vez dejó bien en claro que él nunca había abandonado a su hijo, y que tampoco había resignado sus derechos sobre el niño. De acuerdo a esta interpretación, Dionisio creía que los tribunales no tenían por qué quitarle sus derechos como padre. Su abogado declaró, y cito: «que ni por ninguna ley del mundo trae aparejada la pérdida de la patria potestad».

El Juez en este caso, en abril de 1924, concluyó que el acusado no había cumplido con sus deberes, lo cual autorizaba al Juzgado a revocar sus derechos de patria potestad sobre su hijo. Además, el abandono del niño y su negativa para proveer su sustento, eran elementos suficientes para quitarle sus derechos como padre. Dionisio sin embargo, no aceptó el fallo y apeló el caso. En diciembre de ese mismo año, nuevos jueces arribaron a una decisión algo diferente. Estos jueces de apelación encontraron como circunstancia atenuante, el hecho de que la esposa y suegros de Dionisio no lo había tratado adecuadamente. Sólo revocaron la patria potestad de Dionisio en forma temporaria, transfiriéndola del padre a la madre durante ese tiempo. Sin embargo, dictaminaron que si Dionisio comenzaba a contribuir a la manutención del niño, la patria potestad le sería restituida en dos años.

Desde 1894, los promotores de los derechos de los niños habían definido a la patria potestad como un principio judicial obsoleto. Preocupados porque el estado protegiese a los niños de malos padres, un notable reformador y médico higienista llamado Benjamín Dupont, declaraba, y cito: «que aquella patria potestad consagrada por la ley constituye una especie de derecho feudal, el que en nuestra época de igualdad, es como uno de los últimos vestigios de los tiempos autocráticos». Los padres podían eventualmente gozar de esos poderes mientras fuesen buenos, decía Dupont, pero en el caso de malos padres, cito: «debe convenirse que entre las manos de aquellos padres, la patria potestad es un grave peligro social; éstos pueden dividirse en dos grandes categorías: los indiferentes y los criminales».

Ciertamente no podemos discutir aquí todos los casos que he encontrado relacionados con este tema de la patria potestad. De hecho, similares casos continúan hasta nuestros días, y a pesar de cambios de la legislación, ciertas prácticas judiciales sobre el tema han permanecido. Pero sí puedo hacer algunas observaciones sobre la forma en que los hombres definían su masculinidad, en términos de sus

roles como padres. Aunque las leyes argentinas percibían a la figura del padre como ligada a la herencia, muchos hombres no estaban de acuerdo con esa perspectiva. Ellos veían el rol paternal como más ligado a la idea de gobierno familiar que de herencia. Muchos insistían en ser padres aún cuando la ley les negase a sus hijos el derecho de recibir herencia paterna. Otros padres creían tener el derecho de definir los alcances de su paternidad y las condiciones bajo las cuales cumplirían o no con la manutención de sus hijos.

Muchos padres se referían a vínculos emocionales con sus hijos, aunque esos vínculos tuviesen tanto connotaciones sociales como sexuales. La masculinidad podía ser expresada también a través de las relaciones sexuales con los hijos, dado que muchos creían que esta posibilidad estaba más allá de la ley. De hecho, la ausencia del incesto como figura delictiva en el código penal, contribuía a esa creencia. Los padres también creían, y esas convicciones eran frecuentemente avaladas por la vía judicial, que sus derechos trascendían el de sus esposas, en cuanto al gobierno familiar, para bien o para mal, ellos eran padres con responsabilidades económicas sobre la familia, pero también con una indiscutida autoridad sobre ella. Esposas e hijos debían aportar pruebas concluyentes e irrefutables si pretendían que la justicia revocase los derechos patriarcales de los padres. Las madres, por otro lado, tenían mayores limitaciones en sus pretensiones de reclamar la patria potestad sobre sus hijos. La definición de un padre irresponsable podía ser clara para ellas pero no lo era así en los tribunales. Básicamente los jueces no querían que las madres ejercieran la patria potestad sobre sus hijos, aún en casos de padres ausentes, abusivos o poco cooperadores. Las mujeres solteras eran siempre sospechadas de disipada conducta sexual, al igual que lo eran las esposas que peticionaban la separación de sus maridos, aún cuando la cosa estuviese plenamente justificada. Así las madres tenían la responsabilidad del cuidado de los hijos, pero no el derecho de gobernarlos legalmente. Si analizamos este tema desde una perspectiva histórica, vemos que varias generaciones de hombres y mujeres argentinos han comparecido ante los tribunales expresando sus protestas por la intervención del estado en los asuntos de sus familias. Muchos creían que tenían derechos biológicos sobre los hijos que estaban más allá de la ley, derechos que podían reconocer o ignorar. Parece imposible que este tipo de problema pueda ser resuelto por una ley que satisfaga todas las demandas de los padres. Es por esto que este proceso continuará así como persistirá en la inagotable tarea del Archivo General de la Nación por conservar éste y aquél patrimonio documental, tan valioso para la historia legal y social como la que he presentado hoy a ustedes. Gracias.



## **“La integración de América en el pensamiento de Perón”**

*por Prof. Alberto Methol Ferré. (22-VIII-1996)*

Para mí este ha sido uno de los temas esenciales, si no el esencial de mi vida intelectual y personal. Y tengo un vínculo personal con un discurso de Perón del año 1953 que definió todas mis perspectivas político-intelectuales. Por eso para mí el tema de la integración no es una mera reflexión académica, sino que involucra mi percepción y mi comprensión de mi propio país. En el fondo uno es hijo de sus primeros amores; los primeros amores no se dejan nunca y en la vida política, ocurre lo mismo. Mis primeros amores fueron dos: el Dr. Luis Alberto Herrera en Uruguay y el Coronel Juan Domingo Perón en la Argentina, allí por el año 1945 cuando me empezaba a asomar a la vida pública. Y fue allí donde comencé el aprendizaje de la historia rioplatense, más que del Uruguay solo o de la Argentina sola.

En octubre de 1995 en el cincuenta aniversario tuve el honor que se me invitara a dar una conferencia sobre ese discurso de Perón de noviembre del 53 donde él definía a las ideas fundamentales de su política exterior y de su comprensión de la Argentina y Brasil, en relación a su importancia en América Latina. Esa conferencia, que es una conferencia hecha desde un Perón con una enorme angustia, una conferencia atravesada por una sensación de fracaso, en una tarea esencial que él se había propuesto y que era la unidad argentino-brasilera, como condición de la dinámica unificadora de América del Sur. Esta ha sido para mí la originalidad fundamental de Perón, al punto que he escrito sobre este aspecto: con Perón se ha iniciado la política latinoamericana. Es decir, es el primer creador de lo que se podría llamar una política latinoamericana.

Pocas veces hubo una política latinoamericana. América Latina está dividida en dos ámbitos:

1° - el extremo norte que es México, Caribe y Centro América. Allí está la potencia hispanoamericana más importante: México, con una población actual de casi cien millones de habitantes. Y era ya lo más importante desde los comienzos de la conquista y en la génesis de América Latina;

2° - el núcleo básico de América Latina es la Isla Sudamericana, el enorme bloque de la Isla Sudamericana. Esta isla es lo más importante de América Latina. Y México, en consecuencia, está relativamente excéntrico de la zona de decisión de América Latina. Esta unidad se juega en América del Sur, no en el conjunto. Sólo en América del Sur donde hay dos componentes básicos; el luso americano y el hispanoamericano. Cuando hablo de América Latina estoy integrando los dos componentes: el luso americano o brasilero y el hispanoamericano. Son los dos constituyentes principales de América Latina.

Hubo intentos de política hispanoamericana. Por ejemplo, San Martín y Bolívar no hicieron política latinoamericana por las circunstancias históricas, es decir no incluían en sus perspectivas unificadoras a Brasil.

El único antecedente de política latinoamericana en América del Sur fue el lapso de la monarquía de los Habsburgo de 1580 a 1640. Hubo 60 años de un solo rey para toda la América Latina o hispano-lusitana. Felipe II de España fue Felipe I de Portugal. Hubo tres Felipes que gobernaron en las coronas de Portugal y de Castilla y en las Indias Occidentales en su conjunto. Fue un momento fugaz de 60 años, en él existió una política latinoamericana de la monarquía, unificadora de todo el conjunto. Hubo un momento en que todos estuvimos envueltos en una política común.

El eje del Imperio Español en América del Sur era el mundo peruano, que iba por el Océano Pacífico y se orientaba a través de Panamá al Caribe y el Atlántico Norte, mientras que Brasil nace ocupando casi todo el litoral Atlántico, en el Atlántico Sur.

Buenos Aires era la única puerta Atlántica española que se fundó en 1580, el mismo año de la unidad castellano-lusitana. Buenos Aires, nació con una altísima proporción de portugueses. Era una ciudad casi portuguesa, porque el Atlántico estaba dominado por el asentamiento litoral de los portugueses.

La línea divisoria de Tordesillas fue una línea astronómica, abstracta anterior a saber que diablos realmente iba a dividir. Existió antes la frontera ideal que el mundo real. Esa línea abstracta no pasaba por las bocas del Amazonas y llegaba un poco más abajo de Santos y es donde se instala Portugal. Pero para defender las bocas del Amazonas, de los franceses, los holandeses, etc., la monarquía unificada le dió la jurisdicción al Portugal. Era imposible ir a defender toda la Amazonia que pertenecía a Castilla, desde Quito o desde Lima o desde Potosí, ni siquiera desde Asunción o Buenos Aires. Era infinitamente más accesible hacerlo desde los puertos portugueses y es así que naturalmente sobre los espacios vacíos del interior, se generó la expansión de los puertos Atlánticos portugueses y con esto el proceso de expansión de Brasil inicial, con el consentimiento de la monarquía unificada que actuó simplemente con sentido común. No tuvo nada de genial ni de perverso; fue una expansión que geopolíticamente era inevitable y necesaria. La flota española por ejemplo recuperó a Bahía, y Lope de Vega escribió una de sus célebres obras *Brasil liberado*, todo el imperio festejó la recuperación de Bahía porque era toda parte de una gran unidad. Esa unidad se rompe desde 1640 y comienza una era conflictiva, donde de alguna forma España y Portugal son secundarias y se ajustan éste a la política inglesa y aquél al pacto de familia borbónico francés.

Pasan a ser potencias en distintas formas y grados ya secundarios. Pero hubo antes una alianza peninsular que es la gestora de la América Latina inicial y que culmina en esa unidad de la monarquía que tanto hemos olvidado.

La segunda instancia en que se empieza a recuperar esa política de unidad es en el siglo XX con Perón. De alguna forma se retoma la vieja alianza peninsular de los "Trastámara" y los "Habsburgo", entre Castilla y Portugal y se intenta recrear en una *alianza continental sudamericana*, desde la Argentina y Brasil. Es el recomienzo verdadero de una política latinoamericana. En el intermedio hubo hostilidad, indiferencia, acercamientos. No más, y hubo idealidades latinoamericanas, nostalgias, recuperaciones históricas culturales, pero no políticas. Políticas reales que discernieron lo principal de lo secundario, que señalaran cual era el camino efectivo de una unidad de América Latina, no la hubo hasta los planteos de Perón a la altura de los años 51, que es cuando él lo hace, en forma pública y oficial.

Habría que interrogarse cómo y por qué llega Perón a esta situación. Porque no era un intelectual, era un político intelectual. Los políticos de épocas difíciles son siempre políticos intelectuales como Lenin, Napoleón, Haya de la Torre. Tienen que ser intelectuales y políticos para poder inventar grandes novedades. Los políticos del *Statu Quo* conformados por lo habitual, no tienen necesidades de invención intelectual.

Veamos la historia argentina desde su organización institucional con la Constitución de 1853. Al iniciarse la última mitad del siglo pasado, nace la primera Argentina Liberal agroexportadora y de recepción inmigratoria. Es la Argentina del gran impacto inmigratorio, que coincide con la revolución del ferrocarril en tierra y la revolución de los barcos a vapor en el mar, que permitieron por primera vez que países transoceánicos pudieran enviar en gran escala alimentos a los centros industriales metropolitanos europeos, en especial Inglaterra.

Jamás había existido un comercio de alimentación en masa, sino que durante milenios hubo fundamentalmente un comercio de grandes distancias sólo suntuario. Transportaba poco y sólo podía hacerlo con pequeñas cantidades muy valoradas. Solamente la revolución de las comunicaciones que implica el barco a vapor permite el nacimiento de los grandes exportadores de cereales y de carne oceánicos. Es el enriquecimiento agro-exportador del Canadá, de los Estados Unidos, de Australia, de Nueva Zelanda, de la Argentina y el Uruguay. Es un gran ciclo que va a terminar a poco de la Segunda Guerra Mundial, y luego vienen cuarenta años de precios deprimidos a las materias primas, salvo el petróleo. Desde hace unos tres o cuatro años comienza a notarse un repunte general de los precios de las materias primas de alimentación con la irrupción de los grandes mercados asiáticos. Muchos aseguran que vendrá otra onda de expansión de las explotaciones de alimentos. Canadá,



exportador rural de maderas y trigo, en los años 20 aplicaba un gravamen de 25% a las importaciones para estimular las industrias internas, mientras que la Argentina agro-exportadora, no hizo ninguna política industrial, ponía un gravamen del 6%. No habrá preocupación de amparo a su desarrollo industrial. Solamente la crisis del año 29/30 va a obligar al mundo liberal agro-exportador argentino a cambiar abruptamente sus perspectivas. También comienza a detenerse la fase de las emigraciones a la Argentina, hecho muy importante, ya que su mercado interno no será ampliado por un flujo poblacional creciente.

Es allí donde los pensadores liberales, los economistas liberales empiezan a ser, a pesar suyo, proteccionistas. No tienen más remedio, porque no pueden colocar los cuatro o cinco productos que la Argentina exportaba. Bajan las exportaciones, no hay divisas y eso estimula la generación de la industria de sustitución de importaciones.

La Argentina tuvo la originalidad de haber inventado en la historia un socialismo librecambista. Así acaeció que Pinedo, ante la parálisis de las exportaciones a los mercados tradicionales tanto de Inglaterra y Europa como de Estados Unidos pensó hacer una unión aduanera con los otros países de América Latina y así lo formuló en una conferencia durante el año 1931.

La necesidad inicial de un desarrollo industrial al amparo del mercado ampliado de una unión aduanera que comprendiera los países vecinos de América Latina, era todavía una visión de emergencia y economicista. Este pensamiento lo va a retomar en otra forma en el Plan Pinedo de los años cuarenta, con la Segunda Guerra Mundial, cuando las dificultades de importar de los centros en conflictos, obliga a una mayor expansión industrial.

En esas circunstancias va a nacer el Peronismo. Una serie de autores competentes y contemporáneos argentinos, como Juan José Llach, sostienen que, el rasgo de la irrupción del peronismo fue un llevar a sus límites un modelo de sustitución de importaciones, sacrificando las exportaciones. Un "mercado internismo". Ese reproche que se ha ido gestando en los últimos años. De modo sorprendente, no toman en cuenta, en absoluto, la política exterior de Perón relacionada con este punto. El desarrollo interno y el boicot de Estados Unidos subsidiando producciones de exportación agropecuaria competitivas con la Argentina para abatirle los precios, hizo que fuera necesaria, ante la disminución del precios de las exportaciones argentinas, una expansión del mercado interno para sostener el desarrollo industrial. Esto está ligado a la política de justicia social y redistribución de ingresos internos que el peronismo emprendió.

La verdad es que la Argentina en el año 1946 era un pequeño país, era un

país de dieciséis millones de habitantes. Un último impacto inmigratorio de italianos *doppo guerra*. La ampliación del mercado interno no fue alimentada aquí con una masiva inmigración incesante como en el proceso industrial norteamericano.

Uno de los rasgos del desarrollo norteamericano no solamente fue el proteccionismo industrial, que nace desde los padres de la patria, con Hamilton, sino que además de eso fue realimentado necesariamente por un flujo de millones de inmigrantes en una escala sin igual en la historia mundial durante todo el siglo XIX, hizo una ampliación incesante del mercado interno, en su marcha hacia el oeste, permitiéndole generar industrias de escala.

Al comienzo esas industrias fueron también financiadas por las exportaciones agropecuarias. En Estados Unidos uno de los conflictos entre el norte y el sur no fue solo el de la esclavitud, sino, fundamentalmente, el de las tarifas proteccionistas. El sur era librecambista porque quería mandar el algodón a las fábricas inglesas y comprarle a Inglaterra, en cambio, los fabricantes del norte querían la protección. La gran batalla del norte y del sur fue entre los agro-exportadores del sur contra los proteccionistas industriales del norte. Un aspecto generalmente oculto, pero que está en la esencia de esa lucha, de la que los negros no se beneficiaron demasiado. Recién en los años 60 de este siglo se produjo una gran reivindicación de la igualdad de los derechos de las minorías negras en los Estados Unidos, simbolizada por Luther King.

Perón en el año 1947 ya intenta los acuerdos de la unión aduanera con el Presidente de Chile, González Videla. Perón nunca creyó en un mercado internista, puro, era consciente que había que estimular a aquellas industrias que pudieran ser económicas. Pensaba la protección a la industria con: 1º salarios altos y gran número de empleados, 2º el uso de la materia prima nacional. El despliegue industrial argentino estaba condenado a toparse con límites muy estrechos, porque no surge ninguna potencia industrial sobre una sustitución de importaciones apoyándose en un mercado de 16 o 20 millones de habitantes.

Tempranamente en la política de Perón se plantea el dilema de la imposibilidad de un mercado internismo puro. El tenía una expresión que repitió continuamente "No somos una economía completa". No disponemos de toda la gama de recursos posibles para fundar una sustitución de importaciones total. Perón nunca creyó en el "mercado-internismo". Esto fue el resultado de su fracaso en la política exterior. Sabía que era indispensable generar una ampliación de mercado que permita ser competitivos. Por esto nace el planteo de la unión Nuevo A.B.C. en el año 1951.

El Nuevo A.B.C. del año 1951 Perón lo plantea en forma pública el 22 de

setiembre de ese año, fecha del aniversario de la Independencia del Brasil en la que ofrece un gran banquete en honor al Embajador Lusardo, que era su amigo y enviado especial del presidente Getulio Vargas.

Nada influyó más en Perón que su percepción de la experiencia varguista de los años 30. Generalmente piensan muchos en ejemplos transoceánicos, yo creo que Perón tuvo un modelo en Vargas, quien produjo una irrupción de un nacional populatismo industrializador en Brasil. Incluso funda el Ministerio de Trabajo. Vienen asesores brasileros pedidos especialmente por Perón a Vargas. Así como luego la política de planificación y de metas que inicia Perón va a repercutir en el Vargas de la Presidencia de 1951. Hay una interacción mutua primero de Vargas sobre Perón, luego de Perón sobre Vargas y es allí, en el aniversario del Grito de Ipiranga que Perón propone y así lo registra la prensa: la unión argentino brasiler.

Realmente un salto audaz, impresionante, porque la conciencia histórica de la Argentina y la conciencia histórica del Brasil no tenían aún ninguna preparación. Estaban predispuestas para lo contrario. Esa fue una de las enormes dificultades que tuvo Perón. El mismo peronismo no comprendió bien en su época, esta dimensión de Perón. Pensó que era como una cosa lateral, cuando en realidad estaba jugándose el destino de la industrialización argentina, de la posibilidad de no quedar atrapado y sin salida. El fracaso del nuevo A.B.C. va a llevar a la Argentina a cuarenta años en una noria incesante que se va a romper con el derrumbe de la Argentina en los años 80. Martínez de Hoz viendo que todo el aparato industrial argentino en su conjunto, no era competitivo, suponía revertir tal situación bajando los aranceles y poniéndolo a la intemperie de una competición con industrias mucho más elaboradas. Sólo podía pasar el arrasamiento de la industria argentina, sin ninguna posibilidad. Distinto es la rebaja de aranceles cuando se abre simultáneamente un mercado preferencial interno mucho más amplio como el caso del Mercosur.

En el Mercosur se abren las posibilidades de un mercado gigantesco que la Argentina no tuvo nunca, con relativa seguridad, pero mucho más competitivo. Ahora, si Argentina no compite ni con Chile ni con Brasil es porque no compite con nadie, entonces que se jubile. Me parece que el derrumbe del sueño de la Argentina Industrial sola, que definitivamente el futuro de la Argentina potencia sola no era el de Perón, pero se conservó en la Argentina y lo conservaron en parte sectores del peronismo.

En los años años 80 se liquidó. Una Argentina con deuda externa creciente, una Argentina que cae en la hiperinflación absoluta, en la liquidación y el desfonde definitivo de una estructura relativamente cerrada, constituida sobre la sustitución de importaciones, en círculo cada vez más incompetente.

En Brasil también se produjo el derrumbe del modelo de sustitución de importaciones, bajo otras modalidades.

Pero digamos claramente: si no hubiera existido tal modelo de sustitución de importaciones hubiera sido mucho peor. Nuestras sociedades alcanzaron una multiplicidad de capacidades y posibilidades, del que el modelo liberal agro-exportador era ya mucho más incapaz.

Por suerte que hubo entonces sustitución de importaciones y se dio una diversificación interna extraordinaria, que no era la normal en una sociedad agraria de gran simplicidad. Aparecieron ingenieros, técnicos de toda índole, empresarios nuevos es decir, hubo un enriquecimiento extraordinario de todas las sociedades dependientes, tanto en la Argentina como en Brasil. Hubo una cualificación del capital humano y oportunidades que la sociedad agro-exportadora ya no daba.

En 1951 Perón ya responde inequívocamente que el modelo de sustitución de importaciones necesitaba una ampliación gigantesca del mercado interno, relativamente amparada por una nueva unión aduanera para que, logrando economías de escalas, pudiera alcanzarse una verdadera competitividad. Por eso su respuesta es el Nuevo A.B.C.

El hablador es Perón, Vargas es el silencioso. Brasil todavía no había llegado al agotamiento de ese camino, pues tenía justamente un mercado interno virtual mucho más amplio, Vargas no estaba tan urgido como Perón. Perón sí estaba acorralado, y la paradoja va a ser que el que se tenga que pegar un tiro sea Vargas.

La campaña contra Vargas fue desencadenada por Lacerda y por el ex canciller Neves a raíz de la alianza con la Argentina de Perón. En la caída y suicidio de Vargas el mayor énfasis fue la campaña contra la alianza argentina de Vargas. Se querrá evitar la alianza Argentina-Brasil.

Perón no piensa en América Latina, sino en América del Sur. Ese es el horizonte principal. Creo que de alguna forma refleja la influencia de un gran geopolítico brasilero Mario Travassos, que fue editado por el Ejército Argentino allá por el 40. Hubo dos ediciones en la época. Perón conoció seguramente muy bien a Mario Travassos.

A Mario Travassos como brasilero le era fácil hacer, lo que era difícil a un hispanoamericano. En su obra *Proyección Continental de Brasil*, breve libro que es una joya de inteligencia y de sobriedad, dice: nos importa sólo América del Sur, más arriba es área norteamericana, no nos metamos. Meter el hocico allí es quedar

electrocutado. Para un hispanoamericano esto era más difícil porque había una solidaridad histórica con todo el conjunto, que no sentía el Brasil de la época de Mario Travassos. Creo que Perón se da cuenta que lo primero es plantear la posibilidad de unificar a América del Sur, no América Latina. América del Sur, si lo logra, quizá sea América Latina. Quizás Perón sin América del Sur, nada. Por eso continuamente usa "Sudamérica", "Conferencia Sudamericana". Continúa usando la palabra sudamericana más que unidad de América Latina. Se da cuenta que es mejor acotar el espacio. Su pensamiento eje es que hay sólo un camino principal para la unidad Sudamericana, que es la alianza argentino-brasilera. Brasil solo no puede generar la unidad de América del Sur, por su diferencia.

No tendría asentaderos históricos suficientes para llevar al resto sino imperialísticamente como un extraño. Argentina sola tampoco, no tiene capacidad de generar la unidad. Entonces solo la alianza del poder central en América del Sur, que es Argentina, era una alianza creíble y confiable para todos los sudamericanos. No había exclusión hegemónica de ninguna de las dos dimensiones de América Latina. En cambio la alianza de Brasil con Uruguay o con Paraguay o con Bolivia sería como anexión, no es alianza. La alianza de Brasil con países pequeños sudamericanos, de suyo no tiene significación sino imperial. Alianza sólo podía empezar y ser con la Argentina, que tenía una entidad suficiente como para asumir una representación de lo más fuerte y poderoso de lo hispanoamericano. Perón intenta comenzar antes su alianza con Chile. La intentó con González Videla y la hizo con Ibáñez, o sea que él la hacía con los radicales y después con los no radicales. La alianza Argentina-Chile era un interlocutor más válido, más importante ante Brasil. El entendimiento con Chile fue una constante de Perón, tan constante como el entendimiento con Brasil. Lo que pasó es que Perón no tenía el respaldo de una conciencia histórica colectiva ni en la Argentina ni en Brasil.

La acción y pensamiento de Perón contribuyó a formarlas, pero en su tiempo era más fuerte la herencia de rivalidad que la del ensamble común.

Tenía dos preocupaciones, cuenta Lusardo, dos obstáculos básicos para la unidad argentino-brasilera: uno la hegemonía norteamericana, y otro la herencia de la rivalidad entre España y Portugal. El segundo es el más importante, es el más esencial, el otro puede ser coyuntural. Era tal el obstáculo que un historiador muy ecuánime y muy nacional pero digamos, no enemigo del Brasil como Scenna escribe un libro en el año 1973, titulado: *Argentina-Brasil, Cuatro siglos de rivalidad*. Hace todo un estudio desde ese ángulo. El asunto no es así. Es mucho más complejo que eso. Hay vaivén tanto en la historia de Castilla y Portugal como acá, un vaivén incesante de acuerdos y conflictos, pero no un conflicto uniformemente acelerado. No podemos hacer aquí la historia de nuestras relaciones con Portugal y

Brasil. Pero pueden sintetizarse así:

1° - La Alianza Peninsular de Portugal y Castilla, que culmina en la unidad de 1580 a 1640. Luego viene la decadencia común.

2° - Ciclo de la rivalidad: desde 1640 a 1870, fin de la guerra de la Triple Alianza

3° - Desde 1870 hasta 1985, donde hay un Statu Quo pacífico, que va preparando la Nueva Alianza.

4° - Desde 1986 (?) y 1991 (?) al iniciar la Alianza Sudamericana de Argentina y Brasil, sus raíces y el futuro se reencuentran.

En una palabra, solo hay política latinoamericana real a partir de la alianza argentina-brasileña. Y si no, sólo habrá cháchara. Y esa comprensión hizo de Perón el re-fundador de la política latinoamericana en el siglo XX. Planteó el único camino real, modernización e industrialización latinoamericana de bases indígenas dinámicas.

Esta percepción que tuvo en el discurso de Perón del año 1953 ante los mandatos del ejército para explicar las razones y la importancia del nuevo A.B.C. aquí llegó a decir que concordaba con Vargas en que si hacía falta borrar las fronteras, pues las borraban. Llega a decir nada más importante que la cuestión de esta unidad, y que el éxito de su política será sólo cuando logre el empalme con Brasil. Brasil tiene una "unidad económica incompleta" y la Argentina también. Hay momentos del discurso en los que está verdaderamente angustiado pues presente el fracaso, tiene como explosiones en las que llega a decir "no quiero pasar a la historia como un cretino y participar de una danza de cretinos". Cretinismo es no saber la importancia decisiva de esta unidad.

Este discurso fundamental fue denunciado enseguida y se publicó en el Uruguay en enero del 54, bajo el título *El Imperialismo Argentino*. Fue allí donde lo conocí.

Cuando lo leí, vi que era todo lo contrario de ese título infame. El discurso de Perón me llegó en un momento crucial. En el Uruguay asomaban también los síntomas de la crisis de la retirada del Imperio Británico. Cuando nuestras bases transoceánicas tambaleaban. ¿Dónde y cómo reinsertarnos para tener un nuevo camino viable?

El fundamento histórico de Uruguay había sido Inglaterra y los ingleses se nos estaban yendo, entonces Uruguay ¿en qué se iba a sostener?, ¿hacia dónde?. Fue ese discurso de Perón que me hizo percibir que el destino de la Argentina era su alianza con Brasil, que el destino de Brasil era su alianza con la Argentina, que el

destino del pequeño Uruguay era no intentar ser ni Banda Oriental que era la solución argentina, ni Provincia Rioplatina que era la solución brasilera, ni el Uruguay solo que era la solución inglesa, sino asumir a la vez la doble condición de la frontera, que era ser simultáneamente Banda Oriental y Provincia Rioplatina. Eso lo aprendí en el discurso de Perón del año 1953 y fue el impulso que tuve para fundar con unos amigos una revista *Nexo* al comenzar el año 1955. El nuevo destino uruguayo era ser “nexo” argentino-brasilero.

Ese discurso de Perón no circuló en la Argentina pues se trataba de un documento secreto, publicado en Uruguay por algún infidente. Al ser publicado en Montevideo en enero de 1954 fue recogido por la oposición brasilera. Entonces se desarrolló la terrible campaña contra Vargas, que culminó con su suicidio. La violencia en el ataque contra el Nuevo A.B.C., y la difícil situación de Vargas, obligó a la Argentina a desmentir la autenticidad de ese discurso de Perón.

Yo no lo supe, porque el desmentido fue en Brasil. No supe que lo habían desmentido, para mí fue siempre el discurso básico de Perón, pero en la Argentina no circuló porque había sido desautorizado. A tal punto que en mis vínculos con Don Arturo Jauretche en su exilio en el Uruguay en el año 1956, (época en la que era yo aprendiz incesante con Don Arturo, pensé en hacer un libro en común, pero al final, por diversas vicisitudes, tuvo que hacerlo solo: *Ejército y Política* donde comenta: íbamos a hacer el libro con un joven uruguayo). Me asombré cuando lo leí, porque para mí era obvio que Don Arturo estudiando el Brasil, no consideraba el enfoque de Perón. No lo conocía, yo lo interrogué y él quedó sorprendido. Para mí era obvio que los peronistas lo tenían que conocer, entonces ni les preguntaba, pero fui descubriendo que no lo conocían, a tal punto que le hablé de ese discurso a Abelardo Ramos, y él hizo la primera publicación argentina, creo que por el año 1964. En el año 1968 Perón reconoce que es de su autoría.

Dijo algo así como:

*Han pasado ya tantos años y reconozco que es un discurso auténtico, verdadero. No dije antes esto por respeto a las distintas personalidades que estaban involucradas.*

Había sido un discurso secreto ante los altos mandos y lo más secreto es lo que los enemigos hacen más rápidamente público.

La etapa actual de la Argentina no es más Argentina sola. Es la Argentina en el Mercosur. La Argentina sola ya no tiene destino. Perón lo sabía hace cuarenta y tantos años, lo sabía perfectamente. En diciembre del 51 luego del discurso donde proclama la necesidad de una unión entre Argentina y Brasil, dice que esa unión no

es sólo por sí misma, sino porque es el punto de apoyo para el conjunto de América Latina. Lo reitera poco después, en un artículo firmado por Descartes, titulado “Confederaciones Continentales”, donde se plantea en esencia todo su enfoque y pronuncia una sola frase:

*La unidad comienza por la unión y ésta por la unificación de un núcleo básico de aglutinación.*

Para él la alianza argentino-brasilera no era una unidad en sí misma, era el número básico de aglutinación. Era el único centro que hacía posible que Chile, Uruguay, Bolivia, Perú, en definitiva que todo el resto de América del Sur, pudiera integrarse, no hay otra alternativa. Esa es la única realidad para una política latinoamericana. Otra cosa sólo será literatura.

A esta perspectiva llega a la Argentina casi cuarenta años después, con una Argentina con muchas más dificultades, con más deuda externa, en fin toda una historia que ustedes ya saben.

Reafirmo, Perón es el inventor de la política latinoamericana en el sentido que, antes de Perón, había un romanticismo latinoamericano, un ansia difusa de la unidad de América Latina. Pero política es cuando se señalan los caminos reales, se distingue lo principal de lo secundario, porque si no diferencio lo principal de lo secundario, cualquier cosa sirve para cualquier cosa. Tanto da empezar por Panamá, por Nicaragua, por Brasil, por Paraguay, por cualquier lado, y no es donde no se puede caminar o por lo menos solamente como prolegómenos del camino principal. Prolegómenos que sólo valen cuando se emprende el camino. La gran lección fue retomada por Sarney y Alfonsín en el DICAB, firmada y puesta en el gozne más realista por Collor y Menem y comenzó esta aventura extraordinaria para todos los sudamericanos, que es la Argentina donde ya no hay más Argentina sola, hay Argentina en el Mercosur. En el Uruguay podrá ser si es en el Mercosur, hasta Brasil ya no podrá ser sin el Mercosur. Y el Mercosur es la piedra angular de la Confederación Sudamericana, como decía Perón.

En el motivo de esta reflexión es que se nos ha ido, aunque no parezca, la vida.





## **“Reflexiones sobre la historia del peronismo”**

*por Dr. Antonio Cafiero. (24-VII-1997)*

Me han encomendado una tarea ciertamente difícil; porque tratar de resumir o de reflexionar sobre la historia del justicialismo o del peronismo en un breve espacio hace difícil sintetizar todas las reflexiones que pueda motivar la historia del partido o del movimiento que ha modelado la vida de los argentinos en estos últimos cincuenta años.

Movimiento que atravesó las vicisitudes más dispares que pueden recaer en la fuerza política, movimiento que nace de una manera impensada y que después de desempeñar el gobierno cae también abruptamente y así sucesivamente transita a lo largo de estos cincuenta años, la vida política con vaivenes muy notorios.

El justicialismo, el peronismo llega hoy a fines del siglo XX en el poder y acompañado por la mayoría del pueblo argentino. Diría que si se quiere hacer una cronología del movimiento peronista, hay que señalar seis o siete etapas en su desarrollo, las cuales trataré de puntualizar.

La primera obviamente es el peronismo emergente, el peronismo naciente, el peronismo que nace sin llamarse ni siquiera peronismo, que es el período comprendido entre los años 1943 y 1945. Después la época del apogeo y de ejercer el gobierno de la República '45-'55, allí al final de este período aparecen contradicciones, aparecen diferencias, aparecen dificultades y se produce una de las caídas más trágicas que registra la historia de la República.

El peronismo cae envuelto en una ola de desprestigio y comienza a afrontar probablemente la época más memorable de su larga carrera política.

En la etapa de la resistencia el peronismo, que había adoptado un tono triunfalista y facilista en esos diez o doce años de su nacimiento y de su gobierno, se ve de la noche a la mañana enfrentado a dificultades y rigores impensados, es la época de la resistencia. El peronismo deja de ser una voz, como dije recién, triunfalista, fácil, para transformarse, para adquirir un sentido místico, un sentido heroico, intransigente que durante dieciocho años conserva su espíritu, preserva su identidad, sigue apelando a sus raíces y logra superar esta larga noche de su exilio y de su extrañamiento de la vida de los argentinos para volver al poder dieciocho años después; estamos en 1973. Al año siguiente se produce la muerte del fundador del movimiento, también un proceso de debilitamiento, de contradicciones y de agotamiento tal vez de su capacidad de respuesta frente a los nuevos problemas que comienzan a sacudir a la humanidad.

A mediados de los años '70 se produce una inflexión muy fuerte en la vida del mundo, que la íbamos a ver con más nitidez en los años siguientes, pero cuando se produce la crisis económica, la crisis del petróleo, el mundo empieza a cambiar el perfil de los treinta años que habían sucedido desde el fin de la guerra mundial hasta promediar la década del '70.

El peronismo vuelve a sufrir la crisis en que está envuelto todo el país y cae nuevamente bajo el peso de una dictadura militar. Otra vez se reproducen aquellas etapas de veinte años antes; el peronismo vuelve a las catacumbas, vuelve al exilio, vuelve a la proscripción, vuelve a la cárcel. Esta vez no está sólo, lo acompañan otros sectores de la vida argentina, sobre todo juveniles, que viniendo algunos de ellos del más rancio antiperonismo han aprendido de alguna manera, también muy misteriosa de explicar. El peronismo tenía capacidad de poder atraer la emoción, atraer el entusiasmo de las juventudes, muchos honraron la causa peronista y muchos mueren por ella.

Esta etapa se prolonga durante los años de la dictadura militar, el peronismo vuelve, como dije, a las catacumbas, a la proscripción, al exilio y por razones propias de las debilidades generalmente congénitas que arrastran las dictaduras militares, este proceso también termina.

El mundo regresa, el mundo encara una ola democrática, las dictaduras son repudiadas en todo el mundo; no nos había pasado veinte años antes, cuando las dictaduras militares eran bienvenidas en los centros del poder, ahora los centros del poder comienzan a exigir democracia. La Argentina inevitablemente tiene que caer en este proceso y el problema va a las urnas con esa vieja convicción triunfalista de los años fundacionales y se encuentra con una sorpresa, que sí fue impensada: es derrotado por primera vez en las urnas. Hasta entonces, nos jactábamos que solamente la fuerza de la violencia nos había desplazado del poder, pero no el consenso del pueblo. Ahora el consenso del pueblo nos negaba el poder, entonces tuvimos que hacer una revisión crítica, porque habíamos perdido nuestra capacidad de convocar a las mayorías populares. Porque habíamos perdido, por primera vez desde nuestro nacimiento en la vida política, nuestra condición de fuerza política mayoritaria.

Entonces comienza un proceso que ya no nos viene de afuera, viene de adentro del peronismo, es el proceso revisionista que dimos en llamar Renovación Peronista. Nos dimos cuenta que habíamos sido presa primero de una incapacidad manifiesta, de actualizar nuestro mensaje político o nos faltaba Perón. Perón a lo largo de su vida, mientras fue jefe y conductor del movimiento, constantemente trabajó sobre la actualización del ideario justicialista; el no haber cumplido esta

etapa de actualización nos desvinculó de las grandes corrientes del mundo y de las aspiraciones generalizadas de la sociedad argentina. Además, demostrábamos tener una gran torpeza en el manejo de nuestras relaciones con la sociedad política.

Nuestro movimiento fue copado por un grupo de hombres que hacían de él y del partido un instrumento de sus propias ambiciones, pero nunca como lo sostenía nuestra doctrina el gran instrumento de la voluntad popular. Ese proceso de revisión interna y de renovación rescata al peronismo de la derrota, nuevamente lo potencia para que en democracia, actualizado, recuperadas nuestras raíces y nuestra identidad histórica, afrontáramos con éxito las nuevas exigencias de la vida democrática, de la República y el 6 de septiembre de 1987, el peronismo recuperaba la voluntad mayoritaria del pueblo argentino y dos años después fue nuevamente gobierno.

Se inicia allí otra etapa en la vida del peronismo reciente, que todavía está de alguna manera en camino, en ejecución, no ha terminado y estos son, a mi juicio, las grandes etapas que ha sufrido el movimiento peronista a lo largo de esta dilatada historia.

Sería difícil que yo pudiera contarles o narrarles con detalles esto, pero vamos a tratar de caracterizar muy brevemente cada una de las etapas que acabo de describir.

La primera, como les dije, es la etapa de la fundación, de la emergencia, cosa curiosa, insólita, el peronismo o el pre-peronismo, porque todavía no nos llamábamos peronistas. Éramos laboristas, radicales revisionistas, nacionalistas, forjistas o veníamos de los campos del catolicismo político, del socialismo, inclusive del comunismo, pero no teníamos una común denominación para entendernos, no había sido fundada la doctrina peronista.

Ese fenómeno tuvo características realmente insólitas para el momento en que se vivió, porque se trataba de un Coronel, que para la mentalidad corriente de aquel tiempo por el solo hecho de vestir el uniforme militar era rechazado por el sentimiento común de la gente, recordando que habían sido los militares quienes habían terminado con el último gobierno constitucional de la República, cuyo Presidente fue el Dr. Hipólito Yrigoyen. Además se vinculaba a los militares con el proceso nazi-fascista que estaba en derrota en el mundo.

Perón mismo asomaba como una figura transgresora que venía a cambiar y a agredir al régimen convencional de la República, venía a plantear ideas y acciones destinadas a satisfacer anhelos generalizados de la sociedad argentina, pero poco explicitado el anhelo de justicia social o el anhelo de independencia económica, que sonaban como herejías a los ojos de la sociedad, del establishment de aquella época.

Eran pocas las chances de triunfar en una contienda electoral libre. Un movimiento emergente, sin cuadros políticos, sin estructura partidaria, sin la disciplina, ni el *metier* propio de los políticos. La verdad es que el peronismo en aquella época era un “rejunto”, perdonen la expresión, venían de todos lados; sólo la magia y el magnetismo que Perón inspiraba en la gente hizo que alrededor de él se pudiese constituir un partido con capacidad electoral. Fijense que frente a Perón se alineaban las fuerzas tradicionales y convencionales de la República, todas ellas, todos los partidos políticos, todas las entidades empresariales, todos los centros académicos, toda la prensa, muchos sindicatos, no todos, estaban del bando peronista, todas las universidades; el poder no estaba con Perón.

Además detrás de ello, el fenomenal poderío de la potencia triunfante en la guerra mundial, los Estados Unidos, cuyo embajador asumió de alguna manera, yo no digo el liderazgo porque me parecería demasiado fuerte, pero sí una sólida presencia en las huestes del antiperonismo o de la llamada Unión Democrática. Frente a esa coalición sucedieron hechos que cambiaron la historia de la República, hechos que vuelven aparecer o que aparecen de una manera imprevista para la cultura de aquel tiempo. El 17 de octubre es, por ejemplo, una fiesta popular que vincula ya de una manera indisoluble al pueblo con el líder que emergía, con tal fuerza que nada pudo hacer, nada pudo modificar ni cambiar en los treinta años siguientes.

Esto de la gente manifestando espontáneamente en las calles frente al poder militar, al poder policial, que dudaba que tenía que afrontar este hecho insólito del desborde de la gente, esto que los obreros y los sindicatos ocuparan un rol central en la sociedad, esto que los pobres, los desheredados, los marginados, los excluidos, todo ese vasto sector que, como llamaba Scalabrini Ortiz, era el subsuelo de la patria, emergieran en una suerte de coincidencia histórica; y yo tengo que ser honesto, que nadie preparó, que nadie imaginó, hay algunas historietas que no responden a la verdad, que esto no fue hecho en inteligencia de Perón, del Coronel Mercante o de Evita.

Fue un movimiento absolutamente espontáneo, que desbordó a los dirigentes y eso le dio un sentido místico al peronismo que perdura hasta hoy, hasta medio siglo después; desgraciado el dirigente peronista que no tiene en cuenta este factor, pues no entenderá nunca lo que es el peronismo, ni entenderá nunca lo que es la historia política y el futuro político de los argentinos.

Claro, los problemas no terminaban el 17 de octubre, empezaban el 17 de octubre, había que ganar una elección con esa disparidad de fuerzas que acabo de señalar y después había que gobernar en medio de las dificultades propias del proceso de posguerra y comienzan entonces aquellos diez años que algún autor

llamó, tal vez lo hizo peyorativamente, los días felices, los días fáciles del peronismo.

Han concurrido, entonces, las fábulas o más que las fábulas yo diría las malas interpretaciones; claro, eso pudo ser posible porque el peronismo encontró al país con la reserva repleta de oro en el Banco Central, porque Perón decía que no se podía caminar por los pasillos del Banco Central por las barras de oro, que habría heredado el peronismo para realizar esa gesta de gobierno.

No es así por dos razones que ustedes van entender muy bien; es cierto, estaban las barras de oro, pero eran la contrapartida de cinco años donde el país no había importado ni una sola máquina, como consecuencia de las dificultades del conflicto bélico.

Es cierto que sirvieron esas barras de oro para comprar todos los servicios públicos que tradicionalmente habían estado en manos del capital externo, para repatriar toda la deuda externa, para equipar al país, para crear su flota mercante o su flota aérea, para capitalizar la infraestructura después de cinco años de absoluta falta de inversión, de reposición de bienes de capital de la República en los cinco años de la guerra.

Esa etapa, la de “los días felices”, supo abrir la polémica sobre hasta dónde fueron felices y también porqué fueron felices. Voy a dar dos datos que son de los más polémicos, cuando se juzga el peronismo de los años 1945 y 1955.

El primer punto es lo que ustedes seguramente habrán escuchado. El advenimiento del peronismo quebró la economía nacional, la Argentina después de un pasado dorado, floreciente que llega hasta la guerra se sumergió en la noche de una larga crisis económica por querer distribuir apresuradamente el ingreso; el país no creció y todo eso es lo que llevó a la caída del '55. Esta es la interpretación que todavía se hace, que ustedes escuchan de algunos de estos comentaristas sociales: había que optar entre distribuir o producir. El peronismo optó por la distribución, sin olvido de la producción, y el pueblo comió.

Claro, la gente que tiene memoria sólo dice “bueno, está bien”, en aquel momento había ocupación, salarios altos, los trabajadores tenían un status de dignidad como nunca lo habían conocido en el país.

Pero vamos a los números, los números dicen otra cosa; las series estadísticas señalan que la época de mayor crecimiento en el siglo que tuvo la Argentina hasta ahora (1990) fue la época del '45 al '55, la tasa de producto bruto per cápita creció mucho más, bastante más de lo crecido en los años antes.

Si ustedes toman el proceso de crecimiento del producto bruto per cápita del período de 1900-1929, la época de oro, de ese pasado que nos había llevado a ocupar uno de los primeros lugares en el mundo, según dice la leyenda creció al 1,49%, en la época peronista creció al 1,73%. Ustedes dirán no es mucha la diferencia, pero no es esa manifestación repetida de que el peronismo destruyó la economía, hemos crecido a un ritmo superior al histórico de la Argentina, a los de la época de la oligarquía, y produciendo una fenomenal distribución del ingreso. No quiero abrumarlos con cifras, pero el peronismo hizo este crecimiento distribuyendo de una manera mucho más igualitaria la renta de los argentinos. Este crecimiento superior al crecimiento de la época colonial u oligárquica o liberal se hizo cambiando las relaciones de distribución.

En el año '45 cuando advenimos al poder, según los datos publicados por el Banco Central, el 55% de la de renta nacional iba a los capitalistas y el 45% a los trabajadores.

En 1955 esta relación se había alterado, era 55% para los trabajadores y 45% para los empresarios, para los detentadores del capital. Es decir que hubo un gran proceso de redistribución, con plena ocupación, con salario en alza.

Además una formidable obra de construcción, con una infraestructura social, la salud, la educación, más los programas de solidaridad de la fundación Evita, que no se computan en las cifras públicas, porque son de origen no público. Formaron un contexto de realizaciones sociales que fue inolvidable para el pueblo argentino y no se hizo a costa de destruir la riqueza, sino de incrementar a una tasa superior aquellas que existían, cuando no habían procesos de redistribución.

En síntesis, “los días felices” lo fueron y de verdad, obviamente no todo eran rosas en el campo de la República, ni todos eran aspectos positivos, teníamos también aspectos negativos. Tal vez la Argentina se embarcó demasiado fuertemente en un modelo substitutivo cerrado de exportaciones, tal vez tardamos en abrirnos a las nuevas corrientes en el mundo que ya empezaban a hacerse manifiestas, con una actitud inversora de Estados Unidos. Tal vez tuvimos un gigantismo estatal que no era aconsejable, todo eso lo sabíamos y de hecho intentamos corregirlo en las últimas etapas de nuestro gobierno, pero eso no altera el rumbo, ni la sustancia del sentido histórico de lo que hizo el peronismo en esos diez años.

Así como la emergencia del peronismo fue un hecho imprevisible y rodeado de circunstancias muy favorables, Perón solía decir que el éxito en política se construye con talento y con fortuna; citándolo a Cicerón, decía: “no se si tengo talento pero mi fortuna han sido Evita y la torpeza de mis enemigos”, y es así.

Ese hecho, ese hecho vuelvo a decir realmente imprevisible de la emergencia peronista, como me hace recordar a veces Miguel Unamuno, fue caracterizado como "el hecho maldito de la política argentina", Cooke decía eso.

Porque ni en la mentalidad radical ni en la mentalidad conservadora nacía la posibilidad que hubiera un fuerza que irrumpiera para terminar con ese bipartidismo, caduco, fraudulento y emergiera un nueva fuerza popular con capacidad electoral.

Esos hechos que configuraron una emergencia realmente imprevisible a mi me dicen que en el año '55 también caímos imprevisiblemente, porque nada autorizaba a presumir nuestra caída .

Por supuesto los desarrollistas, los economistas dicen que porque se habían agotado las reservas, porque el país estaba en crisis económica. No, los hechos no dicen tal cosa, si ustedes leen las estadísticas, es cierto, el país tuvo una situación crítica allá en los años 1949-1950 cuando padecimos la sequía, cuando tuvimos un cambio drástico en la situación de los mercados internacionales, pero no en el '52, '53 y '54. No, en el '52 también tuvimos crisis, en el '53 y '54, no fue la crisis económica, lo imprevisible fue que cedió la coalición que había sostenido al gobierno peronista integrada por sindicatos, por el ejército, por las fuerzas armadas, por sectores ponderables de la Iglesia Católica, por clase media ascendente. Porque el peronismo no fue solamente un movimiento para los pobres y los desheredados, fue también un movimiento para la clase media argentina.

La clase media a través de los programas de educación, a través del fomento de la industria, a través de las creación de nuevas oportunidades de empleo, trabajo y producción había despertado también al ascenso y la movilidad social, se sentía interpretada por el peronismo y votaba al peronismo.

En las filas opositoras también comenzaba a reposicionarse al peronismo. En el año '55, pocos meses antes no había oposición para Perón; había opositores pero no oposición , el partido socialista mismo; en el partido más importante, la Unión Cívica Radical, había fuertes diferencias también, algunos que nos querían superar por izquierda y decían que el peronismo no cumplía los mandatos de una verdadera revolución social y eso no era ciertamente creído por la gente.

El peronismo cae porque se desarticula la coalición que lo había sostenido por uno de esos, yo diría, avatares de la historia, esa coalición triunfante se desarticula.

Hay muchas razones para explicarlo, no quiero entrar en eso porque nos van obligar a una polémica, no hay consenso sobre cual fue la verdadera razón de



nuestra caída, si el conflicto con la iglesia, si la presión de los intereses internacionales; lo cual nos es así: yo puedo decir, porque acaban de ser publicados documentos de aquella época en Estados Unidos, que Estados Unidos no vio con buenos ojos la caída del gobierno de Perón, lo vio tal vez Gran Bretaña. Pero no Estados Unidos que era el mandamás de esta parte del mundo, estaban aceptando al régimen peronista, estaban aplaudiendo las reformas que Perón gradualmente, sin perder sus raíces ni su identidad, estaba introduciendo para adaptarse a la mudanza de los tiempos.

Como decía Perón, no por nada el Presidente de los Estados Unidos nos envió a su hermano, no por nada vino acá el Subsecretario de Estado de los Estados Unidos, no a dar órdenes como pasó después, sino a presenciar, a ver y hasta a aplaudir muchas medidas que obviamente habían sido tomadas en otro momento de la historia política y ahora podíamos revisar.

El peronismo le había abierto la puerta a la introducción de fábricas de automotores de origen norteamericano, el peronismo estaba a la vanguardia de la investigación atómica en América Latina, el peronismo había iniciado la política aéreo-espacial, el peronismo había comenzado a intentar o buscar fórmulas para explorar las reservas de petróleo que tenía bajo su subsuelo.

Todo esto en medio de fuertes y arduas discusiones, pero de cualquier manera eran signos que hablaban de que el peronismo estaba entendiendo, entendía siempre las exigencias de los tiempos; yo diría que esto abriría una polémica que nos llevaría muy lejos de cual fue la verdadera causa, pero es tan inexplicable para muchos el surgimiento del peronismo como su caída.

Entonces cuando una cosa no se explica, ni por qué surge, ni por qué cae, todos pensaron que el peronismo era un fenómeno transitorio en la vida argentina; si surgió de una manera que podemos juzgar cuasi milagrosa y cayó de una manera que no es fácil explicarse convencionalmente. Es lógico que los enemigos del peronismo dijeran, bueno, ahora sí, se acabó la peste, ahora sí se terminó el peronismo; vamos a ver qué hacen ahora que no tienen el poder, vamos a ver qué hacen ahora que no lo tienen a Perón, vamos a ver qué hacen ahora que Evita se murió, vamos a ver qué hacen con todos sus dirigentes encarcelados, proscritos o exiliados, vamos a ver qué hacen. Por de pronto le vamos a aplicar todo el rigor de la legislación antinazi que habría regido para todos los derrotados en Alemania, no se podía mencionar el nombre de Perón, no se podía cantar la marcha, no se podía decir que uno era peronista, eso era riesgo de ir a la cárcel. La represión fue rigurosa y sangrienta, todos tenemos en nuestra memoria a los héroes del 9 de julio de 1956.

Y pareció que el peronismo caía; qué esperanza podíamos tener los dirigentes peronistas allá en el '55, '56, '57 sin partido, sin líderes, con Perón exiliado, con un oprobioso mecanismo de propaganda que nos hacía aparecer ante el mundo como corruptos, como habiendo demolido el país, habiendo destruido su economía, como habiéndonos dedicado a una salvaje demagogia que había enterrado la Argentina del progreso y de la ilustración y ahí se produce la transformación, para mí la más grande transformación del peronismo.

Como este movimiento populista, que hacía gala de su portentosa capacidad de victoria que no encontrábamos, era difícil a veces explicar a los compañeros que no todo eran rosas, que había que asumir algunas responsabilidades y Perón se encargaba de eso, cuando organizaba el Congreso de la Productividad o cuando insistía en que el país sin más producción no podía tener horizontes en el futuro.

Cuando pedíamos a los gremios muy poderosos que restringieran sus demandas, cuando hablábamos del equilibrio social, cuando firmábamos los pactos, cuando dimos origen a una gran Confederación Empresaria, la CGE de entonces, para nivelar el poder de la CGT, todos esos movimientos equilibraron al peronismo.

Nos decían que no todo era un camino de rosas, pero era muy difícil decirle esto a la gente, imponérselo y Perón lo hacía.

Entonces compañeros, amigos, yo dije que es la etapa más linda del peronismo, fueron esos dieciocho años de proscripción, de exilio, de heroísmo y de martirio; porque pusieron en evidencia que el peronismo no era un movimiento superficial, cuasi anecdótico girando alrededor de un hombre y muriendo por sus propios defectos o por su propia incapacidad, era un movimiento que había echado raíces, que tenía una profunda identidad y que la abonaba con la sangre de sus mártires, esto es una cosa gloriosa; a mí no me ufana saber de los muertos que tuvimos, ojalá no hubiéramos tenido ninguno, pero el hecho fue así y surge esa resistencia, surge el hecho místico y heroico del peronismo, sin partido, sin dirigentes, tal como sugirió antaño la gesta espontánea de octubre del '45.

Ese peronismo cambia los actores, al gremialismo o el sindicalismo que había sido la columna vertebral y, obviamente, el soporte del peronismo triunfante, ahora le toca una tarea mucho más difícil, tiene que ser el sostén donde se refugia el peronismo sofocado, el peronismo de las catacumbas y entonces surge una nueva generación de dirigentes, son los dirigentes de las 62 organizaciones: los Vandor, los Framini, los Olmos, algunos que todavía nos acompañan como Miguel Unamuno, Eleuterio Cardoso, Cayo Ayala, Gallito, el telefónico.

Ayer, por ejemplo, voy a contar una breve anécdota, ayer vino la CGT al

Senado para conversar sobre esto de la Reforma Laboral y yo quería leer un documento preparado por Lorenzo Miguel como jefe de las 62 organizaciones; puedo compartir o no lo que dice Lorenzo en esa carta, pero les dije a los compañeros de la CGT: acá también tienen que venir las 62 organizaciones a hablar; les guste a ustedes o no les guste, nada más que por respeto a la historia, compañeros. Cuanta lucha, cuanto sacrificio hay detrás de esta sigla; con esta sigla pudimos mantener la mística del peronismo en los momentos de la derrota, claro, ustedes saben como son los muchachos; ahora estamos hablando con un perfil bajo de otras cosas, pero en fin. Quiero rendir tributo a ese bello manojito de dirigentes que asumieron la tarea de tomar la antorcha del peronismo y no dejar que se extinguiera, la mezclaron con reclamaciones salariales, la mezclaron con negociaciones; con el poder hubo de todo, pero también hubieron los que entregaron todo para que el peronismo siguiera viviendo y de vez en cuando nuestra fe creciera.

Creció allá en el '57 cuando se llama a una elección Constituyente para elegir convencionales para una Constitución y así de la noche a la mañana, de oreja a oreja, de oído a oído hay que votar en blanco, nunca se había hecho eso en el país, ganamos votando en blanco y pocos años después hay un gobierno democrático, que nosotros contribuimos a elegir, el gobierno de Frondizi.

Pero el gobierno de Frondizi no nos cumple o por lo menos entendimos que no cumplía con lo que nosotros creíamos que debía ser y de la noche a la mañana en sesenta días armamos un partido en la provincia de Buenos Aires que fue la Unión Popular y en menos, creo que en cuarenta días de campaña, le ganamos al partido oficial.

La noche del 20 de marzo de 1962 o el 19 o 18, así de repente, cuando todo parecía en esta estructura que las aguas mansas y quietas habían hundido al peronismo, el peronismo hacía como esos fenómenos subterráneos que salen y se levantan sobre todo eso.

No estamos muertos y eso fue el '62 y fue el '64 y fue el '65, hasta que por esa época adviene, un nuevo actor en la vida del país y en la vida del peronismo, la juventud. Esa juventud muchas veces viene de familias antiperonistas, pero ellos son los que se adueñan o interpretan, son los que quieren el celo de los conversos, la furia de los conservadores; ¡cuidado del celo de los conversos! es mucho peor que el celo de los enemigos y ellos quisieron también no solo asumir las banderas del peronismo sino dar una interpretación a la luz de lo que estaba también ocurriendo en el mundo.

Porque yo no he podido decirlo pero tal vez lo vaya diciendo, la Argentina no marchó a contramano, no se aisló del mundo, ni el peronismo se aisló de las gran-

des corrientes, el peronismo tuvo esa mezcla de laborismo, keynesianismo y la expresión norteamericana del “new deal” de Roosevelt, lo tuvo después de la guerra.

Después aparecen las corrientes socialistas en el mundo y el peronismo no se siente ajeno a ello; no las comparte, porque nosotros hemos tenido esta enorme capacidad de saber asumir los cambios, pero sin perder nuestras raíces, ni nuestra identidad, así hicimos en los cincuenta años que tenemos.

Las raíces e identidad del peronismo fueron conservadas tanto cuando eran amenazadas por la derecha como por la izquierda, entonces era una tremenda lucha ponerse al frente o para parar a esta nueva juventud que arrasaba con todo, con su entusiasmo, con su fervor, con su ansia y decirles “cuidado que ustedes se están yendo del otro lado”.

La violencia no es un instrumento permanente en el peronismo, es un instrumento circunstancial, pero la violencia como lucha permanente no, era difícil decirle que estas concepciones nacidas en otras latitudes, pero que no son propias de la Argentina, tenían que identificarse y asumirse en el contexto de la verdadera raíz de la identidad peronista.

Perón le escribió a Fidel Castro cuando le decían que tenía que ir a Cuba, Perón decía “las revoluciones se hacen con tiempo o con sangre” y él prefirió el tiempo.

La revolución cubana, los movimientos socialistas en el mundo, el mayo de París, las agitaciones en las universidades norteamericanas, el hippismo, la nueva juventud todo esto también repercutió, no podía ser de otra manera, en un movimiento como el nuestro; el nuestro nunca fue un movimiento pasivo inerte, fue siempre un movimiento vivo que ha recogido las grandes tendencias de la historia.

Perón decía: golpea para negociar, golpea donde está al enemigo, donde al enemigo le duele, pero no hacer la guerra, porque si hacemos la guerra perdemos, porque no estamos en paridad de fuerzas para hacer la guerra.

Esa es la etapa gloriosa del peronismo, la más gloriosa, que termina cruentamente en la dictadura militar, pero antes se había producido el retorno, lo que parecía un sueño inaccesible son las grandes cosas del peronismo.

Es misterioso y milagroso como surgió el peronismo y tiene algo de misterio como cayó.

Nuestro sueño del que fui protagonista junto con Miguel Unamuno, con Gallito, con Cardoso era el retorno de Perón en el año '64, cuando tuvo el primer intento.

El peronismo nunca se desalentó en eso del famoso avión negro, con lo que soñábamos los peronistas, creíamos que formaba parte ya de nuestra mitología, "fumando espero al hombre que yo quiero" era una de las pocas canciones que podíamos cantar en la época de la resistencia sin que nos llevaran preso.

Fue muy rica la resistencia peronista y esto ya lo conté, disculpen los que lo escuchan nuevamente, cuando tuvimos la Convención Constituyente en Santa Fe en el año '94 se instaló un artículo en la Constitución donde dice que el pueblo debe hacer resistencia a la opresión y que está autorizado a armarse para resistir la opresión. Los representantes del partido militar que estaban en la Asamblea dijeron que esto era una herejía, esto era un llamado a la guerra civil, esto no lo podíamos poner en la Constitución, entonces yo le dije, creo que al convencional Aldo Rico, el sentido de la resistencia ustedes no lo entienden bien, ustedes creen que la resistencia es siempre tomar un arma o poner una bomba, nosotros somos expertos en resistencia, la resistencia la hemos ejercido de muchas maneras, una por supuesto ante las infamias, en lo íntimo de nuestras convicciones que nos permiten resistir cualquier apremio y la otra porque a veces hasta con el ridículo hemos resistido.

Entonces conté un chiste muy conocido: recuerdo que estando detenidos en la cárcel de Caseros solían caer oleadas de muchachos jóvenes, que habían sido apresados en una esquina, uno porque cantaba la marcha, otro porque silbaba la marcha, otro porque ponían otras cosas en las vías de los ferrocarriles, claro que cuando estaban allí decían que era por cantar la marcha, por las dudas. Entonces, más tarde, lo vemos a un muchacho muy cariacontecido en un rinconcito, no se animaba a hablar -¿vos, por qué estás acá? y dice -fíjese lo que me pasa: yo soy un peronista de toda la época, mis padres son peronistas, yo cantaba la marcha todos los días, a la mañana cantaba la marcha y un día me dijeron que no podía cantar la marcha; entonces me sentí muy frustrado, me sentí muy mal, mamá me decía no salgas a la calle y cantes la marcha que te van a llevar preso, pero yo salí a la calle y ví que había policías que pasaban y estaba con una ansiedad tremenda, necesitaba desahogar mi crisis psíquica, esta crisis que sentía de decepción y de frustración; entonces un día salgo a la calle y de pronto se ilumina la calle, pasa un camión lleno de muchachos cantando la marcha peronista "todos unidos triunfaremos" y con banderas.

Dije: volvió Perón, fantástico muchachos, entonces corro al camión, subo al camión, el camión a toda velocidad "los muchachos peronistas" y digo ¡che! ¿a donde vamos? a Villa Devoto.

Esas son las formas con las que nosotros caracterizamos el sentido de la resistencia, así que a nosotros nos podrán ganar en muchas cosas, pero no nos van a sacar ni las convicciones, ni el humor.

Bueno, esto viene a cuento de esta nueva etapa que empezó a vivir el peronismo, que es la del retorno, con cuyas andanzas y peripecias no quiero aburrirlos a ustedes; que después culmina con el gobierno de Cámpora, con una elección triunfante del peronismo a la cual suceden los episodios que ustedes conocen.

Nuevamente, también ahí es más explicable lo que paso; el mundo a mediados de los años '70 había pegado un viraje que dura hasta ahora hacia el neoliberalismo y la democracia. Neoliberalismo económico más democracia igual fórmula que santifica todos los gobiernos y toda la actividad política, y nosotros que estábamos en el gobierno no tuvimos tiempo de armar una respuesta a estos nuevos desafíos, que además eran bastante extraños, es algo que yo veo con mayor claridad ahora; pero en aquel momento todavía vivíamos el impacto de los movimientos socialista y reivindicatorios y violentos que habían sucedido en el mundo y que llegaron hacia nosotros con el Che Guevara y con toda, en fin, con toda la larga lista de actitudes, de heroísmo, de luchas armadas y violentas que habían sacudido el mundo de los años '60 y gran parte de los años '70.

Ya víctimas de una operación militar que hubiera venido de cualquier manera, es mi impresión, que aunque hubiera estado sentado en la Casa Rosada cualquier político, a esa Revolución no la paraba nadie. Era un designio estratégico de las Fuerza Armadas, nos gustase o no, hiciéramos lo que quisiéramos. Porque el temor a la guerrilla se había hecho tan intenso en las Fuerza Armadas, que no veían otra cosa que eso y por ver solamente eso, hicieron lo que hicieron.

Esta vez no solo fuimos los peronistas o no fueron solo peronistas, también se sumaron otras corrientes, muchachos de otra extracción que pagaron con su vida esa la larga noche de la dictadura militar, ahí termina otra etapa de la vida del peronismo.

Nuevamente las catacumbas, nuevamente el exilio, nuevamente la proscripción, nuevamente la cárcel, nuevamente, esta vez las desapariciones. El régimen militar se hunde por su propia torpeza, no deberíamos ser tan fatuos de creer que nosotros volteamos al régimen militar, que nosotros ayudamos, pero que se cayeron solos, propio de la torpeza, egolatría y ambiciones personales.

No pasó así en Chile, porque hubo una clase militar mucho más inteligente, por lo menos para mantener la dictadura, cayeron después conservando muy bien

grandes porciones del poder.

Y comienza entonces lo que yo llamé esta otra etapa signada por las nuevas corrientes del mundo, que desde los grandes centros del poder piden la democratización de nuestra sociedad. El peronismo por un fenómeno de inercia cae en la trampa de negar ese proceso, hacia dentro del peronismo y hacia afuera del peronismo y eso nos lleva, justamente a lo que antes dije y ahora reitero, nos lleva a sufrir la primera derrota del peronismo.

Esto motiva que hiciéramos un revisionismo, un análisis profundo de cuáles han sido las causas de nuestra derrota, qué había que hacer para salir de la derrota, y lo hicimos eficazmente. La renovación peronista, en dos años primero recuperó el control del partido, empezaba a existir una fuerza auténtica y genuina habilitado por la ley; en dos años más volvíamos a ganar en toda la República y volvíamos a ser el partido en el gobierno.

Y comienza así la etapa que todavía no ha terminado, una etapa más que se inicia en el '89 con la presidencia de Carlos Menem; esto está demasiado reciente entre nosotros como para que yo abra o diga muchas cosas, creo que todavía los peronistas no nos hemos puesto de acuerdo en muchas cosas, creo que este es debate pendiente que tenemos en lo interno, en el interior del peronismo.

Creo que el peronismo a través de Menem hizo una transformación productiva y económica absolutamente indispensable más allá de los excesos, errores y de las cosas que no nos gustan de ese proceso. Pero creo que si el peronismo terminase rindiendo pleitesía al producto bruto interno, olvidaría su raíz y su identidad histórica. Si el peronismo se conformase con los grandes equilibrios macro-económicos, que hoy nos ufanan y ciertamente con razón, pero no hace que esos grandes equilibrios bajen al micro-bolsillo de los hombres y las mujeres de nuestro pueblo, el peronismo habría concluido lamentablemente o lo hubiéramos derrotado nosotros mismos.

Lo que no podía la dictadura, lo que no pudo el radicalismo y lo que no pudieron nuestros enemigos, lo vamos hacer nosotros mismos, si no tenemos en cuenta esta historia del peronismo, si comenzamos a creer que ha llegado la crisis de la política y el fin de la historia, que se han terminado las utopías, que la mística en política ya no cuenta, si comenzamos a mirar al peronismo como un movimiento desarticulado sólo detrás de pequeñas consignas, sin consignas, sólo aferrado a lo dramático, a lo que ocurre hoy, se olvida del destino a largo plazo, rechaza de su seno a la gente que quiere luchar por otra cosa, se olvida de toda la historia que tiene el peronismo.

Empezamos a dejar el camino, el recuerdo de nuestros mártires, no nos parece bueno el discurso de Evita porque tal vez es un poco antimoderno, a Perón hay que dejarlo bien en la historia, en el archivo, pero nunca hay que decir que todavía vive, porque nos podemos equivocar. Si queremos hacer el juego a los poderosos y nos olvidamos de los que no son poderosos, los que son la base y el sustento filosófico de nuestro movimiento históricamente hablando, nos vamos a equivocar; yo creo que no, yo creo que esa misma suerte que ha tenido el peronismo, esa misma mística, ese mismo sentido místico, esa idea de que somos una fuerza inextinguible, porque tenemos raíces y porque tenemos identidad, van a superar estos conflictos del ahora, no por el camino conquie alguno cree que acá es posible cambiar el signo de la historia, eso no podrá cambiar nunca.

Perón decía siempre que hay que cabalgar sobre los procesos históricos, para manejarlos hasta donde podamos, pero no ignorarlos porque nos pasan por arriba y yo creo que ahora es el momento, que la inteligencia peronista tiene que formularse su programa de combate para el siglo que viene.

Tenemos que volver a enamorar a la juventud de las grandes causas que el peronismo siempre despertó, tenemos que alertar a nuestra gente, decirle que no hemos nacido para las tareas pequeñas sino para las cosas grandes, que no nos vamos a detener en el examen de las nimiedades, que vamos a ir a lo profundo de nuestras convicciones, que no nos asustan, que no nos van a llevar de la mano, que somos la misma fuerza del '45 en otro mundo, en otra realidad, pero con las mismas raíces que no las hemos perdido a lo largo del tiempo. Tenemos que recuperar algunos aspectos de identidad histórica que hoy aparecen demasiado sumergidos: la justicia social sigue siendo la bandera esencial del peronismo; aún en un mundo globalizado la independencia económica es un valor que tenemos que asumir no para realizar o querer repetir el proceso del pasado, que no tiene cabida en el mundo moderno, pero sí para guiar la acción de nuestros gobernantes; la soberanía política se está cumpliendo como lo predijo Perón.

Perón habló del universalismo antes que los teóricos modernos hablaran de la globalización, Perón había enseñado el camino: primero regionalisémonos y después vayamos al Universo. Cuando le propone Perón a Ibañez del Campo en Chile y en Brasil a Getulio Vargas el ABC, allá en año '53, yo era su ministro de Comercio, puedo dar testimonio de todo eso.

Se anticipó cuarenta años a la creación del Mercosur; es decir, si nosotros todavía seguimos viviendo a Perón no es porque vivemos al caudillo, vivamos también al estratega, al pensador y seguimos sus consejos; él nos dejó un testamento, está ahí en el modelo argentino del 1º de mayo del '74, donde dice todas estas



cosas.

Él se anticipa al problema del medio ambiente y de la ecología. Él se anticipa al problema de la necesidad de que la educación se convierta en el principal factor del desarrollo; porque capacitar los recursos humanos equivale tanto como a invertir en minería, petróleo o usinas hidroeléctricas. Estas enseñanzas humanistas son las que dan sentido y conformación a nuestra doctrina y tenemos que saber hacerlo en nuestra acción de gobierno. Claro que no lo podemos hacer si desde el mismo gobierno hay voces que nos dicen que el peronismo ha terminado y lo que se viene es posperonismo. No sé con qué título, pero que nuestro ciclo histórico ha terminado; esto es lo que los peronistas no vamos a admitir, no por nosotros sino por todos aquellos que nos precedieron y que dieron mucho para que el peronismo siga viviendo y todavía sea la gran esperanza de los argentinos del siglo XXI . Nada más, compañeros.

## “Surgimiento y caída del Nacionalismo Argentino”

*por Prof. Noé Jitrik. (31-VII-1997)*

### 1. – El brillo deslumbrante de una época

Bien, el trabajo que me voy a permitir presentarles hoy se titula «Surgimiento y caída del Nacionalismo Argentino», el primer capítulo se titula «El brillo deslumbrante de una época». Empecemos, para hablar de nacionalismo por cierta experiencia de escucha. Empecemos por la música, sin dejarnos influir por tentativas de tipo ruso (Balakirev, Glinka, Glazunov), finlandés (Sibelius) o húngaro (Bartok), ni argentino (Aguirre, de Rogatis, Guastavino), ligadas al ámbito folklórico predominantemente rural. Consideremos el tango urbano en uno de sus momentos de transición, encarnado en la iniciativa de un trío famoso, Irusta, Fugazot y Demare. La versión que puedo escuchar es de la década del '40 y tiene dos partes, en una Lucio Demare toca el piano en solo; en la otra el trío ocupa todo el espacio.

Mi primera impresión es que se puede registrar un curioso desnivel entre una y otra. Cuando se trata del trío, las interpretaciones -que tienen el encanto de, ahora, lo viejo y guardado en rincones oscuros de la memoria- carecen de brillo, remiten a un modo reposado y se diría que tranquilo de hacer los tangos con muchas “garantías”, como si algo los demorara o atrasara a causa, quizá -es una conjetura- de que el bandoneón y el piano, tal vez por cortesía, declinan sobresalir y la voz, al mismo tiempo, tiene una gran carga criolla todavía -el tango cantado deudor del estilo- que no deja ir para adelante; se diría que la música, a causa de todo ello, quiere permanecer en el mismo sitio, lucha contra el tiempo que apremia y empuja. La voz, de Agustín Irusta: hay que decir, en su homenaje, que no se dejó arrastrar por las variables gardelianas que en su tiempo arrasaban y que permaneció fiel a un modo introvertido, ceniciento, con supresión de resonancias y renuncia a cualquier lenguaje de los tiempos que se venían acercando.

En cambio, cuando Lucio Demare toca solo lo menos que se puede decir es que es absolutamente brillante, perfecto y a la vez emotivo, “pertenece” a lo que se sabe que el Tango se exigió a sí mismo en su ya larga historia, parece increíble la nitidez de las frases y el perfil que adquiere historia que va narrando; es más, ese brillo, que no es un mero efecto de connotación de la historia, es lo que le confiere un carácter de historia -narración por musical sin nada que narrar- y pone en evidencia una cualidad a la que solo con un juicio nos podemos aproximar: es de una excepcional madurez.

Pero hay algo que llama la atención: algunas de las piezas que interpreta,

como si estuviera en una sala de conciertos, como un Arrau reconcentrado y dominador de su instrumento, tienen títulos que de una u otra manera remiten al francés: «Mañanitas de Montmartre», «Grisel», «Dandy». Sin por ello afirmar que “todo” en el tango se vincula con lo francés me quedo en este detalle. ¿Habrá alguna relación entre lo que esto significa desde el punto de vista de las predilecciones repertoriales con su modo de ejecución, o si decir esto es excesivo, con el alcance que tiene su toque, una especie de tentación de altura?

Recuérdese que, como lo quiere una fuerte tradición, “el tango triunfó en París” y que ese triunfo revivió viejas fantasías, que tuvieron sus primeras y más nítidas encarnaciones en gente como Lucio Mansilla y Ricardo Güiraldes, y hasta, historia menos conocida, en el tucumano Gabriel Iturri, que fue secretario (¿y quizás amante?) del Conde Robert de Montesquiou, amigo a su vez de Marcel Proust, y las consolidó; En *El juguete rabioso*, de Roberto Arlt, uno de cuyos personajes se llama, quizá no del todo por azar, “Lucio”, escribe “bailar el tango en París”<sup>1</sup>. En todo caso, y para volver a nuestro punto de partida, lo francés aparecería, en esta elección de Demare, como meta y garantía, para decirlo con un esquema, lo universal a que se habría accedido algo tan particular como el tango, de orígenes tan dudosos, tan, todavía, en la voz quebrada y débil de Irusta y en los quejidos de Fugazot, ligados a un barro elemental. Pero, no hay que olvidarlo, ese nudo no sería pensable sin la interpretación de Demare que, sin duda, llena todos los requisitos de un arte mayor.

De todo lo cual se pueden sacar algunas consecuencias o al menos preguntas o derivas. La primera es una idea o, con más precisión, una imagen, de la “construcción de figuras”; tocando en sólo Demare resplandece, en grupo se opaca pero, no obstante, dado el género sobre el que trabaja, y cuyas reglas recientemente establecidas respeta, no solo no pierde por tocar sólo sino que acumula representatividad: la figura que construye es, pues, representativa. Dicho de otro modo, podría afirmar que en su modo, certeza, brillo, hay un gran momento argentino, tanto más cuanto que implica una pretensión universal o universalizante la conexión francesa.

La siguiente deriva tiene que ver con las cadenas o seres significativas que esa figura establece; la inicial, y rudimentaria, es el «caudillismo» -Demare cortándose solo- con lo que encierra de procelosas relaciones entre el individuo y el grupo, como si una historia penetrara una relación entre músicos; recuérdese que los nacionalismos de derecha cultivaron la memoria de los caudillos, Facundo en la obra de Paoli, Rosas en la de José María Rosa, Peñaloza en la de Chávez; los de izquierda -o no tanto-, sin poner un exceso de énfasis, tuvieron líderes, Yrigoyen, Perón, de alguna manera evocadores de los caudillos históricos; la segunda serie se vincula con ese particular florecimiento de lo que designó como «estrellas» del arte

popular que se produjo entre el '20 y el '40, años, por otra parte, en los que lo que recorre la cultura argentina puede ser considerado de acuerdo con, por lo menos, estas tres siguientes líneas de análisis:

a. La Argentina vive, en las prolongaciones de su fundadora ideología liberal, como si hubiera realizado ya su sueño occidental, europeo y culturalmente francés, de ser una "nación" con todas las letras; esa vivencia no deja de suscitar reacciones que podemos designar como nacionalistas.

b. Se registra una verdadera floración de tentativas simbólico-artísticas (teatro, música, pintura, literatura) que parecen confirmar la convicción de que existe un aquí y ahora, fundamento indudable de toda proyección nacional, así, como un talento propio y peculiar, nacional, en suma un valor.

c. Comienza a expandirse una teoría y una práctica de nacionalismo como teoría que propone la estimación de ese Valor como si emanara de una esencia, proclamada, afirmada y más rencorosa que feliz. Disminuido ese valor, recortado en forma de proyecto, de grandeza adquiere dimensión consciente de proyecto, se hace ideología política, que no está ausente de ningún programa que podríamos llamar progresista. Es como si ya no se pudiera renunciar a un ser; si para la Derecha ese ser es inmutable, para el progresismo, o izquierdismo o populismo, es un "siendo".

En suma, una manifestación cualquiera, en este caso el ejemplo fue Lucio Demare (podría ser Pettorutti o Borges o Ginastera), que irradia madurez, conduce a un campo de afirmaciones de prolongaciones que convocan tanto a una seguridad como una semiosis inconfundible, ya irrenunciable, la de una cultura con definición, lo más parecido que se pueda imaginar a la idea de "identidad nacional".

## **2. - Riqueza y Seguridad**

Paréntesis sobre el punto b), enunciado hace un instante, Floración de Tentativas. Sería bueno considerar aspectos restringidos y particulares de dicha floración a fin de integrar una historia de la cultura basada en el reconocimiento de una creatividad localizada y excepcional. Si se hiciera se vería que entre el '20 y el '40 hubo en todos los órdenes de la existencia producciones significativas y perdurables, del mismo nivel en sus respectivas esferas. Sí, como lo señalé en otra parte, en 1926 aparecen cerca de una decena de libros (los de Güiraldes, Arlt, Borges, Rossi, Fijman, Larreta, etc.) tan perdurables como indicadores de una inflexión decisiva hacia lo temática y sintácticamente urbano de lo que era rural, si el sainete se impone como típica e inconfundible manifestación de un hondo proceso histórico,

si las revistas literarias y por entregas alcanzan tirajes desmesurados para las tímidas ediciones precedentes, si hay un comienzo más que promisorio de especulación filosófica e investigación científica, si brotan por doquier figuras en el cine y la radio, sobre todo los humoristas, si el deporte despegaba con fuerza mitológica, también hay que decir que se registra una forma particular de creatividad en el empleo de una metonimia, de raíces locales, mediante la cual una marca de un producto se impone por sobre el producto mismo y lo designa, así como a toda otra marca que pudiera competir con la primera<sup>2</sup>. Así, se empieza a llamar corrientemente “Geniol” a cualquier aspirina, “Perramus” a cualquier impermeable, “Gomina” a cualquier fijador, “Toscano” a cualquier tabaco, “Singer” a cualquier máquina de coser, “Gilé” a cualquier hoja de afeitar, “Frigider” a cualquier heladera, “Puloil” a cualquier limpiador, “Brasso” a cualquier pulidor, “Kolynos” a cualquier dentífrico, “Quacker” a cualquier avena, “Buda” -que quizás sea un poco posterior- a cualquier mata mosquitos, lo mismo que “Curitas” a cualquier esparadrapo. Debe haber, sin duda, mas ejemplos; lo que importa es el arraigo y la tendencia a la universalización que estos usos revelan; también la seguridad, de lo cual, en el orden del orgullo idiomático, sería una declaración casi impecable *El idioma de los argentinos*, de Borges, no por nada no reeditado después, y sus querellas con Américo Castro. Y esto se integra desde luego en una idea de nacionalidad, pone en evidencia secretos mecanismos de un genio propio, de una identidad, sea cual fuere el campo<sup>3</sup>. Nada mas propicio, sin embargo, para cerrar el paréntesis que atribuir a ese sentimiento de autosuficiencia condiciones propicias para que prospere eso que llamamos nacionalismo.

### 3. - La idea Nacionalista en Argentina

Veamos en particular este aspecto, genético, de lo que, sin definir todavía, ya estamos llamando nacionalismo. Dejemos de lado la certeza operativa del aquí y el ahora, el perfil que ya tienen sus manifestaciones. Tampoco nos detengamos en el aspecto de la estructura material que sostiene la mencionada productividad, o contra la que se da tal productividad simbólico-artística, si hay o no todavía una burguesía nacional que liga su destino a este país cuestión sobre la que sin embargo habría que pensar, quiero decir el juego de la economía simbólica en relación con la riqueza económica. Vayamos, más bien, a la formación de la idea nacionalista en la Argentina.

Se diría que, en la reciente tradición roussoniana, comienza a perfilarse como puro deseo con la Revolución y la Independencia; esto es obvio y sabido ahora, no del todo en su momento, salvo por iluminados como Moreno y acaso Monteagudo o Castelli para quienes la Nación que se avecina es un sueño, o una meta, o en el mejor de los casos una tarea, una obra en construcción, interrumpida por rencor

reaccionario antes de empezar. En la puesta en marcha de estas ideas surgen otros elementos que existían pero solo duraban y que en el momento en que nace la idea de nación comienzan a presionar, a exigir, a declarar: son las regiones, lo que van a ser las provincias, los grupos del interior que quizás no sepan de ideas pero que actúan, a través de sus caudillos, brotados casi por milagro de la guerra, la posibilidad de estructuras autónomas, afirmadas en una idiosincrasia, no en un proyecto. Pero si “nación” es un concepto totalizador, el triunfo regionalista frente al unitarismo porteño no debería haber permitido que progresara una ideología nacionalista. No fue así sino más bien al contrario: los caudillos son el origen de la práctica nacionalista, y en ocasiones, la coyuntura les fue favorable para dar una forma, así sea embrionaria, a este concepto, por ejemplo cuando Rosas enfrenta a ingleses y franceses en el río Paraná; el ingrediente que crece es el del rechazo al extranjero y la decidida defensa del territorio, nociones que cuando el ideario nacionalista esté definido le serán inherentes. Sin embargo, Rosas no fue tan coherente con tal comportamiento en el caso de las Malvinas, su dejar hacer implicó pérdida de territorio pero, en cambio, dio lugar a una prédica reivindicativa que parece también incorporada al discurso y a la ideología nacionalista, tanto que, a través de ese tema, podría decirse, como se pudo verificar cuando el gobierno del General Galtieri decidió la invasión, en 1982, que el nacionalismo estaba universalizado en la Argentina.

Fue Alberdi quien, uno de los primeros, asumió el tema, acaso con una filosofía mezcla de sansimonismo y de gehelianismo diluido, sin duda con una doble decisión; por un lado, dar a la idea roussoniana una forma más adecuada a los tiempos, se vivía en el rosismo no en la revolución, y por el otro, generar un instrumento conceptual útil para encarar un futuro necesario de un país considerado factible. La fórmula que concibió, «una nación no es una nación sino por la conciencia reflexiva y profunda de los elementos que la componen», tiene un carácter lo suficientemente abierto como para tener en cuenta no solo lo que se era y los recursos para respaldarlo sino sus posibilidades futuras<sup>4</sup>. Yo creo que ese pensamiento está en la base de la gran formación histórica que llevó a cabo el liberalismo positivista a partir del mitrismo que, dicho sea de paso, reclamó para sí, en la herencia alberdiana, el adjetivo de “nacionalista” que indicaba, en ese caso, un objetivo de unificación política, no una ideología afirmativa; en todo caso la única afirmación era la del programa tendiente a lograrlo, en ese sentido “progresista”, demográfico en una dirección -eliminar a los indios e importar inmigrantes-, militar y de cooptación en lo político, en suma de integración de los núcleos opuestos, llamados entonces autonomistas, concepto restringido en la ocasión pese a que esta palabra forma parte, después, del ideario nacionalista más propio.<sup>5</sup>

Quizás por un comienzo de reacción católica contra el liberalismo, que altera fuertes tradiciones culturales, comienza a gestarse una reformulación de los térmi-

nos políticos que, luego de la revolución del '90, incluye el elemento del pueblo como componente inalienable de la idea de nación<sup>6</sup>. Se encarna en el radicalismo y tiene un contenido moral en sus inicios; hay valores inherentes a esta formación humana llamada Argentina que el "régimen", "falaz y descreído" según Alem y Yrigoyen, ha conculcado y se trata de recuperarlos; el "régimen" es extranjerizante, no cree en las tradiciones, explota solo en beneficio de sus miembros las riquezas del país y lo endeuda, lo corrompe, lo enajena; nacen allí los principales tópicos de lo que podría llamarse "nacionalismo popular", que continuarán hasta nuestros días luego de diversos avatares.<sup>7</sup> Pero es todavía una reacción, un sentimiento, en cierto sentido un movimiento del espíritu<sup>8</sup>.

La crisis del liberalismo, empujada por las formaciones populistas e izquierdistas -socialismo y anarquismo-, más lo que resulta de la desintegrada integración de ya varias generaciones de extranjeros, da lugar a una reflexión de alcance aparentemente espiritualista que, recostándose sobre el origen español, comienza con la prédica de intelectuales como Rojas, Gálvez, Larreta, Ibarguren y luego Lugones, a darse algunas respuestas a preguntas sobre identidad nacional; el hispanismo tiene, otra vez, una doble salida: aristocrática, católica, jurídica, chovinista es una, popular o populista es la otra. En Lugones se dan las dos líneas aunque de manera sucesiva; primero, con el redescubrimiento del gauchismo, reclama un mezclado, origen con remoto fondo telúrico, luego, al deslumbrarse por las armas, su prédica adquiere una tonalidad defensiva respecto de la "invasión" extranjera<sup>9</sup>. Ese rasgo, que ya se había manifestado desde el '90, será inherente al nacionalismo que podemos llamar "del miedo", y que había empezado a organizarse y a actuar hacia 1919, desde la "Semana Trágica", dando lugar a la Liga Patriótica Argentina, cuyo intelectual orgánico es un olvidable Manuel Carlés<sup>10</sup>. Su discurso se compone de todos los tópicos del ya consolidado nacionalismo de derecha europeo, una de cuyas tempranas manifestaciones en la Argentina fue la famosa novela de Julián Martel, *La bolsa*, en la que se glosan argumentos de *La France Juve*, de Edouard A. Drumont, libro aparecido en 1886.

La Liga es la madre de la posterior Alianza Libertadora Nacionalista, más bien un grupo de choque que define con más claridad su programa: antiliberal y revisionista (rosista) en historia, xenófobo y antisemita, pronazi y antibritánico, partidario del "orden" y de la mano dura contra comunistas y judíos. Amigo de símbolos patrios grandilocuentes, *Bajo el signo de la Alianza* escribe Bonifacio Lastra. A partir de 1930, aliviados por la caída del populista -nosotros diríamos, ahora, "demócrata"- Yrigoyen, se mezclan cada vez más con estructuras gubernativas -sostienen en la década del '30 al gobernador bonaerense Manuel Fresco, decididamente fascista- pero los tiene muy inquietos que la política que los gobiernos del fraude llevan a cabo sea probritánica; es como si no pudieran resolver la paradoja que entraña un dominio político de la oligarquía, que simpatiza con la

ideología nacionalista -proveedora de nociones útiles para confirmarse-, pero cuyas convicciones económicas, la carne y el trigo, volcadas a Gran Bretaña, son más fuertes que los impulsos defensistas<sup>11</sup>.

La persecución de radicales, comunistas, socialistas y anarquistas no solo a cargo de los que ya son grupos de choque sino del Estado, cuyo modo de actuar tiene connotaciones proclives al fascismo -de las que acaso no se han curado nunca- genera por reacción una respuesta nacionalista de izquierda, que intenta recuperar el origen popular del radicalismo, confundido después de la derrota de 1930; es el grupo conocido como FORJA (Fuerza Orientación Radical Joven Argentina), cuyos intereses intelectuales se desplazan del esencialismo de la identidad, tema muy de moda en la década del '30 al '40, el "ser argentino», hacia la cuestión económica; descubren el imperialismo, sobre todo el británico, entienden el papel que desempeña el petróleo en una economía subordinada, intuyen lo que puede ser la después llamada "liberación nacional", integran el factor intelectual y científico a cualquier programa para una Argentina futura, y en general, preparan el territorio, sin grandes éxitos por el momento, para una política nacional no oligárquica ni fascista, única salida que le quedaba a la oligarquía y a los militares después de 1919<sup>12</sup>. Estos últimos empiezan a atribuirse -y a practicar-, a partir de los acontecimientos de la "Semana Trágica", el desempeño de un papel autónomo, no determinado por el Poder Civil, al diablo la Constitución y el lento y doloroso proceso de construcción de la democracia!; son los que derrocan a Yrigoyen e inician el largo ciclo militar, siempre con programas en los que pensamiento, si lo hay, nacionalista de derecha forma parte indiscernible de aquello mismo que propondrían corregir<sup>13</sup>.

Volviendo a FORJA, su surgimiento es justificado en su momento y por sus promotores por la disgregación del radicalismo -el alvearismo, que lo dirige luego de la caída del viejo místico Yrigoyen, pacta, se ablanda, de sus filas salen hombres que se pliegan al programa conservador, la llamada "Concordancia"-, en el que creen y al que quieren devolver razón de ser, confianza en sí mismo, fuerza para reconquistar el poder<sup>14</sup>. Coincide con el comienzo de una industrialización creciente que dará lugar a una llamada "burguesía nacional" o acaso la consolidará, de pensamiento poco claro y sin muchos prejuicios ideológicos pero, en todo caso, sustento indirecto de lo que puede implicar un nacionalismo popular, antiimperialista, autonomizante que tiene un proyecto nacional y no piensa en esencias como requisito sino en voluntades y que, pujante, podía llegar a intentar una conquista de la forma del país, y desde luego del poder<sup>15</sup>.

Habría que pensar en el clima que se vive y del cual el proceso de narrado es telón de fondo y en cierto sentido condición; hay textos "testigo" de ello, que no podrían dejar de considerarse, tales como *Los aguafuertes* de Roberto Arlt y la *Historia de una pasión argentina* de Eduardo Mallea, o *El hombre que está solo y*



*espera* de Scalabrini Ortiz, en el campo literario y la aparición, ya en 1927, del periódico político, “órgano del nacionalismo argentino”, *La Nueva República*, (de Ernesto Palacio, Rodolfo y Julio Irazusta) y, como proyecto heredado de las ínfulas hispánicas y católicas, la revista *Cruz y Raya* en la que se hacen fuertes exultraístas como Leopoldo Marechal, nostálgicos del virreinato del Río de la Plata como Goyeneche, nacionalistas como Amadeo, contracara de *Sur*; internacionalista, democrática, liberal, descreída y ambiguamente oficial; también forman parte de este clima, aunque por lo general considerados expresión de la llamada “Década Infame”, los muy comentados tangos de Discépolo, pero cuyo tema constante, desdibujado por la nostalgia y un fuerte misoneísmo es, en realidad, una reflexión nacionalista del tipo «no ser lo que se pudo haber sido»; los sainetes de Vacarezza, de contenida rabia por los resultados de esa “mezcla” de pueblos y de razas que es la plebe argentina y, en general, la intensa producción teatral, desde González Castillo a Eichelbaum, pasando por Armando Discépolo, dramatiza la más intensa problemática de formación nacional<sup>16</sup>.

Quizá se pueda concluir que ese complicado y contradictorio proceso, siempre tan mal explicado como ahora, produce resultados que se infiltran, como ideologías indiscutidas, en el pensamiento de este país, no tal vez como convicciones que, todas, quisieran reivindicar la condición de “nacionalismo”, pero sí como interpretantes que permiten describir o definir todo lo que ocurre; así, por ejemplo, el drama de Lisandro de la Torre puede ser entendido de manera nacionalista, lo atacan por defender el interés y los recursos nacionales, pero el gobernador fascista de Fresco, es considerado como propiedad nacionalista, así como la política industrialista del conservador Castillo, censurado por los nacionalistas porque no termina de alinearse a los nazis en el conflicto bélico de modo que, por derecha o por izquierda, pareciera que es difícil construir discursos que no encaren algo de esa ideología. Para bien o para mal, por izquierda y derecha, el nacionalismo llegó a la Argentina para quedarse, aunque en la actualidad no tiene, en la práctica sobre todo de la derecha, fórmulas que conciten adeptos y quienes repiten las antiguas -chovinismo, autoritarismo, antisemitismo, dogmatismo católico, etc.-, como el melancólico Biondini, los misteriosos profanadores de las tumbas judías o el más tenaz pero atenuado Rico, dan la impresión de radicar sólo en almas confundidas, en resentidos que esperan alguna redención por la magia de viejos exorcismos.

#### **4. – Jornada Redentora de la Patria**

Veamos otro aspecto de este tópico. El 4 de junio de 1943 se produjo un golpe militar; es probable que se viniera gestando desde su precedente, el de 1930; De hecho, algunos de sus protagonistas lo fueron de ambos, de manera que existe entre los dos una unidad de personajes y sin duda de sentido. En un principio, pudo

llevarse a cabo por el acuerdo entre diversos sectores, políticamente hablando, en especial un grupo liberal, molesto con Castillo por no alinearse con claridad al socio tradicional, Inglaterra, protegido por la retórica de la neutralidad, y el denominado GOU, de coloración nacionalista, en realidad pro-fascista en cuanto a los análisis políticos y económicos del país. Una vez que el golpe triunfó, el primer sector fue muy pronto eliminado y el segundo tuvo en sus manos todo el poder<sup>17</sup>.

Esto dio lugar a la posibilidad de realización del ya viejo sueño nacionalista: si el Estado encarnaba, de acuerdo con la filosofía menos discutible acerca de su papel, la forma más tangible de la idea nacional, ahora también el gobierno lo hacía y, por lo tanto, se daba la unidad que antes nunca había existido -por ello en particular, Yrigoyen había sido derrocado-, salvo en las experiencias fragmentadas y aisladas de gobiernos provinciales fuertes, como el de Fresco en Buenos Aires -por derecha- y Amadeo Sabattini en Córdoba -por izquierda con todos los recaudos del caso-<sup>18</sup>.

En principio, el triunfo del GOU fue del aparato ideológico y conceptual fabricado desde el fascismo europeo, adaptado y traducido por intérpretes locales de diverso tipo, desde las Logias militares hasta los rosistas, pronazis y golpeadores de la Alianza Libertadora Nacionalista, pasando por los líderes de las Juventudes Obreras Nacionales Católicas y los intelectuales hispanizantes y los de "Nueva República", reanimados bastante antes por el falangismo de Primo de Rivera después del gran susto de la República Española y ahora el franquismo triunfante, o los siniestros creadores de la consigna «Dios, Patria, Hogar», alternado de cuando en cuando por otra «Tradición, Familia y Propiedad», en la que se refugiaban pequeños grupos de niños bien, vestidos con corrección pero practicantes de la cachiporra, custodios de Iglesias en los que curas violentos, como el notorio Virgilio Filippo, predicaban desde la Parroquia de Belgrano la llegada del anticristo comunista y ateo<sup>19</sup>.

No por capricho -para los nacionalistas corregir las desviaciones de la cultura fue, hasta no hace mucho, una obsesión, desde la dictadura del purismo, hasta el culto a la tradición y el exagerado respeto a las consignas del Catecismo- una de las acciones más notables de este gobierno militar fue imponer la educación religiosa en las escuelas primarias, expulsar a docentes laicos e izquierdistas, perseguir a sindicalistas de izquierda y controlar lo simbólico en sus aspectos prácticos, desde la universidad hasta el uso del lenguaje. De similar importancia fue el intento de redefinir la política, no solo porque los viejos partidos fueron disueltos y prohibidas las actividades de formaciones sociales más o menos colectivas, tipo cooperativas o sindicatos, sino porque se trató de imponer una especie de lenguaje de la apoliticidad, reglamentado por el gobierno militar, como si fuera un ideal a obtener y que, manipulado por los medios, era presentado como inherente a la Nación misma, ahora

recuperada. Sin duda en ese contexto y con ese espíritu se establece la curiosa prohibición del uso del lunfardo en los medios públicos; hoy puede verse en ese purismo, puesto que se entiende mejor el concepto de “política lingüística”, no solo una especie de sed de hispanismo, un puente de simpatía con el franquismo que comienza a tejer sus redes “nacionales” a través de, justamente, iniciativas lingüísticas, sino también un repudio al resultado de la política inmigratoria, del cual el lunfardo es una manifestación ordinaria, vulgar y cruda<sup>20</sup>.

También hay que considerar el aspecto económico: el gobierno militar empezó a alentar cierto desarrollo industrial, como si hubiera recogido lo mismo que había observado y sentido, como oportunidad histórica provista por la Guerra Mundial, el precedente régimen conservador pero menos como aliento a la incipiente burguesía nacional que como tarea del Estado; baste recordar la figura, “estimulante”, del General Edelmiro J. Farrell, que bautizó «déle-déle», a un vehículo pronunciado por la incipiente Fabricaciones Militares. En el mismo sentido puede entenderse la revolucionaria medida de alterar el sentido de la circulación vial, hasta junio de 1943 por la izquierda, según el modelo británico. ¿Pensarían los militares que pronto irían a ingresar al país los Volkswagen que Hitler estaba prometiendo a los obreros alemanes y que circulaban por la derecha? ¿O soñaban con empezar a fabricar en el país vehículos que debían diferenciarse radicalmente de los coches ingleses?. Aunque acaso prematuro, ese pensamiento muy propio carecería de base pero, en cambio, ese sueño nada tenía de desdeñable; pasarían no muchos años antes de que empezara a realizarse<sup>21</sup>.

No hay que olvidar el papel que desempeñó la guerra en el papel de todos los significantes que estamos reuniendo: por un lado, la necesidad europea de materias primas no palió la crisis agraria que se venía arrastrando desde mediados de la década del '30 al '40; a lo sumo permitió que se acumularan grandes cantidades de oro en los bancos ingleses, gracias a que se siguió enviando carne sin cumplimiento de consolidados convenios; por el otro, estimuló el mencionado desarrollo industrial; los dos factores reunidos producen la migración incesante de trabajadores rurales, ahora desocupados, en busca de los recursos que en principio ofrecen las ciudades. Ese fenómeno tiene enormes consecuencias para la Argentina; además de crear las estructuras que parecen instaladas para siempre, las “villas miseria”, “nacionaliza” la clase obrera urbana introduciéndoles notas y pautas propias del interior, lo que da a lugar a lenguajes políticos nuevos, tal vez más rudimentarios, que ni el viejo nacionalismo, ni el viejo liberalismo, ni el viejo izquierdismo logran interpretar.

Los militares aplicaron ese programa que podemos designar como «nacionalista», y que ya venían preparando en muchos años de conspiración. Pero su fiereza no duró demasiado y quizás la ilusión de su aplicabilidad y su eficacia tenían un

respaldo internacional que poco a poco comenzó a hacer agua, los avances nazis y la modificación del mapa europeo parecía garantizarla, pero hacia esas fechas empezó su retroceso, lo que no dejó de tener sus consecuencias en la Argentina. Una pregunta que bien puede formularse es si la histórica intuición que hizo la oportuna política de Perón acerca de los nuevos protagonistas sociales, trabajadores urbanos y rurales y clases medias dependientes del Estado y de la industria, no extrajo su sustancia, no digo su modelo, de la falibilidad germánica y de la defección italiana o sea, dicho de otro modo, si no fueron esas catástrofes lo que los hizo “ver” a los que luego serían los “descamisados”, o sea a los obreros no izquierdizados, como punto de partida de una nueva formulación política<sup>22</sup>.

Sea como fuere, en la aplicación de las consignas nacionalistas empezaron a ponerse en evidencia sus insuficiencias, su esquematismo y una rigidez que la sociedad argentina, a la que le estamos atribuyendo una cierta madurez, podía sentir como insoportable pero era sólo por que el fascismo había comenzado su curva descendente y no proporcionaba el apoyo contextual suficiente como para enfrentar una mentalidad liberal fuertemente arraigada en función de la resistencia que estaba oponiendo al fascismo, así como a un reforzamiento de la izquierda en general, acrecentado por los crecientes éxitos soviéticos. Este razonamiento se sitúa, es obvio, sobre el final de la experiencia del golpe de 1943 y proporciona algunos elementos para comprender lo que vino después pero esto es menos importante, para los fines que persigue este trabajo, que pensar en lo que intentó, en la oportunidad que tuvo de realizar un sueño que, antes, había estado como condenado a la insatisfacción, cuando no a la frustración y al encierro resentido en los cuarteles o en los pseudo grupos de estudio que en realidad solo pensaban en adiestrarse en las armas.

Desalojado de la presidencia el General Rawson, que había justificado el golpe con el argumento de que se preparaba un nuevo fraude en la candidatura del terrateniente azucarero salteño Robustiano Patrón Costa, uno de los más excelsos productores del país “Década infame” -dicho sea de paso, esta expresión, que tuvo mucha fortuna, fue acuñada por José Luis Torres, un intelectual nacionalista- explotador de peones, latifundista sin escrúpulos productivos de ninguna clase y ejemplo y modelo de político conservador, el general nacionalista Pedro Pablo Ramírez se sentó en el sillón del poder e instaló en sus oficinas a un grupo de hombres que se sentían autorizados por la sangre, la fe y el sentimiento patrio, además de haberse organizado con paciencia y parsimonia en las sombras de los cuarteles o las sacristías (Hugo Wast, Olmedo y otros), a hacer de Campeadores al estilo siglo XX; los invasores, a los que había que expulsar, eran en este caso representantes de un imperio invisible pero no menos peligroso para ellos, y en todo, caso repudiable sin atenuantes, integrado por judíos, comunistas, ateos, liberales, masones, etc.

Como lo enseña la historia, y la lección se repite cada tanto, si bien la instalación de este tipo de redentores nacionales es en un comienzo aceptada, la sociedad argentina se harta bastante pronto de sus excesos y tiende en un momento posterior, acaso analítico, a rechazarlos o aislarlos; lo que la sociedad argentina no parece administrar muy bien son esos incautos votos de confianza, no parecen advertir de entrada lo que son los salvadores y cuando les llegó el cansancio de lenguajes mesiánicos o demasías en el control social, o tan solo cuando comprueba que las expectativas han sido otra vez vanas, ya es un poco tarde, los compromisos establecidos son demasiados y la creciente decisión de sacarse de encima a los guardianes de la nacionalidad se encuentra con dificultades para convertirse en acto, los titubeos se multiplican y los preludios al final de los gobiernos de facto se hacen siempre dramáticos.

Para el caso de 1943, y hacia fines de 1944, y advirtiendo dicho rechazo el grupo en el poder no pudo ni quiso retirarse. Antes bien, algunos de sus miembros más prominentes pensaron en dar un paso a la izquierda, y sin perder legitimismo, procuraron inyectarse legitimidad. Acaso pueda situarse en la defensa de Estalingrado y la reconquista del París ese instante de reflexión: lo que ya se veía como el comienzo de la declinación del poder nazi suscitaba inequívocas manifestaciones de entusiasmo de grandes sectores de la sociedad argentina, lo que al parecer indicaba no solo que la vocación proaliada y prodemocrática no había sido corregida por las medidas autoritarias de gobierno sino una creciente ingobernabilidad porque no se trataba solo de política exterior sino de innumerables conflictos de todo tipo, gremiales, universitarios, productivos, que el programa nacionalista stricto sensu de ninguna manera había solucionado ni contenido; un análisis somero y rápido de esta situación sugiere el cambio, una de cuyas manifestaciones más estridentes fue abandonar la doctrina de la neutralidad y declarar la guerra al Eje casi a su final, y la fórmula que políticos natos como Perón encuentran, es pasar, lo más pronto posible, de un nacionalismo autoritario a un nacionalismo populista, como mal menor según ellos a mi juicio, como lo poco y lo mucho que se podía rescatar de la utopía nacionalista puesta hace muy poco en obra.

El protagonista de ese tránsito, la bisagra del cambio, la voz sibilina y convincente, que antes había inspirado muchas de las iniciativas a que me he referido, y que ahora va indicando que hay que adaptarse a la nueva situación para no perderlo todo frente a las negras perspectivas de la derrota nazi y el ascenso liberal-comunista, sobre todo esto, es, ya lo anuncié y se sabe muy bien, el entonces Coronel Juan Domingo Perón. Es él quien desplaza los acentos y flexibiliza el discurso que deja de ser crudamente impositivo e ideológico para hacerse pragmático y dialógico, comienza a hablar con interdictos políticos a quienes induce a razonar (es sabido que conversó con Amadeo Sabattini y con Ramón J. Cárcano), dirigentes sindicales, incluso presos, a los que promete sinecuras y progresos socia-

les designados como “conquistas”, líderes de opinión a los que desde el Estado les da las respuestas que requeriría una sociedad en un desarrollo posible. Su modo discursivo adopta la forma de la pala: recoger todo lo que anda suelto por ahí, ya sea en materia de necesidades no satisfechas como de legítimos derechos siempre postergados, de frustraciones políticas y personales, de ambiciones frenadas por las rutinas de los poderosos, y con todo ello, arma un ideario que responde, sin traicionar su origen, o sea el nacionalismo de derecha, a lo que siempre buscó el nacionalismo popular. Su genio consistió, pues, en dar a esa vieja y tradicional aspiración una nueva forma uniendo diversos contrarios según modelos ya no limitado a lo europeo, fascismo incluido, sino exitosas iniciativas como el varguismo brasileño y el cardenismo mejicano que conservaron de la fascinación corporativista apenas el esquema organizativo dejando entrar en cambio, sobre todo el cardenismo, elementos de la tradición democrática e incluso otros provenientes de la experiencia socialista. ¿Será bajo esa inspiración que al año de asumir el gobierno Perón ordena su programa para el país bajo el rótulo o la consigna de “Plan Quinquenal”, expresión de prosapia estaliniana y que indica hasta que punto llegan, en su propuesta, las responsabilidades y los poderes del Estado?

## 5. – El primer trabajador

El 4 de junio de 1946 se inicia una nueva etapa esta vez de nacionalismo popular, así sea porque el “pueblo” está muy presente en el discurso oficial; con el aliento que da el voto mayoritario y el fervor reconstructivo posterior a la finalización de la guerra, el ya presidente Perón configura un programa de acción que tiene varios ingredientes cuyo origen conceptual o ideológico no es difícil de ubicar.

Por de pronto como reminiscencia de términos tal como “Duce”, “Führer” o “Caudillo”, es designado o autodesignado “Conductor” (o “Primer Trabajador”, sintagma producido por el inefable autor de «Los muchachos peronistas»), después de haber enunciado una teoría de la “conducción”, aunque sin la connotación autoritaria y feroz que tuvieron aquellos términos; lo que ese título connota, en cambio, es la idea de autoridad lo cual supone, en correlato, la corrección de un reciente pasado anárquico.

En seguida, se trata de organización: sindicalismo, trabajadores rurales, empresarios junto con la “rama” política, la femenina, la juvenil, las fuerzas armadas, hacen un bloque en el que subsumen y se diluyen los grupos que dieron origen al “movimiento nacional”, expresión que, a su vez, remite un paradigma organizativo; como se ve, no se trata de “clases” ni de partidos sino de estructuras confluyentes. Los partidos o grupos que permitieron el acceso al gobierno (Laborismo, Unión Cívica Radical Junta Renovadora, etc) desaparecen, o si no aceptan la nueva mo-

dad, son desaparecidos, caso Cipriano Reyes, quien fuera organizador de las históricas jornadas del 17 de octubre, en cuyo transcurso, y como aplicación declarativa de un principio antiimperialista caro al nacionalismo forjista, se distinguió la frase «mate sí, whisky no», junto con otra proveniente del arsenal voluntarista, emotivo, populista y antintelectual del ideario aliancista: «alpargatas sí, libros no».

Luego, se trata de desarrollo económico correlativo de las llamadas “conquistas sociales”, planificación como instrumento panacea, recuperación estatal del comercio exterior, control estatal de la banca, creación de organismos centralizados de empresas extranjeras incautadas al “enemigo”, nacionalización de servicios públicos, y por fin, de un plan cultural tendiente a afirmar los “valores nacionales”, propalación obligatoria de música folklórica, intento de “falangizar” la universidad, nacionalización de las emisoras de radio, combinatoria de viejas fuentes ideológicas nacionalistas, tomismo, existencialismo cristiano, telurismo, criollismo, etc.

Pero, al igual que en otros procesos históricos de similar esquema, es en el plano internacional que comienzan las modulaciones que van alterando pragmáticamente la ortodoxia y obligan a matizar lenguajes, con las consecuencias que esto tiene. Señalemos un hecho: el delegado argentino a la Conferencia de San Francisco, primer asamblea constitutiva de las Naciones Unidas no fue ningún fervoroso partidario del Eje sino el probritánico Miguel Angel Cárcano, heredero de una linajuda tradición liberal y progresista de raigambre conservadora. Por cierto, al mismo tiempo, la Argentina se convierte en una especie de segundo hogar para la cantidad de nazis que habían conseguido romper el cerco de la derrota, tema que ha dado lugar a numerosas conjeturas y hallazgos tapados hasta nuestros días e incluso en nuestros días.<sup>23</sup> Pero tan importante como eso es que poco a poco la Argentina de Perón va entrando en el juego internacional impuesto por los Estados Unidos y va aceptando los instrumentos que el “imperialismo” crea, por ejemplo adhiere a las actas de Chapultepec lo cual genera un verdadero drama de conciencia a los nacionalistas de derecha incorporados al gobierno; ejemplo, el Jefe de Policía General Filomeno Velazco, connotado nacionalista y puesto en el cargo por eso, excepción hecha de otros méritos más específicos, asume la represión de los militantes nacionalistas que consideran que la firma de esas Actas constituye una traición y lo manifiestan.

Se podría decir que el peronismo dirigente nunca perdió del todo características heredadas del nacionalismo autoritario pero también cabe señalar que, en el transcurso de su gestión, y quizás por la acción desplegada por Eva Duarte de Perón, sufrió alteraciones que podemos reconocer como de sensibilidad respecto de problemas sociales verdaderos y de idiosincrasias nacionales sin más: trabajadores, cabecitas negras, pueblo y otros semejantes, fueron palabras que si por un lado desplazaron otras de uso canónico, tales como: obreros, lumpen, burguesía, clase y

demás, por el otro lograron interpretar procesos reales que tenían lugar en la sociedad argentina y en los cuales la concepción nacionalista popular llevaba la delantera, por ejemplo la idea de una acción omniprotectora del Estado, una declarada confianza en el aquí y el ahora, la imagen mesiánica de un futuro grandioso, el sentimiento de una identidad.

Para dar un remate a este capítulo, podría decirse que, sobre el final de su primer período, el peronismo abandona un lazo inicialmente muy fuerte con la Iglesia, apoyo natural de todo nacionalismo argentino, y antagoniza con ella hasta el punto de propiciar la quema de varios Templos y calificar de “internacionalistas”, o sea apátridas, a los religiosos; por supuesto, este episodio concitó el entusiasmo de muchos anticatólicos y les hizo creer que el peronismo estaba cayendo en una especie de soviétización pero ese no es mi parecer; por el contrario, sin duda a causa de deficientes respuestas económicas, que hacían cada vez más difícil sostener una política populista de prebendas, así como de la recuperación europea, se produjo la ruptura con lo que quedaba de la derecha nacionalista y un principio de obligada definición por el nacionalismo popular, algo semejante a lo que se había dado en Méjico cuando se desencadenó el conflicto cristero. Quizá, para el peronismo, fue tarde; los liberales que no habían perdonado y los nacionalistas católicos ahora agraviados, volvieron a unirse, como en el '43, para acabar con la tentativa solo que ahora la alianza terminó de una manera diferente, los nacionalistas católicos, el piadoso General Lonardi a la cabeza, fueron neutralizados por liberales que no se sabía que existían en las Fuerzas Armadas, Aramburu y Rojas, y que, en el poder, se dieron a la minuciosa tarea de demoler toda la constitución peronista pero, desde luego, sin tocar lo que implicara Poder del Estado, como si, también ellos, hubieran admitido algo de nacionalismo que el equipo peronista había querido imponer, como si fuera ya inherente al ser del país mismo.

## 6. – Ilimitado universo textual

Es casi inevitable en toda consideración del tema nacionalismo repetir las citas, caer en lugares comunes textuales: el corpus está muy consagrado. Tal vez más excitante sería poner en descubierto las fechorías o las malandanzas o las desventuras de los diversos tipos de nacionalismo argentino, unas u otras según las orientaciones seguidas, trabajo que exigía una investigación tan obstinada como detallista para la cual me declaro incompetente; por lo tanto, y supletoriamente, en las páginas precedentes he recurrido a mi memoria para considerar este aspecto, pero aquí se presenta una cuestión de criterio historiográfico, algo que Ricardo Rojas resolvió en su *Historia de la literatura argentina* desde el momento que definió como “argentinos” a casi todos los textos que tenía registrados, sin que debieran satisfacer otro requisito para ingresar a ese templo que haber sido produci-



dos por autores argentinos o referirse a asuntos nacionales.

Quizás haya que buscar en Sarmiento, tan denigrado por los nacionalistas, los primeros textos orgánicos de lo que después va a ser esta tendencia: *Condición del extranjero en América y Conflicto y armonía de las razas en América*. La filiación es aceptable, pero solo es parcial en relación al conjunto de tópicos que componen lo que en rigor puede ser llamado de este modo; son los primeros que intentan dar un aviso chovinista a partir de un criterio racial que muy pronto se torna racista, en una tradición cara al positivismo. Pero no fue visto así, nacionalismo era entonces tan solo un concepto político y un proyecto de organización, no una doctrina. Sea como fuere, llamó sobre todo la atención acerca de la cuestión de la identidad, que al progresismo antgaucho y antiindio posterior a Caseros no le ofrecía problemas; tanta seguridad existía sobre el particular en las capas gobernantes que las advertencias sarmientinas no hicieron mella en al política inmigratoria, cada vez más amplia; dicho de otro modo, para mandatarios como el General Roca y su equipo el fundamento criollo de la identidad nacional era firme y solo podía robustecerse con la fluencia europea. Poco a poco, sin embargo, el extranjero ya instalado genera una sensación molesta, inquietante en los mismos que habían propiciado su llegada.

Para analizar estos sentimientos, viene bien un texto muy en boga en Europa, *La France Juive*, de Eduardo Drummont o bien otro, de Maurice Joly *Diálogos de Montesquieu en los infiernos*, y la solapada aparición de los hechizos, “Protocolos de los sabios de Sion”, tomados al pie de la letra, uno y otros, para explicar los riesgos de la extranjería<sup>24</sup>. Esto, se sabe y se ha dicho mucho, constituye la base de *La Bolsa*, de Julián Martel, pero tampoco es ajeno, como clima mental, a *En la sangre*, de Eugenio Cambaceres. Judíos en un caso, italianos en el otro, son los “extranjeros”, término que convoca al antagonico, “argentinos” que, obviamente, se vio al parecer sin dudas ni vacilaciones pero con altanería. (Guido y Spano había cantado poco antes “No me importan los desaires/ con que me trate la suerte/he nacido en Buenos Aires/argentino hasta la muerte”) y desde cuyo ámbito se comienza a juzgar lo foráneo como anomalía, casi como enfermedad; es evidente que en este implícito juego de contrarios hay una convocatoria, un algo por hacer que va a tomar forma una década después, cuando se redacte la Ley de Residencia (1904) y más tarde, con las primeras redadas -aunque hay un antecedente trágico en 1872, cuando las matanzas de vascos en Tandil dirigidas por un fanático que funda una tradición- de los “grupos de tareas” que persiguen barbudos en 1919 y subversivos a partir de 1974, con episodios del mismo estilo entre tanto. Y esta filiación no es en realidad abusiva.

Desde luego, no hay una recepción unánimemente entusiasta de propuestas de este tipo, que vienen, en otros textos, travestidas de seriedad científica, de des-

cripciones de causas y consecuencias, de objetivas observaciones realistas acerca de lo que ocurre en la sociedad argentina. Los autores de estos textos (Drago, Ramos Mejía e Ingenieros) en verdad se limitan a prolongar el sistema positivista para acercarse al fascinante enigma de una sociedad que adquiere fisonomía con gran rapidez, y en esa medida, lo que estábamos llamando “nacionalismo” todavía no toma su forma completa, tan solo se colocan algunos ladrillos para su construcción. Quienes la rechazan son escritores socialistas o anarquistas; sin embargo, hay en estos mismos una aceptación de un protonacionalismo positivo: Por ejemplo, Alberto Gerchunoff o Florencio Sánchez: en *Los gauchos judíos* la idea de integración presupone identidades, dominantes unas cuya tolerancia se invoca, dominadas otras para los que se reclama comprensión; en *La gringa*, a su vez, hay una propuesta semejante: estas fórmulas glosarían las fundacionales y admitirán la ecuación “argentinos” plus “inmigrantes” pero de ninguna manera como aceptación humillada de un estatuto indiscutible sino como programa filosófico, el mestizaje como condición de una nacionalidad nueva que no desdeña la precedente ni imposibilita las de aluvión.

Hacia el Centenario algunos intelectuales toman el toro por las astas. Ya lo hemos señalado: Manuel Gálvez (*El diario de Gabriel Quiroga*, *El solar de la Raza*), Ricardo Rojas (*La restauración nacionalista*), Enrique Larreta (*La gloria de don Ramiro*), Leopoldo Lugones (*El payador*), son los principales exponentes de una doble preocupación, hispanista en los primeros, criollista en el otro. La identidad nacional, que es el punto, radica según unos en la España del origen, y más concretamente, en los valores más clásicos, no por supuesto en la “de Frascuelo y de María”, ironizada por Antonio Machado; en el otro, la cifra de la nacionalidad debe ser buscada, y hallada, en el gaucho, resumen de historia propia, consagración racial que implica, además, un elemento épico, el más apto para definir la buscada y verificada identidad. De esos libros, bien podría afirmarse, salen las búsquedas nacionalistas, en ellos radican los elementos que intervendrán en las definiciones posteriores, en parte desde luego, y acaso persiguiendo otros fines, pero lo que aquí es una búsqueda que podemos llamar espiritual se torna luego, alterando, modificando, reinterpretando esos elementos, ideología, dura y defensiva, violenta, en una dirección, que es la más permanente aunque más veces frustrada, prospectiva y programática en otra, más tardía y más positiva, más capaz de dar lugar a programas de gobierno y a afirmaciones globales de una comunidad en el mundo.<sup>25</sup>

Los esbozos hispanistas tienen su apoyo teórico en el legitimismo francés, heredero, por su parte, de una tradición monárquica e institucional, y por el otro, de un pensamiento católico que si no incluye entre sus postulados iniciales el ingrediente racial es quizás porque su enemigo principal es el laicismo y el libre pensamiento. *Action française*, ordenada por Charles Maurras desde antes de la primera Gran Guerra, sirve de sostén para los argentinos que bien pronto dejan de lado las

especulaciones sobre el origen, hispánico o gauchesco, y comienzan una cruzada de alcance más político que rescata, sin embargo de su fuente, la idea de una insoponible decadencia; este es el Lugones de «La hora de la espada», es el modo y el estilo abacial de intelectuales como Carlos Ibarguren y otros, que iluminan con sus doctrinas la tarea que se va proponiendo la “Liga Patriótica”, en la que civiles y militares van combinando sus utopías, la mayor de las cuales es, sin duda, *La Grande Argentina*, según inspirada frase de Lugones<sup>26</sup>.

Esa literatura crea las condiciones para un florecimiento en diversos campos; en el de la historia, por ejemplo, integra la línea revisionista tradicional, iniciada en el siglo pasado por Adolfo Saldías, pero tiende un puente con el pasado caudillesco, autonomista, regionalista, federalista; no obstante, el rosismo será una constante que se integrará para siempre al elenco de tópicos nacionalistas<sup>27</sup>. En el momento al que me refiero será la base de un reflexionismo posterior, que intentará vincular la figura de Perón a ese pasado; me refiero a los aportes que vienen de un populismo de izquierda del tipo Jorge Abelardo Ramos o Juan José Hernández Arregui, que aspiran a explicar toda la historia nacional desde la perspectiva de un nacionalismo popular que culminaría en el nuevo caudillo. Pero, en otros campos, también se registran prolongaciones; es la veta forjista, que procura, como se ha dicho, poner el acento en el antiimperialismo; quizá el citado libro de Jorge Luis Torres, *La década Infame*, sea una buena síntesis de esos propósitos o los trabajos posteriores de Scalabrini Ortiz sobre el petróleo. No digamos las lecturas nacionalistas de la Revolución del '30 ni las posteriores al resurgimiento del radicalismo, del tipo Gabriel del Mazo o, con más definición todavía, de Arturo Frondizi, ya en la década del '50, estoy hablando de *Petróleo y política*, en cuyo enfoque confluyen el economicismo forjista y la redefinición intransigente (Declaración de Avellaneda) que pretende ir más lejos que el peronismo en materia de obligaciones estatales, y antioligarquía y antiimperialismo, de justicia social, banderas todas que se suponía que el peronismo estaba abandonando.

En fin, el capítulo podría continuar exhaustivamente; es complicado hacerlo porque ningún texto posterior a éstos se sitúa en una dimensión superior al de una afirmación y una pragmática; en el ámbito de la primera se reiteran todos los tópicos conocidos, racismo, antisemitismo, autoritarismo, orden, corporativismo, religión, familia, etc., en el de la segunda, nuevas alternativas, la “liberación nacional”, el “gobierno popular”, el “tercermundismo”, “la guerrilla urbana”, la “patria socialista”, que van encontrando cada una sus límites en la medida en que la historia les da una oportunidad.

Este trabajo es excesivamente largo, no los quiero fatigar demasiado con todos estos detalles que llevarían todavía mucho tiempo y voy directamente al final.

El último capítulo, quedan otros en el camino. Este trabajo va a ser publicado dentro de poco, quienes tengan interés en el tema, que es un tema muy vivo por supuesto podrán acudir a esa publicación

### **Ultimo capítulo: Como si fuera cosa de museo**

Se diría, por lo tanto, y esto es un resumen de estas partes que no leo, en las que trato de describir los diversos avatares de esta idea en las experiencias políticas posteriores a la llamada Revolución Libertadora del '55, al frondizismo y a lo que continúa, se diría por lo tanto que el nacionalismo en todas sus manifestaciones está en la actualidad de capa caída. Una prueba es que ya no tiene teóricos sino, tan solo, estudiosos, como si fuera cosa de museo. Pero no uno sino todos los nacionalismos: tanto el que nos parecía el más característico, en su versión soberbia, autosuficiente y agresiva de derecha, así como en su versión persuasiva, razonante, vinculadora y expropiatoria de izquierda, parecen cosas del pasado. Nada queda de su vocinglería así como no parece que nadie vaya a dar, de nuevo, la vida por el petróleo argentino, austeramente recuperado en tiempos que parecen lejanísimos por discurso sobrio de Enrique Mosconi. Es cierto que aparecen, aquí y allá, no obstante, grotescos y sombríos personajes, casi tristes, que distribuyen panfletos mal escritos tendientes a salvar la patria así como también grupos políticos que enjuician las "propuestas" neoliberales y propugnan, otra vez, la nacionalización de la riqueza, como prolongaciones de programa peronista que hacia 1973 parecía factible. Pero eso no modifica la sensación general.

En el resto del mundo es parecido; de igual modo anacrónico, el nacionalismo tiene alguna subsistencia o prolongaciones de sus antiguas maneras de manifestarse: por la derecha, los neonazis, sin pelos ni ninguna otra cosa en la cabeza, en la primera vertiente, vuelven a postular vagas grandezas nacionales que se lograrían si se consigue exterminar a turcos, armenios, marroquíes al mismo tiempo que un grupo de argelinos sin la menor duda de su luminoso aunque sufrido destino limpia de mujeres que trabajan, monjas y curas católicos franceses su adorado territorio; por la izquierda -aunque sus declaraciones no sean de izquierda-, reaparecen regiones y países que combaten por su autonomía en los Balcanes y bregan por recuperar identidades sumergidas por agrupamientos políticos que se les habían superpuesto mientras que, en otros lugares, nuevas voces reiteran una antigua confianza en los recursos propios, en derecho de determinadas idiosincrasias a existir sin perder perfil en una oleada sin espíritu, igualadora y tan despótica como lo era el viejo imperialismo; me refiero al Ejército Zapatista de Liberación Nacional, e incluso, al movimiento irlandés cuando no a ciertos reformismos ligados a un tercermundismo todavía subsistente en el discurso político y religioso.

El nacionalismo parece haber perdido sentido en virtud de la globalización mundial y el triunfo, casi sin límites, del capitalismo; con la caída del Muro de Berlín, sostienen algunos, más desde luego los prodigios de la tecnología de la comunicación, todos los países se interactúan y es muy difícil en autonomías verdaderas y reales. A lo cual hay que añadir, claro, la deuda externa, nada vincula más que el débito. Algunos se alegran, otros lo lamentan; no podría decirse, sin embargo, que esa sea la única causa. Tal vez algo en su entraña misma es algo anacrónico aunque, para mí, no lo es de ningún modo que una comunidad de cultura, de lengua y de territorio, trate de lograr lo que podríamos llamar su propia realización, dentro de sus propias pautas.

Lo que ya no va más es su formulación, sus racionalizaciones, mejor dicho es el discurso nacionalista lo que está de capa caída, pareciera haber perdido vigencia aunque lo que sustentaba no haya desaparecido del todo y tenga las resurgencias que hemos señalado. Se diría que ese discurso ha perdido mucho de su referente preciso y que su teleología resulta tan utópica que casi no tiene encarnadura.

Sin embargo, y de manera contradictoria, ambas vertientes discursivas subsisten en los usos, como restos o ecos o resonancias. Se escuchan esos discursos, se los soporta, no se les concede importancia pero no se les podría negar legitimidad, acaso porque no surge con decisión y claridad ningún discurso nuevo, acaso porque el discurso internacionalista que en algún momento se le opuso entró también en colapso y padece del mismo mal.

De eso, precisamente, se trata, cuando de nacionalismo se trata: el límite y el origen de desgaste reside en el pensamiento de la legitimidad, que no falta ningún nacionalismo, tal legitimidad residiría en un ser supuesto, pero no imaginado, que se desea convertir en un ser actuante que, por medio de sus acciones, definirá un “no ser”, al que excluye y remite a otras vagas y por lo general enemigas regiones, en el mejor de los casos a otros nacionalismos, por eso mismo obstaculizantes, en el peor a una apátrida zona en la que reina la ilegitimidad, la no pertenencia, la no raíz, la no tradición, la no nada.

Viendo estos términos en particular se diría que la legitimidad, una vez que se afirma, no se discute, es y viene con quienes se reclaman de ella y se define como pertenencia innata y propiedad, de la que se forma parte y que ninguna legalidad puede modificar; por eso es tan fuerte la idea de extranjería; en el nacionalismo más tradicional esto quiere decir rechazo de toda igualdad por la ley, de toda mezcla que venga a alterar los términos heredados. Y en cuanto al “ser”, lo que los nacionalistas suponen es que, tan solo por “ser”, posee atributos que no hace falta demostrar; decir “argentino”, para ellos, es decirlo todo, no hace falta más, ser así apelado es un resumen de esencia y existencia, ese adjetivo sintetiza pasado y

certeza, garantiza vinculación, defiende de la incertidumbre, y por ello, restringe el campo; a su vez el “no ser”, definido por exclusión, es amenazante y debe ser acotado cuando no eliminado.

Eso es todo, gracias.

## NOTAS

<sup>1</sup> Ver Noé Jitrik, “Entre el dinero y el ser. Lectura de *El juguete rabioso*, de Roberto Arlt”, en *La memoria compartida*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1987, p. 74. Sobre Iturri ver Carlos Páez de la Torre, *El canciller de las flores*, Tucumán, UNT, 1992.

<sup>2</sup> Ver Noé Jotrik, *Escritores argentinos, dependencia o libertad*, Buenos Aires, Del Candil, 1967.

<sup>3</sup> Adviértase que acercamos estas observaciones lingüísticas no en el sentido de la “lengua nacional”, noción en la que se apoyan y sustentan las declaraciones nacionalistas, que podrían haber disgustado a Bajtin (*Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI, 1982), sino en el de uso y creatividad que, remitiendo a una “pertenencia”, sugieren que una identidad nacional se genera y regenera, no puede estar determinada para siempre, salvo por mecanismos ideológicos. Ver Ramón Alvarado, “Nacionalismo, lenguaje e identidad colectiva”, en *Versión 2*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Abril de 1982.

<sup>4</sup> Ver Félix Weinberg, “La Generación del ‘37”, en *Todo es Historia* N° 242, Buenos Aires, 1987.

<sup>5</sup> Ver Juan Balestra, *El noventa*, Buenos Aires, Fariña, 1959. También Noé Jitrik, *La Revolución del '90*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1970.

<sup>6</sup> Ver Emilio Fermín Mignone, “Los católicos y la revolución de 1890”, en *Revista de Historia* N°1 (“la crisis del '90”), Buenos Aires, 1957.

<sup>7</sup> Sin embargo, según Julio Irazusta (*Balance de siglo y medio*, Buenos Aires, *Theoría*, 1960), ya Victorino de la Plaza, en su último mensaje, de 1916, había formulado un “programa nacionalista”: confiar en sus propias fuerzas, reducir los gastos públicos, mejorar la recaudación aduanera y el ahorro popular, utilizar la propia materia prima y la mano de obra nacional, producir artículos que antes se importaban, fomentar el desarrollo industrial, etc.

<sup>8</sup> Ver L. V. Sommi, *La Revolución del '90*, Buenos Aires, Ediciones Pueblos de América, 1957.

<sup>9</sup> En la primera vertiente *El payador* (1916), en la segunda de “La hora de la espada” (1924) que inaugura una serie *La patria fuerte* (1930), *La Grande Argentina* (1930), y los artículos publicados en el *La Fronda* a partir de 1931.

<sup>10</sup> Ver en Alain Rouquié, *Poder militar y sociedad política en Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1981, la cita del discurso de Manuel Carlés del 4 de mayo de 1919: “La Liga Patriótica es una asociación de ciudadanos pacíficos armados que monta guardia para velar por la sociedad y defenderla de la peste exótica” (Biblioteca de la Liga Patriótica, 1919).

<sup>11</sup> Ver Juan V. Orona, *La Revolución del 6 de Septiembre*, Buenos Aires, Imprenta López, Ed. del Autor, 1966.

<sup>12</sup> Raul Scalabrini Ortiz, decisivo protagonista de FORJA, sin embargo, aparece durante la guerra colaborando con periódicos pronazis, financiado por la Embajada de Alemania. No es el único.

<sup>13</sup> En el libro de Alain Rouquié, *op. cit.*, hay exhaustivas descripciones de esta “toma de conciencia” de los militares.

<sup>14</sup> Ver Felix Luna, *Alvear*, Buenos Aires, Libros Argentinos, 1958.

<sup>15</sup> Ver de Raul Scalabrini Ortiz “La política británica en el Río de la Plata”, Buenos Aires, FORJA, 1936.

<sup>16</sup> Felix Luna, *op. cit.*, habla de un “nacionalismo formal, folklórico, en el que se había abroquelado el viejo patriciado argentino para diferenciarse del aluvión inmigratorio”. Legión Cívica, Legión Colegio Militar, Legión de Mayo, Liga Republicana, son algunas de las iniciativas que menciona, ligadas a militares golpistas (p. 189).

<sup>17</sup> Ver Marcelo Sánchez Sorondo, *La Argentina por dentro*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

<sup>18</sup> Este ejemplo argentino le habría gustado a Ernst Gellner. Ver *Naciones y nacionalismo*, México, Editorial Patria/Conaculta, 1991.

<sup>19</sup> Ver Robert Potash, *Documentos del GOU*, Buenos Aires, Sudamericana, 1984.

<sup>20</sup> Particularmente pintoresco y, de efímera imposición, fue el código de traducción; el expresivo “Chorra” del tango homónimo fue sustituido por un decente “ladrona”, para regocijo de los sempiternos cazadores de ridículo.

<sup>21</sup> Ver Marcelo Sánchez Sorondo, *La Argentina por dentro*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

<sup>22</sup> Ver el discurso de Perón, “La nación en armas”, de enero de 1944, pronunciado en la ciudad de La Plata. En *Doctrina peronista*, Buenos Aires, Subsecretaría de Informaciones, 1951.

<sup>23</sup> Durante 1993 se habló mucho de los archivos del primer período peronista, en los cuales residía toda la información acerca de la llegada de nazis a la Argentina. Ver Tomás Eloy Martínez, “Perón y los nazis”, en *El periodista* N° 48 y 49, Buenos Aires, agosto de 1985.

<sup>24</sup> Sobre los aspectos antijudíos del nacionalismo ver Norman Cohn, *El mito de la conspiración judía mundial*, Buenos Aires, Mila/Editor, 1988

<sup>25</sup> Para la literatura posterior ver autores como Ignacio B. Anzoátegui, Federico Ibarguren, Julio Menvielle, Santiago Estrada, Leonardo Castellani, Marcelo Sánchez Sorondo, Mario Amadeo y Fermín Chávez, entre otros, cuyos libros desarrollan los principales tópicos del nacionalismo del '40 al '60.

<sup>26</sup> Ver Julio Irazusta, “Maurras”, en *Actores y espectadores*, Buenos Aires, Sur, 1937.

<sup>27</sup> Ver Adolfo Prieto (Comp.), *Proyección del rosismo en la literatura argentina*, Rosario, Universidad Nacional del Litoral, 1959.





**“Las izquierdas argentinas en el siglo XX.  
Una aproximación metodológica”  
por Prof. Horacio Tarcus. (7-VIII-1997)**

Quiero agradecer antes que nada al Archivo General de la Nación esta invitación y esta posibilidad de adelantar hoy algunas de las ideas de un proyecto de investigación en curso, un proyecto de largo alcance, sobre la historia de las izquierdas en la Argentina. Estoy sumamente interesado en avanzar algunas de mis hipótesis para abrir múltiples canales de diálogo e intercambio, ya sea con otros investigadores, pero también con aquellos que hayan tenido alguna participación en estos procesos. Quiero advertir que las notas que voy a avanzar esta noche forman parte de un trabajo colectivo que vengo desarrollando con otros dos colegas, los profesores Jorge Cernadas y Roberto Pittaluga.

Voy a abordar el tema desde una perspectiva metodológica, en primer lugar porque no contamos con una historia global de las izquierdas en la Argentina, con un relato que pueda ser razonablemente resumido en el tiempo que disponemos hoy, porque de lo que disponemos en este momento son múltiples relatos, a menudo contradictorios entre sí; temas muy estudiados, pero también grandes vacíos de investigación; fuentes en algunos casos muy transitadas y por otro un gran vacío de fuentes, etc. Pero fundamentalmente creo que lo que está faltando es un espíritu colectivo que apunte a estudiar sistemáticamente este problema. Después de los esfuerzos de las historias militantes en las primeras décadas del siglo, la historiografía académica local abrió cierto espacio, a partir de los años '60, a los estudios sobre la clase obrera argentina. En los '80 y '90 el interés académico se reorientó a lo que un tanto difusamente dio en llamarse los “sectores populares”. Pero ni entonces ni hoy aparecen signos visibles de interés historiográfico en la trayectoria de los partidos de izquierda en la Argentina.

Para verificarlo, basta contrastar la escasa y fragmentaria producción local con la variedad, cantidad y calidad de las investigaciones sobre la izquierda en los países europeos, o incluso en otros países de América Latina, como el Brasil, Venezuela, México, Uruguay o el Perú. Originadas tanto en medios políticos como académicos, esas investigaciones han dado lugar a una rica masa bibliográfica de historias partidarias, estudios monográficos, biografías o historias de vida de dirigentes y militantes, recopilaciones de fuentes, etc.

En primera instancia, podría argumentarse que el vacío historiográfico local expresa lo que suele juzgarse como la irrelevancia de las fuerzas políticas de izquierda en la historia del país, particularmente desde el surgimiento del peronismo.

Es verdad que no encontramos aquí participación de aquéllas en experiencias de poder —como en Chile, durante el Frente Popular y la Unidad Popular— ni en ensayos de insurrección, como el del PC brasileño en los años '30, ni desde luego en procesos revolucionarios victoriosos, como el del Movimiento 26 de Julio en la Cuba de los '50. No obstante, su papel político y cultural en la historia nacional no podría negligirse; más aún, acaso haya sido mayor en la Argentina que en los países latinoamericanos primeramente nombrados, si se piensa, por ejemplo, en su rol en la construcción de organizaciones sindicales, mutuales y cooperativas, en el activismo y la difusión cultural, o en su intervención política en acontecimientos mayores de este siglo, desde la Semana Trágica al Cordobazo. Sus persistentes fracasos a la hora de traducir políticamente su peso social no pueden oscurecer su no menos persistente presencia, renovada bajo diversas formas durante más de un siglo, en el seno de la sociedad.

Semejante borradura —a la vez política y académica— sugiere algunos comentarios. En primer término, que ella coadyuva a condenar a las débiles izquierdas argentinas de hoy a una suerte de presente perpetuo, en la medida en que la dificultad de pensar su pasado es inescindible de la de pensar su futuro. Desde luego, en la Argentina de hoy también las fuerzas políticas interesadas en la conservación del orden existente carecen de un horizonte de futuro, pero obviamente ello no proporciona consuelo alguno: lo que puede ser cómodo —y hasta funcional— para estas fuerzas, hoy ampliamente hegemónicas, es catastrófico para las que pretenden ser transformadoras. En ese sentido, una empresa de recuperación crítica de la memoria en este terreno aparece, pues, como un momento necesario para cualquier renovación de las izquierdas tanto en el seno del campo político como en el de nuestro módico campo historiográfico.

¿Qué obstáculos se presentan a una empresa político-intelectual de este tipo? Sin afán exhaustivo, es posible señalar diversos problemas para poner en marcha un programa de investigación sistemática de la historia de la izquierda argentina. El primero y más evidente lo constituye el problema del acceso a las fuentes. Ya es casi un lugar común advertir sobre esa particular política pública consistente en no tener ninguna política para la formación y preservación de archivos o hemerotecas aceptablemente provistos con material de este tipo, o para la subvención de ediciones de fuentes o estudios sobre estos temas.

Sin embargo, la cuestión no se agota allí. Las propias organizaciones partidarias de la izquierda generalmente custodian celosamente sus archivos —aun los referidos a etapas remotas de su trayectoria— de los investigadores ajenos al aparato, ante el “riesgo” de que éstos produzcan versiones “revisionistas” o insuficientemente gloriosas de la historia del Partido. Por razones distintas, también en los medios académicos aparecen demasiado frecuentemente ejemplos de desinterés o

desidia —cuando no de mezquindad o recelo. De hecho, la investigación se elitiza (vgr.: queda en manos de los pocos que acceden a recursos institucionales —siempre escasos— necesarios para viajar, microfilmear, etc.), y por eso mismo se empobrece (son pocos los que investigan, y aún menos quienes tienen la “llave” de algún fondo documental valioso, que a menudo se torna tan inaccesible, en la práctica, como los que están en manos de las fuerzas de seguridad argentinas). Por todas estas vías, se desemboca en una situación por lo menos paradójica: la tarea de investigación, sobre un asunto *público* por definición como es la vida política (en este caso, digamos, “del pasado”...), se *privatiza*, e incluso pasa a ser coto de caza de subsidios y otros recursos institucionales, para seguir reproduciendo más de lo mismo.

Un segundo obstáculo está relacionado con las orientaciones dominantes en materia de investigación en historia y otras ciencias sociales en las últimas décadas. Huelga recordar que el clima político-cultural durante la última dictadura militar no era el más propicio para emprender un programa de indagación sobre la izquierda argentina. Tampoco la década larga que nos separa de su fin resultó, sin embargo, muy fructífera en ese terreno: en el contexto de una profunda recomposición del campo intelectual, historiadores y otros científicos sociales, particularmente los de la generación que produjo su obra “madura” en estos últimos años, orientaron sus preocupaciones —con escasas excepciones— hacia otros territorios (lo que no impedía que ocasionalmente se mencionara algún episodio de la historia de la izquierda para subrayar su déficit de aprecio a la Institucionalidad Republicana). No hubo que esperar aquí a la crisis final de los “socialismos reales” para decir, en palabras de Hobsbawm, “adiós a todo eso”. Así, por ejemplo, ni siquiera el renovado campo de la “historia social” incluyó en su expandido radio de interés la historia de las fuerzas políticas de izquierda, ausencia sobre la que volveré más adelante.

Sin pretender una explicación acabada de esta evolución, parece razonable señalar al menos dos puntos. Por un lado, es probable que en un campo académico históricamente tan sensible a los avatares políticos como el argentino se haya advertido, luego de 1976, que la relación entre las clases subalternas y las instituciones que pretenden encarnar sus intereses (vgr.: partidos) es más mediada y compleja de lo que ciertos vanguardismos postulaban hasta entonces. El fracaso y la fácil represión de las organizaciones políticas de izquierda desde mediados de los años 70 debe haber arrojado una luz cruel, pero sin duda intensa, sobre este problema. Simultáneamente, ciertos cuestionamientos —de circulación no sólo local— a la vigencia de la “forma partido” en la cultura política de izquierdas deben haber contribuido también al desinterés por la historia de este tipo de organizaciones. Finalmente —aunque no menos importante—, es evidente que se fue abriendo una profunda crisis de la antigua confianza del “margen izquierdo” del campo intelectual en la capacidad de la clase trabajadora para transformar radicalmente a la

sociedad (en otras palabras: ¿para qué historiar los proyectos políticos del pasado cuya vocación revolucionaria se fundaba en dicha confianza, cuando en el presente no sólo está en cuestión la capacidad revolucionaria del sujeto, sino incluso el sujeto mismo?).

Un tercer problema está vinculado con las propias organizaciones de izquierda. A lo ya señalado respecto de su escasa o nula disposición a franquear el acceso de los archivos partidarios a investigadores ajenos a la organización, puede agregarse que la izquierda partidaria no ha promovido ningún proceso significativo de investigación o autorreflexión. Es verdad que existen unos pocos trabajos inéditos sobre la historia de algunas vertientes de la izquierda argentina, pero se trata por lo general de versiones “oficiales” u “oficiosas”, cuyo diseño —como discutiremos más adelante— tiende a clausurar, antes que a plantear o responder, los interrogantes esenciales de cualquier labor historiográfica crítica.

Para terminar estos comentarios, cabe preguntarse si no existe todavía un obstáculo mayor, de orden político, que engloba de algún modo a todos los anteriores: ¿hay sectores significativos de la sociedad argentina interesados en recordar (construir) la historia de sus fuerzas de izquierda?. En tiempos en que la “re-reelección” se debate seriamente en la agenda política, parece inevitable pronunciar un *sí* que conlleva tanto una respuesta como una apuesta... Ella consiste en suponer que no habrá un futuro alternativo a este presente para los oprimidos, que no demande un balance histórico-político de la trayectoria de la izquierda argentina, aunque ello signifique —dado lo poco que se avanzó hasta hoy en ese sentido— emprender una difícil elaboración colectiva de la experiencia de la derrota de los 70. La suerte de un programa como el que alentamos tiene una especificidad intelectual, pero está estrechamente ligada a la historia presente y a la política: no habrá lugar para un balance histórico de la izquierda si no es en el seno de un balance político colectivo; pero, por otro lado, no habrá posibilidad de remontar la derrota ni de refundar un proyecto emancipatorio en nuestro país sin un balance crítico de las experiencias del pasado.

En suma, cualquier proyecto independiente que busque poner en marcha un programa de investigaciones sobre la izquierda argentina, no puede ignorar los múltiples obstáculos que debe afrontar. El primer desafío será salir de la paralizante encrucijada aquí esbozada, signada por la desidia de las políticas públicas, el desinterés del mundo académico y el monopolio corporativo de las organizaciones de la propia izquierda.

## Tipos de literatura

Dado que el trabajo historiográfico pasa, en la etapa actual, por la evaluación crítica de la literatura existente, es conveniente detenerse brevemente en algunas consideraciones al respecto.

La masa de trabajos referidos directa o indirectamente al tema es de un tenor muy variado y de desigual valor, desde abordajes políticos o periodísticos hasta investigaciones académicas, pasando por trabajos de orden monográfico, biografías, memorias, testimonios, etc. Para una mejor evaluación de la literatura existente, es conveniente esbozar previamente una tipología general de carácter orientativo:

1) *Memorias, testimonios, autobiografías* de dirigentes y militantes políticos, sindicales, estudiantiles, etc. Son fuentes invaluableles, pues aportan información o reflexiones sobre todos aquellos temas “menores” que habitualmente quedan fuera de las historias tradicionales: datos biográficos (de especial interés son los relativos al origen social del militante, las primeras influencias intelectuales, los itinerarios políticos, los vínculos con otras figuras, etc.), observaciones “micropolíticas”, referencias a la relación entre política y vida cotidiana, etc. Relativamente abundantes para las primeras décadas de nuestro siglo (figuras del anarquismo y socialismo), lamentablemente se hacen menos comunes en las décadas siguientes: es posible suponer que las violentas condiciones de la vida política nacional hayan hecho poco propicio un tipo de literatura confesional que implicaba hacer nombres de familiares, amigos y camaradas, empujando más en el sentido del resguardo, del anonimato y del silencio. A este obstáculo se suman otros: el estricto sentido de la confidencialidad en las organizaciones de tipo leninista, o el exacerbado sentimiento de lealtad partidaria que indujo al silencio auto-impuesto aun a militantes expulsados de sus organizaciones. Como ejemplos típicos de literatura testimonial pueden mencionarse la **Vida de un proletario**, del militante anarquista Pascual Vuotto, los **Recuerdos de un militante socialista** de Enrique Dickmann, o **Mi paso por la política** de Nicolás Repetto.

Para salvar siquiera parcialmente la carencia de este tipo de literatura es imprescindible apelar a la historia oral. Esta metodología tiene todavía escasa difusión en nuestro país (acaso el pionero haya sido el “Proyecto de Historia Oral” del Instituto Di Tella), y aún no ha generado entre nosotros un debate teórico-metodológico sobre sus alcances y sus límites comparable al que tiene lugar en los países centrales.

2) *Historias oficiales*. Su característica central es la ausencia de cualquier sentido crítico, su estilo pedagógico y su carácter propagandístico. Se recortan

según un formato tradicional, de historia interna del partido (siguiendo los sucesivos Congresos y Conferencias). Suelen instituir una fundación mítica, y con ella uno o más “padres fundadores” presentados olímpicamente como dirigentes naturales, concentrando en su figura múltiples atributos (políticos, teóricos, organizativos, oratorios, periodísticos, etc.). A menudo confunden la historia del partido con la de su dirección. Atienden principalmente a las políticas adoptadas por ésta en cada período, a las relaciones del partido con el movimiento obrero u otros movimientos sociales, a los vínculos con otros partidos, al comportamiento electoral y, cuando la tienen, a la actuación parlamentaria. Tienen un carácter “proyectivo”: buscan instituir una tradición, inscribiendo la historia del partido en un linaje; establecer líneas de continuidad más allá de las coyunturas y justificar para cada momento histórico la adopción de ciertas políticas, destacando los méritos del partido y de su dirección ante una política que se mostraría “correcta”, mientras por otra parte intentan justificar conflictos internos, purgas o deserciones responsabilizando a antiguos dirigentes de las “líneas incorrectas” (“desviaciones”).

Con todo, son fuentes siempre útiles, no sólo para estudiar las estrategias de autolegitimación de una dirección determinada, sino también para conocer datos primarios no siempre fácilmente accesibles: los redactores de este tipo de trabajos cuentan habitualmente con un archivo partidario al que el investigador independiente raramente accede. Así, la **Historia del socialismo argentino** de Oddone cuenta con el valor adicional de transcribir minuciosamente inapreciables documentos. Por otra parte, una lectura crítica de esta literatura puede extraer conclusiones provechosas, aun de sus omisiones o sus silencios. Hay que tener presente que no son siempre ni meramente construcciones propagandísticas arbitrarias: muchas veces son la puesta en escritura del relato mítico que sobre la historia de la organización se fue tejiendo entre sus miembros a través de los años. En ese sentido, puede ser provechoso leerlas “antropológicamente”, esto es, como relatos que sirvieron a la cohesión de un grupo humano, o sintomáticamente, en tanto racionalizaciones de un sujeto colectivo.

Además, es necesario distinguir dentro de este bloque, dos tipos de “historias oficiales”: por un lado, las más antiguas, producto del esfuerzo de militantes, a menudo obreros, como los trabajos de Diego Abad de Santillán sobre el anarquismo vernáculo o la obra citada de J. Oddone. Un segundo modelo, que termina por configurar un verdadero prototipo, característico del período stalinista, lo constituyen las historias confeccionadas por aparatos políticos de mayor envergadura, como las historias oficiales de los partidos comunistas, adonde a las características señaladas debe agregarse una importante dosis de manipulación y tergiversación histórica (nuestro ejemplo vernáculo es el célebre **Esbozo de historia del partido Comunista de la Argentina**. Otros ejemplos de historias oficiales u oficiosas son **La izquierda nacional y el FIP** de N. Galasso, **El trotskismo en la Argentina** de O.

Coggiola, **El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina** de E. González, etc.

3) *Contra-historias oficiales*. Se trata de estudios críticos de las historias oficiales, a menudo concebidas como verdaderos contrapuntos: mientras aquéllas buscaban mostrar el carácter siempre correcto de la línea que terminaba abriéndose paso en la dirección del partido, las contra-historias buscan mostrar su “descolocación” permanente, atribuyéndoles ya sea un “vicio” de origen o bien una “desviación” irreversible en determinado momento de su historia. En general, este tipo de literatura proviene de ex-militantes que buscan saldar sus cuentas con su partido de origen, procurando viciarlo de legitimación para, por otra parte, relegitimar una nueva opción política: es el caso de los ex-comunistas que hacen la contra-historia del PCA (como Rodolfo Puiggrós, Juan José Real o José Ratzer), o de ex-socialistas que hacen la contra-historia del PS (Jorge Eneas Spilimbergo o José Vazeilles). En otros casos, las contra-historias son elaboradas desde otras alternativas de izquierda, enfrentadas a la cuestionada: es el caso de un trotskista-populista (Jorge Abelardo Ramos) ocupándose del PCA, o del nacionalista de izquierdas J. J. Hernández Arregui historiando el fatal desencuentro de las izquierdas con el “ser nacional”.

Seguimos aquí en el terreno de historias escritas en el fragor del combate político, que quieren neutralizar la propaganda oficial con su contra-propaganda. No están interesadas en una evaluación ponderada de los aciertos y errores de una corriente política, ni en una comprensión crítica de la orientación de sus actores: buscan condenar antes de comprender. Si las anteriores buscaban *ex-post* en sus documentos la cita que se ajustase a la posición correcta, los contra-historiadores se empeñan en lo contrario: buscan la cita comprometedora, que ponga en evidencia el error o el revisionismo permanente. Con todo, tienen muchas veces la virtud de problematizar el carácter lineal y heroico de los relatos oficiales, y de exhumar documentos útiles para contrastar con los anteriores.

Ejemplos típicos de este tipo de literatura lo constituyen los trabajos de Rodolfo Puiggrós (**Historia crítica de los partidos políticos**), Juan José Hernández Arregui (**La formación de la conciencia nacional**) y Jorge Abelardo Ramos (**El Partido Comunista en la política argentina**). Más reciente, merece citarse el trabajo de Jordán Oriolo sugestivamente titulado **Anti-esbozo de historia del partido comunista de la Argentina**.

4) *Investigaciones de académicos extranjeros*. Si bien ha sido la historia de la clase trabajadora argentina la que concitó la mayor atención de los investigadores extranjeros, contamos en este rubro con trabajos de excepcional valor, convertidos hoy en obras de referencia. La mayor parte fue realizada en los años 70, aunque



Robert Alexander viene trabajando con mucha anterioridad. Además de tratarse de destacados especialistas, en todos los casos contaron con recursos materiales poco comunes en el investigador local. Por ejemplo, estas obras revelan un excepcional acceso a fuentes primarias escasas o inexistentes aquí: en ese sentido, el libro de Richard Gillespie sobre Montoneros nunca hubiera podido escribirse desde la Argentina. Además, la imagen de investigador distanciado que ofrece un extranjero puede favorecer algunos testimonios orales no siempre asequibles al investigador argentino: Alexander tuvo el privilegio de recorrer América Latina entrevistando dirigentes comunistas y trotskistas. La perspectiva de los investigadores extranjeros puede también ser útil al investigador local para ayudarlo a romper con cierta inmediatez en relación a su objeto, contribuyendo al distanciamiento historiográfico a través de juicios más ponderados, mediante la apelación al método comparativo, etc.

No obstante su indiscutible valor, esta literatura no es en modo alguno definitiva. Las ventajas de la distancia muestran también su contracara, pues al investigador extranjero pueden escapársele ciertos sentidos subyacentes de acciones o discursos sólo perceptibles mediante la consustanciación con una cultura, propia del nativo o el asimilado. Este tipo de investigación raramente alcanza la perspicacia analítica y la agudeza política de un Gillespie. Casi siempre se trata de investigaciones serias y documentadas, pero recortadas según una matriz historiográfica muy tradicional, que las torna excesivamente descriptivas para nuestras actuales necesidades.

5) *Ensayos histórico-políticos de los años '80 sobre las fuentes de la violencia*. En efecto, los '80 presenciaron un breve paréntesis de producción y discusión sobre la izquierda argentina, aunque fuese a través de una mediación: aquí el tema central es el lamentado desencuentro de las tradiciones políticas y culturales argentinas con la democracia. En esos años se volvió, pues, oblicuamente, sobre la izquierda, buscando, en su historia y sus tradiciones, claves que permitiesen explicar su creciente desapego por el ideario democrático así como su simultánea orientación hacia la lucha armada e incluso hacia una verdadera "cultura de la violencia". Los riesgos de este tipo de abordaje, apenas se generalizó, no tardaron en mostrarse: la afanosa búsqueda de una "esencia" antidemocrática en la concepción que la izquierda tendría de lo social y lo político, además de desgajarla unilateralmente de las concepciones no menos "antidemocráticas" del resto del arco político argentino (la UCR incluida), fue en desmedro de la investigación histórica.

Esta franja produjo, sin embargo, ensayos críticos corrosivos, como los de Carlos Brocato, e investigaciones sugestivas, como las de María Matilde Ollier, aunque su prototipo lo constituyen textos como el de P. Giussani (**Montoneros. La soberbia armada**) o el de C. Hilb y D. Lutzky (**La nueva izquierda argentina**),

los que, cada uno en su estilo (ensayístico-periodístico el primero, académico el segundo), mostraron los límites de un tipo de literatura que, nacida en los albores de la transición democrática, fue más proclive a demonizar la izquierda y revalorizar las instituciones y las prácticas democráticas que a intentar comprenderlas críticamente.

6) *Nuevas aportaciones*: Incluimos en este apartado el conjunto de la nueva producción sobre el tema, surgida a partir de 1984. Es, ciertamente, un conglomerado demasiado heteróclito, pero es difícil todavía discernir dentro de él tendencias claras y distintas. Es posible, de todos modos, hacer algunos señalamientos sobre el conjunto.

Recordemos que en Europa y los Estados Unidos las investigaciones iniciales sobre el tema, producto de historiadores militantes, fueron relevadas y hasta desplazadas hacia los años '50 y '60 por la historia académica. En la Argentina este desplazamiento se opera sólo de modo parcial: a partir de los años '60 los investigadores locales (e inclusive aquellos extranjeros que se vieron atraídos por el estudio de las clases subalternas de nuestro país) comenzaron a ocuparse fundamentalmente del movimiento obrero argentino; cuando se interesaron por las corrientes políticas, trabajaron principalmente sobre el anarquismo y, en menor medida, sobre el socialismo. El interés historiográfico por las corrientes políticas de izquierda no iba, con todo, más allá de los años '30. A partir de entonces, el interés se circunscribía al peronismo. Esto es notorio en el caso del socialismo argentino: casi no existen obras de conjunto sobre esta corriente, o investigaciones que indaguen más allá de los '30: la historia oficial de Oddone, escrita en esa década, se centra en el período fundacional; la obra de referencia sobre el tema, **The Socialist Party of Argentina**, de R. Walter, concluye en 1930. En relación al partido comunista o a las corrientes trotskistas, el vacío académico local es absoluto, mientras que los abordajes sobre la nueva izquierda han prestado mayor atención a los procesos culturales que a los sociales y políticos (S. Sigal, O. Terán).

Sólo parcialmente el nuevo cuerpo de trabajos viene a llenar este vacío. En la mayor parte de los casos, son de obras surgidas en la periferia del mundo académico, y provenientes de investigadores jóvenes. Se trata de un tipo de literatura casi siempre de mayor calidad historiográfica que las historias oficiales o las contrahistorias (de origen militante), que incorpora el aporte de nuevos enfoques y métodos, que explicita con mayor celo profesional la procedencia de sus fuentes, etc.

Adolece, en cambio, de ciertos límites que tienen que ver con la ausencia de proyectos de investigación colectivos de largo plazo: se trata, en la mayor parte de los casos, de *trabajos monográficos*, útiles por su erudición o su aporte a la elucidación de tal o cual proceso histórico, pero huérfanos de una inscripción en relatos

históricos mayores, lo que constituía el gran atractivo de muchas historias oficiales o contrahistorias, como las de Puiggrós o Ramos.

Las generaciones de historiadores mayores sólo se ocuparon tangencialmente de esta cuestión, aunque estos años vimos aparecer nuevas investigaciones de autores como Alberto Pla, Mario Rapoport y Dardo Cúneo. Las valiosas compilaciones de documentos del peronismo realizadas por R. Baschetti han provenído del campo extra-académico y carecen de cualquier equivalente en materia de edición de documentos de la izquierda argentina. En cuanto a política editorial, el proyecto más dinamizador en cuanto a difusión de investigaciones sobre la izquierda argentina entre 1983 y 1995, fue fruto de la labor desplegada por Oscar Troncoso al frente de su “Biblioteca Política Argentina” en el marco del lamentablemente desaparecido Centro Editor de América Latina. La desaparición de José Aricó en 1991, tanto por su calidad de investigador como de animador intelectual de las jóvenes generaciones, ha dejado un vacío difícil de llenar por mucho tiempo.

A pesar de la enorme tradición argentina en la edición de revistas de todo tipo, no contamos con publicaciones centradas en investigaciones y documentos sobre la izquierda argentina. Ahora bien, si no hay, pues, equivalentes locales del **History Workshop Journal** de Londres o **Le Mouvement Social** de París, algunas publicaciones argentinas han sido más sensibles que otras a la cuestión. En ese sentido, no puede dejar de mencionarse a revistas como **Todo es Historia**, especialmente en sus primeros años —con las colaboraciones de O. Bayer, F. Quesada, E. Corbière—, a los **Cuadernos de Historia** que en los años 80 dirigió Leonardo Paso (y que en los '90 se transformaron en **Nueva Historia**) y a una publicación de argentinos entonces exiliados en París, **Apuntes para la historia del movimiento obrero y antimperialista latinoamericano**, lamentablemente de corta existencia (1979-1980).

No obstante lo dicho, podríamos mencionar —sin pretensiones de exhaustividad— numerosos estudios en curso sobre la izquierda argentina, su historia y sus tradiciones, provenientes en su mayoría de lo que puede llamarse la “generación intermedia” de historiadores: los de Edgardo Bilsky sobre anarquismo y sindicalismo, los de Ricardo Falcón y su equipo de la Facultad de Humanidades de Rosario, los de Dora Barrancos sobre cultura y educación anarquistas, las investigaciones sobre socialismo de Cristina Tortti, Pablo Lacoste, Sergio Berensztein y Nicolás Iñigo-Carrera, los estudios sobre comunismo de María Caldelari y Néstor Kohan, las investigaciones sobre izquierda peronista de Cecilia Luvecce y Germán Gil, los trabajos del grupo de la revista **Entrepasados** (Juan Suriano, Patricio Geli), la investigación en curso sobre la historia del PRT de Pablo Pozzi y su equipo, etc.

Pero está claro que, por el carácter inorgánico de este conjunto de investiga-

ciones, por tratarse de una enumeración seguramente incompleta, y dado que estamos hablando de investigaciones en proceso de elaboración, cualquier balance, e inclusive diagnóstico, que vaya más allá de lo enunciado, resultaría prematuro.

## Apuntes metodológicos para una historia de la izquierda

### a) Distanciamiento y compromiso

Un primer problema a considerar —y que remite a un *locus* clásico de la epistemología histórica— es el del compromiso y el distanciamiento, tanto más porque nuestro objeto, por reducida que hoy haya quedado la izquierda y por lejano que sea el período de investigación escogido, no invita al análisis desapasionado. A pesar de que en momentos como el presente la izquierda argentina pareciera no poseer más que un interés histórico (y por momentos, como queda dicho, ni siquiera eso), su abordaje no deja de tener una alta carga política. Es un pasado que remite directa o indirectamente a intereses creados, a mitos establecidos, o a conflictos de poder que viven o sobreviven en el presente.

El primer problema metodológico no es tanto, pues, *cómo* escribir la historia de la izquierda sino *desde dónde* escribirla. Hace algunos años, lamentándose de la estrechez de las historias “oficiales”, Hobsbawm propiciaba el siguiente método: “La única manera existente hasta ahora de que un organismo público escriba la historia ‘oficial’ de una organización consiste en entregar los materiales a uno o varios historiadores profesionales que tengan la suficiente simpatía hacia ella como para no entrar a saco en la misma; con el suficiente distanciamiento como para no temer husmear en todas partes con temor a descubrimientos inesperados y desagradables...”. Queda claro que aquí no interesa estimular centralmente la producción de historias oficiales, sino retener esta dialéctica entre *simpatía* y *distanciamiento* que recomienda el historiador británico.

En efecto, el *distanciamiento* sin el contrapeso de la *simpatía* puede conducir a ciertas distorsiones historiográficas: no nos referimos a específicas simpatías políticas del historiador con la corriente estudiada, sino a una básica actitud de comprensión por su parte, de sensibilidad ante sujetos y situaciones: sabemos, por ejemplo, lo poco que ha contribuido a la comprensión del comunismo casi toda la literatura occidental del período de la guerra fría. Pero la *simpatía* sin el contrapeso del *distanciamiento* empuja al historiador a confundirse con su objeto. Aun admitiendo las mejores intenciones por parte del historiador, regularmente el producto es una racionalización prolija, escrita con formato académico, del relato mítico que produce la misma institución.

Una historia crítica de la izquierda no puede escribirse desde el punto de vista de la lógica del aparato partidario y de sus necesidades de legitimación; si su punto de vista ha de ser, como quería Benjamin, el de los vencidos, la preceptiva benjaminiana no puede entenderse en un estrecho sentido partidario, sino en el de la praxis colectiva de las clases subalternas, concebida según palabras del historiador francés Georges Haupt, como “laboratorio de experiencias, fracasos y éxitos, campo de elaboración teórica y estratégica, en donde se imponen el rigor y el examen crítico para fijar la realidad histórica y, por ese camino, descubrir sus resortes ocultos, para inventar y por tanto innovar a partir de un momento histórico percibido como experiencia”. Este criterio metodológico previene de la construcción de esquemas *a priori*, propios de las visiones esencialistas de la historia.

G. Haupt, evaluando también los límites de la literatura oficial, nos ha recordado que las obras de la historia militante de la izquierda que mejor han sobrevivido al paso del tiempo provinieron de figuras que tuvieron que enfrentarse con los guardianes de las leyendas oficiales, tales los casos paradigmáticos de Franz Mehring y Arthur Rosenberg. Entre los historiadores europeos socialistas que pueden inscribirse dentro de esta tradición independiente y crítica, que han sabido encontrar el punto de equilibrio que les permitió la toma de partido en la historia sin hacer historia partidaria, merecen citarse figuras como Riazanov, Isaac Deutscher, E. P. Thompsom, Raphael Samuel, Pierre Broué, sin olvidarnos del propio Haupt.

Pocas veces encontramos en nuestro país esfuerzos semejantes de erudición, pasión por la búsqueda de nuevas fuentes, espíritu crítico e independencia de criterio. Con todos los límites de la literatura local señalados arriba, y salvando las distancias, puede decirse que los mejores aportes al conocimiento de la historia de nuestra izquierda provinieron aquí de figuras como Diego Abad de Santillán, Jacinto Oddone, Sebastián Marotta, Osvaldo Bayer y Pancho Aricó, por otra parte deudores de esa tradición internacional.

#### **b) La preceptiva gramsciana: la historia del partido como historia nacional.**

Uno de los rasgos más notorios de lo que antes hemos llamado “historias oficiales” u oficiosas es la construcción de un modelo de relato caracterizado por el encierro autorreferencial —y autoglorificador— en la “historia interna” de la organización, en desmedro de lo que Perry Anderson ha llamado, siguiendo a Gramsci, el “equilibrio nacional de fuerzas”, del que esa organización “no es más que un momento y que forma el contexto dentro del cual debe funcionar”. A este respecto, las fragmentarias pero agudas observaciones formuladas por Gramsci hace décadas siguen teniendo un enorme valor orientador.

“¿Cómo deberá ser la historia de un partido?” comienza preguntándose el

marxista italiano: nunca será, responde, “la mera historia interna de una organización política”, lo que la restringiría a las polémicas ideológicas entre sus principales dirigentes. Tampoco puede ser la historia de los hombres que siguieron a esos promotores, la de los congresos, las votaciones y el conjunto de actividades partidarias. “Evidentemente, será necesario tener en cuenta el grupo social del cual el partido en cuestión es la expresión y la parte más avanzada. La historia de un partido, en suma, no podrá ser menos que la historia de un determinado grupo social. Pero este grupo no está aislado; tiene amigos, afines, adversarios, enemigos. Sólo del complejo cuadro de todo el conjunto social y estatal (y frecuentemente también las interferencias internacionales) resultará la historia de un determinado partido, por lo que se puede decir que *escribir la historia de un partido no significa otra cosa que escribir la historia general de un país desde un punto de vista monográfico*, para subrayar un aspecto característico”.

Hay, pues, dos modos de concebir la historia de los partidos: “El sectario se exaltará frente a los pequeños actos internos que tendrán para él un significado esotérico y lo llenarán de místico entusiasmo. El historiador, aún dando a cada cosa la importancia que tiene en el cuadro general, pondrá el acento sobre todo en la eficacia real del partido, en su fuerza determinante, positiva y negativa, en haber contribuido a crear un acontecimiento y también en haber impedido que otros se produjesen”.

Ya me referí a los alcances y límites de historias oficiales u oficiosas que relatan minuciosamente la vida institucional de las corrientes políticas argentinas y que abundan en las virtudes de sus dirigentes. La historia que hoy necesitamos sólo puede encararse desde la perspectiva del historiador que postula Gramsci en último término. En la obra del historiador, a través de la historia del partido, debe vislumbrarse la de su sociedad; a través de la biografía intelectual, debe poder apreciarse el conjunto de la vida cultural, desde el ángulo particular del sujeto escogido para el estudio.

No es que las historias oficiales u oficiosas de la izquierda no se ocupen de la clase obrera argentina, o de tales o cuales aspectos de la historia del país. Tampoco se quiere plantear, ni mucho menos, que no sea legítimo escribir historia desde una posición política definida. *El problema de este tipo de literatura es que se limita a ver la historia desde la perspectiva del partido en lugar de ver el propio partido desde una perspectiva histórica*. Siguiendo con la tipología de Gramsci, podríamos decir que mientras el historiador se pregunta por la relevancia del partido en la historia del país, el sectario la presupone. El historiador, sin dejar de hacer política, hace ciencia; el sectario, literatura de propaganda. El primero dialoga críticamente con su público, busca persuadir a sus interlocutores sobre la fuerza de sus tesis; el segundo busca convencerlo de sus verdades. El historiador, si logra demostrar la

relevancia del partido en la historia nacional, puede contribuir eficazmente a una causa política. El sectario sólo dialoga con su secta y sus simpatizantes y su discurso sirve para reafirmar la fe de los previamente convencidos.

### **c) Dimensiones de análisis: lo social y lo político.**

Comencé señalando el vacío académico y político existente en nuestro país respecto de la historia de las organizaciones políticas de izquierda, y algunos de los obstáculos a sortear para intentar comenzar a superarlo. A lo dicho hasta aquí sobre las orientaciones dominantes en investigación en el campo de la historia, cabe agregar ahora algunas observaciones más puntuales. Es indiscutible que la renovación y expansión de la historia social en los últimos años conllevó una atención nueva —y sin duda refrescante— a dimensiones tradicionalmente obliteradas en la historia del movimiento social argentino. Por ejemplo, y acaso como reacción a sus versiones más replegadas hacia la relación entre los trabajadores y sus instituciones tradicionales (sindicatos, partidos, etc.), temas de investigación como la cultura y las condiciones materiales de vida o de trabajo de los “sectores populares”, los cruces y conflictos entre cuestión étnica e identidad de clase o los problemas de género adquirieron una legitimidad y relevancia impensables poco tiempo atrás.

La historia de las organizaciones políticas, mientras tanto, en lugar de beneficiarse de la renovación, quedó prácticamente fuera de agenda, acaso como resultado de un consenso —al menos tácito— en el sentido de que no valía la pena —ni aun con herramientas nuevas— volver a explorar ese terreno, el predilecto —y no sólo en Argentina— de los viejos historiadores-militantes. Decía antes que la derrota de 1976 parece haber contribuido a complejizar —y más aún, a perplejizar— las percepciones vigentes sobre la articulación entre los sectores subordinados y las organizaciones políticas que pretenden encarnar sus intereses estratégicos, con efectos devaluatorios para estas últimas y su confiado rol de vanguardia consciente de aquellos sectores. Quizás en parte bajo esos estímulos, los historiadores se lanzaron en otras direcciones a la hora de buscar posibles lugares-clave de construcción, circulación y cristalización de sentido para las clases subalternas. Sin embargo, y aun ponderando el ominoso recuerdo que pueden significar para la actual sensibilidad académica las insuficiencias de las viejas historias partidarias —con su pretensión de subsumir la íntegra experiencia de la clase trabajadora en la epopeya de la “línea correcta del partido”—, no se comprende bien en virtud de qué premisas teóricas irrefutables se presume —de nuevo, por lo menos implícitamente— que la historia de esas organizaciones no encierra siquiera algún fragmento del sentido contrahegemónico que, en cambio, se procura hallar afanosamente en las actividades de una biblioteca barrial, en los cantos de una hinchada de fútbol, o en las transgresiones de una jornada de carnaval. Más aún, cabe preguntarse si esta notoria elisión de lo “político-institucional” no perpetúa —en algún caso, incluso so

pretexto de modelar una suerte de “historia desde abajo”— la muy tradicional visión de la lucha política —y de sus agentes fundamentales en la sociedad moderna, los partidos— como asunto epifenomenal, o “superestructural” (en el sentido vulgar de distinto y extraño a lo social), en lugar de descubrir en ella “la forma por excelencia [es decir, no exclusiva] de la lucha simbólica por la conservación o la transformación del mundo social” (la cita es de Pierre Bourdieu).

Similares —y también discutibles— escisiones metodológicas reaparecen — algo paradójicamente— en algunas de las solitarias voces que desde la izquierda político-intelectual reclaman atención hacia la historia de las organizaciones de la izquierda argentina. Así, por ejemplo, en un trabajo reciente, se sugiere privilegiar una historia del comunismo argentino centrada en los militantes, “orientada a la cotidianidad, a la *sensibilidad*, a los comportamientos y mentalidades, a las creencias de los ‘simples’ más que a la línea oficial”, antes que una que “significaría todavía asumir un punto de vista limitado: las estructuras de poder, las dirigencias, los cuadros, los aspectos más burocráticos”. Desde luego, el interés de las cuestiones propuestas en el primer párrafo está fuera de discusión, pero cabe preguntarse —precisamente con miras a un abordaje productivo de ellas—, por ejemplo, si “las dirigencias” y “los cuadros” carecen de “comportamientos”, “sensibilidad” o “mentalidades” dignos de atención, si las “creencias de los ‘simples’” no son generadoras, tanto como productos, de la “línea oficial”, o si la cotidianidad y las creencias de los militantes de base no se encarnan, en algún modo, en determinado tipo de estructuras de poder, dirigencias y aspectos burocráticos del funcionamiento del partido (y viceversa). Al parecer, el fantasma de las viejas historias partidarias ha logrado depreciar a la llamada “historia institucional” —incluso entre la intelectualidad comunista— a un punto tal que se ha tornado difícil plantear no digamos ya su indispensabilidad, sino ni siquiera su necesidad, para la construcción de una historia integral y multidimensional de las fuerzas de izquierda (naturalmente que sobre bases distintas de las que orientaron, vgr., la redacción del *Esbozo* hace medio siglo), aunque más no fuera por el hecho de que una organización política es —entre otras cosas— una *institución*, espacio de objetivación de voluntad y de capital políticos.

#### **d) Lo personal, lo grupal y lo institucional.**

Por cierto, es necesario disponer de ciertas herramientas conceptuales para abordar la problemática institucional desde una perspectiva superadora de las antiguas historias institucionales de los partidos. Así pertrechada, una nueva mirada sobre la dinámica propiamente institucional de los partidos de izquierda puede abrir un campo de análisis apasionante y arrojar resultados decisivos para su historia.

En efecto, en todo proceso político partidario cuestiones como la estructura



y la dinámica institucional, el peso relativo de grupos y de ciertos individuos, la distribución interna/externa de poder entre grupos dirigentes, las luchas sordas por la reproducción o redistribución de ese poder, los estallidos de crisis internas, los intentos de racionalizar esas disputas presentándolas como diferencias éticas, políticas o ideológicas, etc., juegan un peso decisivo. Tanto más en cuanto funcionan como una dimensión inconsciente o semiconsciente de los sujetos involucrados, y constituyen una suerte de inconsciente institucional que puede ser desentrañado con provecho por el historiador a través de la lectura sintomática de documentos o testimonios. En especial, los momentos del estallido de la crisis institucional (enfrentamientos en congresos, luchas de fracciones, rupturas, etc.) suelen constituir un excelente laboratorio para el estudio de esta dimensión oculta pero operante y, por momentos, crucial.

Un abordaje de este tipo debe saber discriminar, por supuesto, una suerte de tipología institucional, donde cada forma institucional tiene su propia dinámica, sus reglas específicas y su propio imaginario: las formas pre-institucionales (las formaciones político-intelectuales), el partido, la fracción y la secta; el partido de tipo federativo, el partido de tipo leninista (centralizado), la organización armada, etc.

Lo dicho no vale sólo para las pujas al interior de la dirección: el imaginario institucional involucra, en grados diversos sin duda, a todos los miembros de una organización e inclusive a sus simpatizantes y ex-integrantes. Las cuestiones complejas de la configuración de una identidad partidaria, de una identidad militante, de los juegos internos de lealtades y enfrentamientos, de la dinámica del “adentro” y el “afuera” (de la plasmación de una vida de partido cada vez más absorbente y que tiende a convertirse en endógena y autorreferencial), de la reproducción al interior de relaciones y valores contra los cuales se dice y se quiere combatir, deben formar parte de cualquier programa actual de estudios de la izquierda.

Desde esta perspectiva, lo “personal” deja de pertenecer al ámbito de lo íntimo, del “chisme” indecoroso o indigno de ser considerado seriamente, para integrarse con pleno derecho y plena significación en el campo de lo político. Lo personal no puede ser evacuado o soslayado, tanto menos en una historia que trata de dar cuenta de la acción y de la vida de sujetos. En ese sentido, el dato biográfico puede ser crucial para el investigador que procura comprender la configuración de grupos dirigentes, la división y el conflicto de roles, los códigos explícitos e implícitos de promoción política, etc., así como la composición de cuadros intermedios o militantes de base, simpatizantes, adherentes. Una cuestión clave a considerar es la compleja imbricación de elementos conscientes e inconscientes que llevan a un activista social o a un ciudadano común a incorporarse a (o a permanecer en) una organización política, así como los códigos explícitos e implícitos por los que una organización regula la captación, los ritos de integración, permanencia o expulsión

de los miembros. Debe atenderse, pues, no sólo al lado “racional” sino también al lado subjetivo de la militancia, a la dimensión imaginaria, a lo que podría llamarse la fe militante, sus creencias y sus mitos colectivos. Debe volverse con una nueva mirada sobre la relación interna dirigentes/militantes y estudiar atentamente los mecanismos a través de los cuales reinterpreta y lleva a la práctica la base militante las consignas generales.

De donde se desprende la necesidad de integrar una visión multidimensional para la historia de la izquierda: personal, social, política, institucional, cultural. Una nueva historia de la izquierda debe dar cuenta de las “micropolíticas” sin desentenderse de las “macropolíticas”; debe atender a la dimensión política y la dimensión cotidiana, pero no en forma paralela, sino simultánea, esto es, cómo se inter-relacionan y complementan, o bien, cómo —para decirlo en los términos del viejo slogan feminista— lo personal *es* político. Esto significa que el historiador debe ampliar su horizonte intelectual más allá de las herramientas tradicionales de su profesión. En parte, el campo de la historia fue abonado por los trabajos de historiadores más sensibles a estas cuestiones, siendo remarcables los aportes de un Hobsbawm en sus estudios sobre los “rebeldes primitivos” o los de E. P. Thompson sobre la clase obrera inglesa. Pero el desafío para el historiador de nuestros días pasa por una apropiación crítica de los aportes de la moderna teoría de las instituciones (C. Castoriadis, G. Lapassade, R. Lourau, etc.), los nuevos desarrollos de la teoría cultural, la antropología y el psicoanálisis sobre los fenómenos de configuración de identidades colectivas, los trabajos clásicos y contemporáneos de la teoría social y política sobre las formas de organización, de la secta al partido (de Weber y Michels hasta Bourdieu), etc. Particularmente estimulantes son las reflexiones de este último, a través de su concepto de “campo político” para pensar mediaciones entre lo social y lo político, eludiendo tanto las concepciones que sólo perciben en lo político una “expresión” lineal de lo social, como aquellas otras que escinden y autonomizan por completo ambas dimensiones (vuelvo a remitir aquí a Bourdieu).

#### **e) Las dimensiones espaciales: regional, nacional, internacional.**

Para finalizar quiero señalar la existencia de tres dimensiones que toda historia de la izquierda debe abordar, estableciendo un cuidadoso balance entre cada una de ellas, dada su manifiesta interdependencia. Me refiero, siguiendo los momentos que establece Anderson, a las perspectivas local o regional, nacional e internacional. El cuadro es más complejo que simplemente encarar un relato que alterne expositivamente tales dimensiones; por este camino se han producido trabajos que han quedado limitados a un agregado de perspectivas pero sin llegar a componer un enfoque integrado. O, ante la imposibilidad de realizar esta tarea, alguna de las dimensiones señaladas se transforma en principal eje explicativo, relegando a las otras a ser un segundo momento de aquella o directamente a desaparecer de la

narración. Por ejemplo, la cuestión regional ha sido un aspecto cuya influencia en la vida política de los partidos de izquierda ha sido generalmente descuidada cuando no directamente ignorada, problema que no se resuelve adosando a los relatos tradicionales una estimación de las diferencias regionales.

Por otro lado, cuando hablo de dimensión nacional me refiero a que la trayectoria política de la izquierda solamente cobra sentido si se la inscribe en el contexto político nacional, es decir, si se atiende al equilibrio nacional de fuerzas. Cabe retener, en ese sentido, el señalamiento hecho por Bourdieu acerca de la lógica del campo político: “La producción de tomas de posición depende del sistema de las tomas de posición propuestas concurrentemente por el conjunto de los partidos antagonistas [...]. Los partidos, como las tendencias en el seno de los partidos, no tienen otra existencia que no sea relacional, y sería vano tratar de definir lo que son y lo que profesan independientemente de lo que son y profesan sus concurrentes en el seno del mismo campo”.

El marco internacional también es una dimensión ineludible a la hora de pensar una historia de la izquierda argentina. Primeramente porque casi todas las agrupaciones que la conforman son internacionalistas (aún la “izquierda nacional” tuvo durante años referentes en París, como Michel Pablo, o la “nueva izquierda” referentes en China, Cuba o Vietnam). En algunos casos, como el del Partido Comunista, el peso de la Internacional es decisivo, pero debe evitarse el riesgo, siempre presente y reiterado en numerosas narraciones, de la historia conspirativa, donde el partido local es mera “agencia” de Pekín, Moscú o París. Muchas veces, son las propias fuerzas y condiciones nacionales de un determinado partido las que lo empujan en el sentido que las imposiciones internacionales. Ese internacionalismo no sólo debe verse como un entrelazamiento organizativo, la formulación de un proyecto revolucionario que pretende superar las estrechas fronteras nacionales o la importancia que sobre la propia legitimidad como fuerza de izquierda otorga el invocar la pertenencia y mostrarse como prolongación de un movimiento revolucionario de impacto universal; también debe valorarse la historia de la izquierda en estrecha relación con la del movimiento obrero a escala mundial, con sus etapas, crisis y transformaciones. La dimensión internacional de una historia de la izquierda debería ser abordada pensando, entonces, en que las formaciones políticas nacionales con esa orientación forman parte de un conflicto inherente a un capitalismo cuyo alcance mundial obliga a una mirada histórica global. Ejemplo típico de esta forma de integración de lo internacional lo constituye la rápida proliferación de partidos comunistas en los años que inmediatamente siguieron a la Revolución Rusa.

## Por un programa de estudios sobre la Historia de la Izquierda Argentina

Un proyecto de estas dimensiones y complejidad escapa, está claro, a las posibilidades de un investigador o incluso de un equipo de investigadores. Poner en marcha un proyecto semejante requiere del concurso de investigadores independientes, equipos de investigación, militantes interesados en recuperar su historia, corrientes políticas y sindicales dispuestas a reconstruir sus luchas y tradiciones, instituciones académicas abiertas a este tipo de orientación, revistas y boletines dispuestos a difundir los resultados parciales, editoriales interesadas en publicar investigaciones o ediciones de fuentes sobre la historia argentina...

No será posible la redacción colectiva de una historia de las izquierdas en el país si no es sobre la base de la extensión de esta red de relaciones, sean formales o informales. Es necesario, pues, promover: encuentros de investigadores provenientes de todo el país para avanzar en el estado de la cuestión más allá de los límites de la ciudad de Buenos Aires; la formación de grupos interdisciplinarios (historiadores, sociólogos, filósofos, antropólogos, psicoanalistas, feministas, institucionalistas, etc.), así como de equipos de investigadores integrados tanto por profesionales como por militantes; la formación de archivos de publicaciones de izquierda de acceso público, o bien el relevamiento de los archivos públicos y privados existentes en el país; la constitución de un archivo de historia oral sobre la izquierda argentina; la edición crítica de fuentes que sirvan para preservar este patrimonio cultural y político y que estimulen la investigación; la edición de un boletín o una revista de historia de la izquierda, etc.

En suma, estimular proyectos múltiples de investigación que converjan en una historia crítica de la izquierda en la Argentina, que contribuyan a crear, en el proceso mismo de su desenvolvimiento, una red no sólo de investigadores profesionales, sino también de investigadores militantes, de actores dispuestos a testimoniar, a participar en los balances de las experiencias políticas, a legar recuerdos y documentos, de lectores críticos interesados en ajustar cuentas con las tradiciones y luchas del pasado. Quienquiera que conozca nuestro medio académico y nuestro medio político sabe cuán grande es el desafío que tenemos por delante si nos proponemos llevar adelante un proyecto de esta envergadura, pues implica la creación de espacios alternativos de trabajo como los que quería E. P. Thompson: “lugares donde nadie trabaja para que le concedan títulos o cátedras, sino para la transformación de la sociedad; donde la crítica y la autocritica sean duras, pero donde haya también ayuda mutua e intercambio de conocimientos teóricos y prácticos: lugares que prefiguren, en cierto modo, la sociedad del futuro”. Muchas gracias.



## **“Presencia de la mujer en las luchas sociales argentinas de principio de siglo”**

*por Prof. Dora Barrancos. (16-X-1997)*

Bueno, muchísimas gracias. Quiero agradecer a la casa, a las autoridades y al personal, la gentileza de haberme invitado esta tarde.

La perspectiva que yo quiero comunicar, - esto va a ser una charla horizontal y si hubiera preguntas serán muy bienvenidas- el tema que me he propuesto tratar, es la participación de las mujeres en el movimiento social en los primeros tramos del siglo XX. Pero para introducir la cuestión sería bueno recordar algunas circunstancias. En primer lugar, que las mujeres hemos estado presentes siempre, simplemente, y no podría haber negligencia u omisión hoy día, en la tarea de la historiografía, respecto de la participación femenina desde que el mundo es mundo. El mundo es mundo gracias a la participación de los dos sexos. De modo que la idea de la participación femenina a lo largo de los tiempos es hoy una obviedad. Lo que no fue una obviedad es el registro de esa participación, el reconocimiento de esa participación. Tanto los hechos cotidianos anónimos como los más expectables públicos, han quedado en una especie de cóncavo opaco porque ha habido una persistencia, por lo menos historiográfica, en no significar debidamente la participación de las mujeres.

En todos los procesos, incluidos desde luego los revolucionarios, aquellos que alteran el orden, se reconoce su firme presencia. En uno de enorme trascendencia y más cercano a nuestro tiempo, la Revolución Francesa, las mujeres han estado presentes de manera muy particular. Es sobre todo en los momentos de ruptura y de crisis de las sociedades que cobra especial significado la actuación femenina. Luego, parece que hay algo así como una involución, un imaginario que las vuelve a someter a una especie de retaguardia de la sociedad restringiendo su papel.

El acontecimiento de la Revolución Francesa fue, pues, notablemente protagonizado por las mujeres. Ustedes deben reconocer algunos de los nombres, por ejemplo Olympia de Gouges que fue una figura extraordinaria, tal vez extemporánea por su radicalidad. Ella y muchas otras mujeres fueron creadoras o instigadoras de los clubes femeninos que, obviamente, son los primeros que se cierran durante el período del terror. La estridente voz femenina debió ser silenciada rápidamente, cercenada o limitada. El terror cobró muchas víctimas entre las mujeres.

Este episodio contrasta con una inflexión del reconocimiento de su participa-

ción en los momentos posteriores a la Revolución Francesa, una inflexión de tal magnitud que hizo sobrevenir un código como el del ilustre Napoleón, que volvía a colocar a las mujeres en un reducto doméstico; la arena pública les fue limitada, los derechos civiles casi inexistentes, a pesar de la promesa revolucionaria, y los derechos cívicos para nada considerados.

De modo que, ya para introducirnos en una etapa muy contemporánea, al fragor del enorme movimiento económico y social producido por la segunda revolución industrial, vuelve a haber una visibilidad mayor de la participación femenina, ya que las mujeres constituían una parte esencial de la polea productiva relativamente visible en el registro sociológico del período. Su condición tuvo gran significado para el capitalismo y no hubo cómo omitir su importancia; es evidente que sin la fuerza de trabajo femenina, sin la concurrencia de menores, no hubiera podido haber la enorme capacidad acumulativa de ese período de expansión capitalista.

De modo que aparece a mediados de siglo, antes de la segunda revolución industrial, una manifiesta problematización de la condición femenina. El socialismo utópico ya se ocupaba de la situación al punto que en algún momento se pensó que fue uno de los utopistas quien inventó el concepto de feminismo. Hoy sabemos que no es así. Pero esta mayor problematización de las mujeres tuvo también a un inspirado liberal del que hoy hasta tenemos nostalgias, John Stuart Mill que, como ustedes saben, hizo una magnífica defensa de la situación femenina. Su libro de alguna manera volvía a tomar algunas percepciones de un gran amigo de la causa de las mujeres durante la Revolución Francesa, Condorcet, cuya visión es tan notablemente moderna que todavía nos sorprende. Condorcet declara que si no hay mejoramiento de la condición femenina no habrá sociedades libres, y por lo tanto pide la incorporación cívica de las mujeres, el derecho a elegir y ser elegidas, cosa que retoma John Stuart Mill. El texto de Mill aparece hacia 1869 y un poco más tarde - en la década siguiente - aparece otro texto memorable, que tuvo millares de ejemplares reproducidos, del socialista Bebel, "La Mujer bajo el Socialismo" que obtuvo mucha más circulación que los textos canónicos del marxismo.

Debe pensarse en la cantidad de trabajadoras que se desempeñaban en manufacturas e industrias penosas, en especial la industria textil. La trabajadora textil es una de las que más ha convocado sentimientos de consideración por parte de quienes estaban dispuestos a levantar las banderas reivindicativas del proletariado.

Ingresamos ahora a la Argentina contemporánea. Como todo el mundo sabe, es una Argentina que no solamente inaugura nuevas poblaciones, etnias multiplicadas, sino nuevos factores de producción, entre ellos, el proletariado. Y aquí entramos de lleno en lo que quería transmitirles esta noche.

Ya antes de la virada del siglo, el término feminista circulaba en Buenos Aires, lo que pone en evidencia un tono de modernidad notable. No en todas las sociedades latinoamericanas tenía igual resonancia el concepto. Aparentemente, habría tenido su primera instalación gracias a Hubertine Auclert y su periódico "La Citoyenne". Ella era una entusiasta militante muy ligada al movimiento de las mujeres francesas a fines del XIX, momento en que se vive una ebullición de todo orden, una ebullición social, cultural, con significados diversos, que alargan la mirada hasta los tramos más íntimos de la conducta humana.

Es en Francia donde efectivamente, tienen mayor raigambre algunas perspectivas que después van a tener senderos diferentes, como la eugenesia, que reclama, en el sector más radicalizado, el derecho que asiste a las mujeres de poner límite al número de los nacimientos y dentro de la cual se alistan algunas de las figuras memorables. Voy a citar a Paul Robin, anarquista, cuyas ideas son tomadas por el anarquismo local.

En "La voz de la mujer", que es el primer periódico femenino anarquista editado en el país en la última década del siglo pasado- felizmente la Universidad de Quilmes acaba de realizar su edición-, ustedes podrán observar en qué medida ya se instala antes del nuevo siglo un debate sobre los derechos de la mujer. En el caso del anarquismo, no se trata de procurar derechos políticos, porque como se sabe el anarquismo reacciona frente al orden jurídico e institucional, de modo que mal el anarquismo podría haber apoyado el derecho femenino al voto. De la misma manera el anarquismo no pudo haber apoyado ninguna ley pro divorcio pues parte de la base de que no hay ninguna necesidad de casarse mediante leyes. Su peculiar feminismo enraíza mucho, como una posición, que yo en algún momento he trabajado en el libro que escribí, sobre la reivindicación de una reforma doméstica, de una reforma de lo íntimo.

Desde luego, ha habido muchos problemas con los compañeros anarquistas, porque ahí hay ya una circunstancia que va a separar al anarquismo del propio socialismo. ¿Por qué? Porque el anarquismo siempre tuvo alguna dificultad para encontrar, para legitimar, lo que sería una propuesta feminista en sí. Siendo tan amigo de la causa femenina, siendo tan íntimo el lazo del anarquismo con la reivindicación de los derechos de la mujer, es muy difícil encontrar a las anarquistas diciéndose feministas, y no sólo acá. Eran muy ultrafeministas en aquello que tenía que ver con lo íntimo y rechazaba la idea de conciliar posiciones con los otros feminismos.

Veamos el feminismo socialista. También hay una urgente necesidad de reivindicar los derechos de la mujer por parte de los socialistas. Basta decir que algunas socialistas, aún sin derechos cívicos, se las arreglaron para tener algunos cargos



no poco expectables en sus comités. Voy a recordar apenas el caso de Justa Burgos Meyer que todavía a fines del siglo pasado llegó a ser una especie de secretaria del comité partidario del socialismo en la ciudad de La Plata. Justa Burgos Meyer era la mujer de Meyer que se tornó un paladín de la sindicalización docente en la Provincia de Buenos Aires e inclusive editaron una revista que se llamaba “La Educación”.

El caso es que Justa Burgos Meyer era docente y poetisa, absolutamente laica en sus posiciones al punto que, de manera provocativa, dedica una poesía a su hijo cuando nace, que se llama «El Bautismo», y ustedes ya pueden imaginar cuál es el bautismo que ella brinda a su hijo: un bautismo laico ya que sus ideas son racionales, opuestas a las creencias que sostienen el bautismo religioso. El caso de Justa Burgos Meyer es muy parecido al de Pascuala Cueto. Esta fue una mujer muy interesante, muy ligada al movimiento social docente. Exonerada del sector público bonaerense, por haber tenido posiciones independientes para la visión del supervisor del período, por sus ideas socialistas, destina toda su vocación a la gestión de una escuela muy importante en Morón, la escuela laica de Morón. Esta iniciativa duró mucho tiempo, como pudo, desde 1904 hasta más allá de 1910, auxiliada por las mujeres y los hombres del socialismo que hacia 1907 decidieron formar la Liga pro Educación Laica en donde las mujeres tenían un papel muy importante con Fenia Cherckof a la cabeza, María Spada, Raquel Camaña, para nombrar sólo algunas.

La escuela de Pascuala Cueto tuvo un desarrollo tan prominente que no eran pocos los visitantes, incluidos los extranjeros que iban a ver esa experiencia. Supongo que aun cuando usaran los mismos textos escolares, seguramente porque había allí una gran presencia de las ideas positivo-evolucionistas, la figura de Darwin fuera una figura central en la propuesta pedagógica de esa escuela. Era una escuela que pretendía ser ejemplar y tuvo un ciclo de magisterio destinada a preparar jóvenes que iban a dar exámenes a La Plata. Lamentablemente, hacia 1908 la situación financiera fue ya insoportable, y por otra parte el socialismo hacia 1909 ya no intenta más competir con el Estado en materia de educación, de tal modo que en la década de 1910 cerró sus puertas.

Pero la presencia femenina en el socialismo era tan fuerte que ya había creado su propia sociedad de mujeres, es decir, las socialistas tenían mucho más resuelto que las anarquistas un camino propio, de modo que hacia 1904, dentro de la Unión Gremial de Trabajadores hubo una rama femenina, la Unión Gremial Femenina con figuras destacadas como Cecilia Baldovino, cuyo marido también era dirigente gremial en el período. El caso de Cecilia Baldovino es a todas luces, muy interesante, ya que debe sortear no pocos obstáculos con los hombres de las representaciones gremiales. No ha sido fácil porque, si las anarquistas podían sufrir

incomprensiones, estando en esa bisagra de ser una vanguardia de reivindicación femenina en lo íntimo, una vanguardia que reclamaba junto con los hombres la unión libre, - un asomo de libertad sexual de las mujeres-, significando una proclama fuerte de reivindicación doméstica, las socialistas -menos audaces en esto-, también tenían problemas con los varones.

Con todo, creo que el grupo de las socialistas tenía la posibilidad de una cierta autonomía con su asociación, y por otra parte tenía mejores posibilidades de llevar adelante algunas publicaciones. Recuerdo el caso de «Unión y Labor», que no era precisamente una publicación de corte feminista, a la manera en que hoy lo entendemos, pero era una publicación en donde se volcaban las iniciativas de las mujeres del socialismo. El grupo de «Unión y Labor» estaba encabezado por la propia hermana de Juan B. Justo, Sara Justo, y tuvo mucho que ver con la creación de una propuesta muy interesante, que tuvo alguna vida, “La casa del niño”.

Mientras tanto, las mujeres de la Liga pro Educación Laica se habían fijado como meta, hasta el cambio de óptica del partido, auxiliar las alternativas educativas para fortalecer la laicidad. A partir de 1909 el socialismo apoya por entero la educación estatal aunque criticando al estado cuando había que hacerlo, desde luego, denunciando lo que al socialismo le pareció en esos años, de manera muy obsesiva, la interferencia de la iglesia, a pesar de la promesa de laicidad que tenía nuestra escuela bajo la Ley 1420.

El socialismo (y esto se ve bien en las páginas de La Vanguardia) se empeñaba en denunciar cómo la iglesia se entrometía en la escuela, a pesar de que la escuela pública debía garantizar laicidad. Denunciaba especialmente la actividad parroquial de las escuelas católicas que eran algo así como un germen de dispersión de ideas racionales y laicas en aquel momento. Lo cierto es que nuestra educación se empeñaba en extenderse, en hacerse universal; fueron años en que hubo una conquista notable de matrícula escolar, sobre todo desde 1910 en adelante.

Las actividades socialistas se dirigieron, hacia el fin de la década, contando con Fenia Cherkof, a crear la Asociación de Bibliotecas y Recreos Infantiles, porque se advierte claramente que la mayor cantidad de chicos ya está en la escuela, pero ¿qué hacen en el momento en que los padres están trabajando, y los chicos vuelven de la escuela, y se encuentran sin control?. Pensando también en el agotador trabajo de las mujeres, que ejercen en buena mayoría una producción domiciliar, se empeñan en crear esta Asociación que tuvo una vida muy interesante durante los años 20, con mayores o menores recursos, con o sin subsidios del Concejo Deliberante.

Debe recordarse que era un momento en que el socialismo se empinaba en la

ciudad, había tenido una excelente elección en 1918, tenía un buen número de concejales. Las sucesivas elecciones en Buenos Aires no fueron tan notables como las del 18, pero el número de concejales socialistas, es muy sabido, fue siempre muy importante, aunque conteniendo fuertemente con los radicales. De modo que no fue difícil obtener subsidios del Concejo Deliberante para sostener la obra, desde que, la obra se hiciera fuera de los locales partidarios. El alquiler de los locales era muy costoso de todas maneras y, sin duda, eso amenazó varias veces la obra, hasta que cuando Fenia Cherkof muere al final de ésta década, el trabajo tiene menor impacto, se estrangula bastante, y luego viene el golpe de estado del 30. Los recreos y bibliotecas infantiles subsistieron pero no con la misma fuerza y alcance, no tuvieron ya el número de chicos que había tenido durante los años 20. Aquí está muy claro que, del lado del socialismo, hay un elemento fuerte que es propender a la mayor educación, hacer que el núcleo femenino tome las riendas para maximizar la propuesta educativa del Estado, llevarla a todos los sectores necesitados. Y desde luego, el socialismo promueve los derechos políticos de las mujeres.

El período que va desde 1910 a 1930 fue muy pródigo en asociacionismo femenino. Es evidente que dentro del socialismo se crean una serie de asociaciones que parecen competir entre sí, pero están de algún modo vinculadas. En otra perspectiva aparece la célebre Julieta Lanteri con su Partido Feminista Nacional; Alicia Moreau, por su parte, participa de otras organizaciones que también hacen sentir su apoyo a las mujeres. Hay otras personalidades importantes, como la doctora Paulina Luisi, quien se expresa en lo que atañe a la maternidad y la infancia, a la lucha contra la trata de blancas, para señalar algunas preocupaciones centrales en su acción. Son estos, años intensos; debe recordarse que en 1921 se hizo el primer simulacro de voto femenino.

Este momento ha sido muy interesante, porque está enmarcado en un fuerte momento de crisis social, de protesta. Se vive el climax de enero de 1919, que como ustedes saben, es un proceso muy severo de nuestro pasado. La Semana Trágica marca fuertemente a nuestra sociedad; están muy presentes los ecos y reflejos de la propia revolución rusa. Los sectores proletarios parecen asomarse a una coyuntura revolucionaria, y la Semana Trágica (piensan muchos entre ellos) es sólo un episodio de un proceso que va a terminar en una revolución como la rusa. Algo parecido a lo que había acontecido una década antes; en 1909- 1910, también algunos sectores esperaban grandes conmociones, sobre todo en el anarquista, y si uno lee bien a García Gilimón -un conocido adherente-, se va a ver que estaban esperando la revolución, que la revolución estaba casi tocándose con las manos. En 1919 vuelve a ocurrir este fenómeno. Tal es así que, pasada la Semana Trágica, durante todo ese año se vivieron tensiones; al año siguiente siguió habiéndolas y luego aparecen los episodios del sur del país. Hay una ola que si bien no dura muchos años, coincide con una efervescencia en el movimiento de mujeres, una

efervescencia que convoca la existencia de una gran cantidad de agrupamientos femeninos.

Hay una buena proporción de grupos que ya están pidiendo derechos políticos, de una manera mucho más explícita. Basta decir que la revista de Alicia Moreau, «Nuestra Causa», surgida al calor de los acontecimientos, refuerza el debate sobre derechos políticos. El problema del trabajo de las mujeres es, para mi gusto, todavía espinoso, en una y otra corriente. En general ya no nos sorprendemos cuando advertimos, tal como viene haciendo la rica historiografía que hoy tenemos en materia del estudio de las mujeres y estudio del género, que a nadie en este país le gustó mucho que las mujeres salieran de su casa a trabajar. Un poco parecido al sentimiento que tenían los trabajadores ingleses. Los trabajadores ingleses fueron siempre muy reticentes al trabajo de sus mujeres, a diferencia de los alemanes. El proletariado alemán parece haber sido menos reticente al trabajo femenino.

Diversas investigaciones muestran esa atmósfera de neurosis femenina en los sectores del proletariado, bajo la Inglaterra victoriana, que no era solamente problemática por lo que expresaba en materia de puritanismo sexual. Había algo más, entre lo que contaba la incomprensión de la capacidad femenina para el trabajo extradoméstico. A los críticos del período les llamaba mucho la atención esa tensión en la cultura doméstica, una enorme inestabilidad de las emociones. Entre esas inestabilidades, y hay una investigadora inglesa que lo ha mostrado, también estaba presente una neurosis imputable a una especie de sentimiento de fracaso en la vida doméstica que sentían las trabajadoras inglesas. Ese sentimiento de fracaso provenía de la compulsa entre el trabajo y la vida hogareña que evidentemente las frustraba porque no estaban acompañadas por una alta autorización de sus compañeros varones. Se muestra que a propósito de uno de los congresos internacionales obreros que había en el período, y de las exposiciones internacionales que se sumaron extraordinariamente hacia fin de siglo, cuando los representantes obreros ingleses volvían a Inglaterra, venían admirados de cómo además de trabajar tanto, las alemanas cocinaban tan bien, y sus mujeres lo hacían tan mal. No debe, evidentemente, adjudicarse a las pobres mujeres inglesas los problemas en su cocina.

Bien, en Argentina no vamos a encontrar una defensa a ultranza, una embestida fuerte para que las mujeres salgan a trabajar. Esto no es solamente una perspectiva que sólo se puede encontrar en la iglesia católica, no. Si se mira bien al socialismo, no caben dudas de que realiza una permanente defensa del derecho de las trabajadoras y las ayuda a organizarse. Las primeras organizaciones de mujeres trabajadoras se deben, según mi humilde óptica, más a las socialistas que a las anarquistas, y voy a decirles por qué. Porque los anarquistas todavía debatían entre organización y no organización, y los socialistas estaban convencidos de la organi-

zación. Las costureras fueron organizadas por las socialistas, por ejemplo. Hubo un movimiento autónomo, un poco anómalo si se quiere, como fue el de las lavanderas que ya en la década anterior se habían manifestado a propósito de la prohibición de seguir lavando la ropa en el Río de la Plata, porque tenían que ir a los lavaderos ahora habilitados en esta misma área del Archivo, que entonces se llamaba el Paseo de Julio. Hay razones para suponer que, si bien autónomas, los socialistas pudieron asesorar a las lavanderas.

Lo mismo ha ocurrido en la Boca; conocemos que ya en la década de 1880, hay mujeres organizadas y por supuesto que hay anarquistas entre quienes se organizan, pero creo que inicialmente la idea de formalizar organizaciones es más fuerte entre las socialistas que entre las anarquistas, que recién van a encontrar una idea firme para la organización, cuando se convencen de su necesidad y esto ocurre en los primeros años del siglo.

Pero volvamos a la cuestión del trabajo. No se encuentra una profusión de fuentes que nos digan que había una gran iniciativa de hacer que las mujeres salieran de sus hogares a trabajar. No las vamos a encontrar. Además, el tema redundante del período, la obsesión del momento es el problema de la salud de las mujeres trabajadoras. Esto es muy obsesivo y por otra parte muy pertinente, porque las mujeres trabajadoras perdían la vida trabajando 14, 15 y más horas. Ese síntoma de la sociedad, ese síntoma ominoso, que obligaba a aquellas mujeres a exponer la maternidad por tener que trabajar, se va a registrar durante mucho tiempo, aún con una mejoría paulatina de las condiciones laborales. De hecho, los socialistas tenían bibliotecas y máquinas de costura, dentro de los mismos recintos para mejorar las habilidades de las mujeres, eventualmente mejorarlas para el mercado, pero sobre todo para la vida doméstica.

Aquí hay una cuestión interesante y paradójica. Hay una defensa a ultranza dentro de los socialistas que es de todos conocida en materia de derechos de las mujeres respecto de las malas condiciones laborales, y por supuesto del anarquismo, pero hay un relativo freno a que eso se establezca: si las mujeres se pueden quedar en su casa, es mucho mejor, dicen los higienistas de toda clase, tanto en el campo más progresista, por así decirlo, en el campo que expresa cierta vanguardia reformista y en el otro campo, en el campo católico que también muestra, desde luego, mayores reservas respecto del trabajo femenino. El trabajo femenino en todo caso, es una situación emergencial, hay que hacerlo por necesidad, pero si se puede evitar, mucho mejor. Esta ha sido la tónica, yo diría constante, a lo largo de este siglo.

De modo que, desde el punto de vista del anarquismo, hay una tendencia, como ya he dicho, a reivindicar mucho más derechos que tienen que ver con el

orden doméstico y con la privacidad. El derecho a la contracepcionalidad, marca una diferencia con las socialistas que nunca se embarcaron en esa materia. No se verá a las socialistas en nuestro país, y raramente, salvo las noruegas y las suecas, y algo a las alemanas, embarcarse en propósitos contra natalistas. En general, las socialistas no asistían a los congresos de los llamados neomalthusianos que se hicieron con cierta regularidad a partir de principios de siglo. Pero estaban muy decididas en materia de derecho cívico de las mujeres, y en alterar, desde luego, el Código Civil. De modo que tenemos un panorama hasta los años 30, en que el sector de vanguardia femenina tiene algunos motivos, algunos objetivos que difieren entre sí.

Desde luego el gran motor común es la cultura de las mujeres, compartían la gran receta del período: elevar la cultura femenina, receta por supuesto aplicable a todo minusválido en el período. La educación y una mayor cultura, harían que las mujeres dejaran la ignorancia, la superstición, los hábitos de llevar -como creían unos y otros-, a los maridos y a los compañeros a hábitos conservadores de vida. Muchas veces se imputó a la mujer, aún en estos campos tan progresistas, el hecho de que las manifestaciones más conservadoras, la permanencia de las religiones, se debía a las propias mujeres. Hay una impugnación a las mujeres en todo esto, de modo que para sacarlas de posiciones conservadoras, la receta fundamental era la educación. En esto ambas corrientes estaban totalmente de acuerdo, porque la cantidad de equipamiento, repertorios y modelos de actividad cultural fueron notables en los dos grupos.

Ello contrasta con otra corriente que emergió dentro del movimiento social proletario del período, el llamado «sindicalismo revolucionario», una tercera posición dentro del sindicalismo que comienza a crecer desde 1904 en adelante, que se torna mucho más empujado en 1915, con una cierta inflexión en ese momento que yo llamé de gran eclosión y de una posibilidad revolucionaria en 1919. Su definitiva afirmación tuvo lugar en los años 20. Someramente diré que esta corriente creía en el núcleo sindical para vencer al capitalismo y a la burguesía. El reducto, la escuela de la lucha era el sindicato y descreía, absolutamente, en los intermediarios políticos. Bueno, esto remite a lo que se llama el sindicalismo de «acción directa» de origen francés, en donde hubo un cierto acoplamiento de visiones del anarquismo y del marxismo. Algunas ideas de Marx fueron recogidas por Sorel que no es el propulsor pero fue un activo ideólogo del llamado sindicalismo de acción directa. Sorel no cree en los intelectuales intermediando la clase ni en los políticos, sólo cree en la vocación y en la voluntad pedagógica que para la clase tiene el sindicato.

Esta corriente se opuso tan tenazmente como el anarquismo y mucho más que el socialismo al orden capitalista, pero esta rara combinatoria de creer que todo intermediario era ominoso para la causa, significó que a la larga o a la corta comen-

zara a entenderse de manera directa con el Estado y solicitara a éste la mediación en el conflicto. Esto es todo una tradición en nuestro país que tiene largas raíces. La mediación del Estado no comenzó durante el peronismo, sino en los años '10; baste decirles que la huelga de 1916, de los marítimos -que fue muy importante-, tuvo la mediación del gobierno radical, y para hablar de alguna otra huelga digamos que en 1919, la de telefónicos, tuvo la mediación directa del propio Hipólito Yrigoyen. Esto fue una circunstancia común en el período.

El problema de esta corriente era que no había mujeres sindicalizadas, de modo que al sindicalismo revolucionario le faltaba la mitad de la clase; en la clase están representados hombres y mujeres, la clase obrera tiene en partes iguales hombres y mujeres. Pero como las mujeres no estaban sindicalizadas -las mujeres que se sindicalizaban se contaban con los dedos de la mano-, y además la propia gestión del sindicato no hacía posible su presencia, y no quiero decir con esto que los sindicalistas de aquel período fueran misóginos, porque sería un anacronismo, sino que no estaban atentos a esta cuestión- su propuesta las excluía.

De modo que sin mujeres, le faltó vigor y extensión al proyecto cultural del sindicalismo, mientras que las otras fuerzas sí reunían fuerza y alcance. Baste señalar que el sindicalismo tenía dificultades para armar sus cuadros filodramáticos porque contaba con escasa presencia de mujeres, al punto que tenían a menudo que contratar artistas o cuadros. Mientras que las otras dos corrientes, tanto el anarquismo como el socialismo, podían muy bien contar con un repertorio de mujeres habida cuenta la nutrida militancia de las anarquistas y las socialistas. Yo diría que esta tendencia de soledad masculina ha sido permanente dentro de la tradición sindical argentina y todavía es una asignatura pendiente la participación de las trabajadoras.

Me gustaría decir que también ha habido movimientos convocantes de mujeres que estaban lejos de usar el título de feministas (en los años 20 no era común en algunos sectores, asumirse como feminista, aunque ese feminismo tuviera problemas de autorización conceptual). Dentro del catolicismo y de otras vertientes no precisamente muy allegadas a la causa del proletariado, como la Liga Patriótica Argentina, había un movimiento de mujeres. Esta última se empeñó en combatir las ideas socialistas y anarquistas y como se sabe tuvo un comportamiento por entero reaccionario. Quiso competir con el mundo obrero con una propuesta de educación y hasta de capacitación femenina. La Liga Patriótica tenía un segmento de mujeres ya que Carlés, su reconocido líder, era aplaudido por ciertos grupos sociales de elite y tenía algunas seguidoras en éste y en acotados sectores productivos, en especial los servicios. Tal es el caso de la telefonía donde se proponía, a través de las mujeres que sostenían la Liga Patriótica, ofrecer educación y capacitación.

No podemos ignorar que esto existió. De hecho, el avance que ha hecho la historiografía del género en estos años, ya implica que tengamos en consideración a las mujeres de todos los segmentos, de todas las posiciones ideológicas, de todas las capillas. Y esto porque en la discusión actual, y con esto voy a terminar, sobre si las mujeres efectivamente tuvieron sólo un recinto cerrado, como era la vida doméstica e íntima, lo que a menudo se llama la esfera privada, y para los hombres lo recurrente era la vida pública, la sociabilidad abierta, el poder llevar al plano público lo íntimo, parecería que las cosas no fueron tan radicales así como las colocamos. Ha habido una participación en la arena pública de las mujeres, aún de aquellas mujeres que, efectivamente, estaban arraigadas a propósitos confesionales, a una vida religiosa o adherían a valores religiosos que la llevaba al ejercicio de la beneficencia. Aún ahí hay un movimiento en la arena pública de las mujeres, hay gestión pública, y entonces esto conmueve a aquellas teorías con las que se iniciaron los estudios de género, que aislaban los dos ámbitos, esfera privada y esfera pública, de manera irreductible.

En los Estados Unidos, los dos grandes partidos tenían una cierta articulación con el plano doméstico, y allí también se puede ver cómo la influencia de ciertos valores femeninos se hacía sentir en la arena pública. El movimiento benéfico en general, que se produjo como un paliativo a la cuestión social y que apareció mientras crecía la protesta y la reivindicación obrera -forjando la morigeración reformista a través de aparatos benéficos-, significó, paradójicamente, que las mujeres se comprometieran en lo público; y estas agencias reformistas benéficas, significaron pujas de poder bastante enérgicas en algunos momentos, y sobre todo, y con esto quiero terminar, en una apreciación del conjunto, trabajaban para resolver problemas expuestos por el movimiento social, por la vanguardia de ese movimiento, el proletariado, acompañando sus reivindicaciones desde una perspectiva de defensa de los derechos de la madre y del niño la mayoría de las veces.

Ya encontremos a las mujeres en estos escenarios reformistas, asistencialistas, o en actividades decididamente sufragistas o abogando por la contracepcionalidad, hay algo que en ese momento resultó innegable y se introdujo precozmente en las reformas del Estado: las mujeres fueron precursoras del Estado benefactor. Cuando éste maduró plenamente, hacia 1950 en la Argentina, pudo verse que la larga participación de las mujeres en la agitación o en la contención, aportó modelos, tópicos y asuntos fundamentales para la acción del Estado, ya fuera porque generaron leyes de protección, a las mujeres, a los niños, a los trabajadores, o porque comprometieran una manifiesta amplitud en el campo de la educación, de la salud, de la previsión, etc

Finalmente, hoy día sabemos que es gracias sobre todo al feminismo activo, en cualquiera de sus matices y aunque vista el mero ropaje de «movimiento de



mujeres», que hay nuevos retos, nuevas demandas, nuevas posiciones y nuevas maneras de preguntarse sobre el pasado de nuestra condición. Es de esa dinámica femenina que brotan cuestiones para pensar qué ocurre con las mujeres y sus sociedades. Y no sólo para nutrir la historia sino todas las disciplinas sociales y humanísticas. Gracias a la activa participación de las mujeres en sus organizaciones y escudriñando sus propuestas, hay posibilidad de crear conceptos y armar perspectivas teóricas y metodológicas para indagarlas en el presente y en el pasado. Es todo.

## **“Pensamiento utópico y reformismo Borbónico”**

*por Dr. José María Mariluz Urquijo. (30-X-1997)*

Agradezco las amables palabras de presentación, y agradezco también la oportunidad de hablar en este sitio en donde se encuentra, cito al Argos, el más precioso tesoro de Buenos Aires, es decir el depósito de su memoria colectiva.

Es obvio que el programa reformista de la Ilustración no fue pensado de una sola vez, sino que se fue formando a lo largo de los años y que antes de ser llevado total o parcialmente a la práctica se expresó mediante el doble juego de críticas a la situación existente y de propuestas para un nuevo orden que se estimaba preferible. Se dio así un largo período explicativo en que los ilustrados puntualizaban errores, abusos y defectos con la mira de persuadir a las conciencias de gobernantes y gobernados, de la imperiosa necesidad de introducir cambios en la sociedad, en la economía, en la administración.

Esas observaciones al régimen vigente siguen generalmente alguno de tres posibles caminos, el primero es el de la crítica frontal que cuestiona en forma explícita determinada institución y expone las razones que existen para que se la modifique. No es un camino fácil, pues la sacralización de la figura del Rey, sumo legislador, y el endurecimiento del Estado absolutista que se produce en el siglo XVIII, no eran factores como para estimular la abierta censura a la legislación vigente o a soluciones que gozaran del favor oficial. No se suprime la posibilidad de reclamar contra leyes dictadas con obrepción y subrepción, ni de informar mejor a la Corona para que derogue alguna norma ya dictada, ni la de acudir al remedio heroico de acatar y no cumplir. Pero la doctrina redobla sus exhortaciones para que el vasallo respete estrictamente la voluntad del Príncipe sin detenerse a interpretarla o a formularle reparos.

La incorporación de algunos ilustrados a la burocracia estatal y el saber que ciertos ministros o que el propio Rey, miran con simpatía algunas reformas contribuyen a alentar una mayor audacia en la crítica, pero éstas siguen limitadas a la franja de lo que se sabe o se presume que el Estado está dispuesto a aceptar, franja de imprecisos contornos pues depende de la variable integración de las secretarías del despacho y de las vacilaciones, avances y retrocesos de quienes tienen la responsabilidad del gobierno. Quien elige el camino de la crítica directa sabe que debe tomar ciertas precauciones para no tropezar con la autoridad, sabe que si hay áreas sobre las que puede opinar sin peligro, por ejemplo sobre leyes antiguas heredadas de épocas a las que el siglo de las luces considera menos ilustradas, existen otras

zonas en las que debe proceder con sumo tacto y otras a las que debe evitar acercarse como si fuese un precipicio.

Con el correr del tiempo se acrecienta el número de temas sobre los que puede discurrirse con libertad, pero todavía a fines de la centuria encontramos hombres como el Prior del Consulado de Buenos Aires, Martín de Alzaga, que cree necesario acotar más cuidadosamente el terreno en el que pueden moverse los críticos expresando que solo debería permitírseles reflexionar sobre el bien común “dentro de lo que prescriben las leyes del Estado en que viven, pero excediendo, sus discursos absolutamente son prohibidos y dignos de recogerse”.

Otra vía, seguida por los que eludiendo el comprometedor enfrentamiento prefieren acudir a un ataque oblicuo, consiste en oponer la normativa iusnaturalista -a la que todos conceden superioridad sobre el derecho positivo- con las disposiciones o situaciones a las que se desea objetar. Al señalar la discrepancia, se reclama tácita o expresamente que la ley o los hechos que están en contradicción con el derecho natural sean modificados. Por ejemplo, un escrito de la sexta década del siglo XVIII de inocultable procedencia jesuítica referido al Tratado de Permuta de 1750, expresa que Fernando VI no puede haber dado a los Guaraníes la orden de abandonar sus pueblos para entregarlos a los portugueses. O que si la dio es porque no estaba suficientemente informado, pues no es concebible que tan piadoso Rey hubiese querido violar el derecho natural y de gentes quitándoles lo que era suyo, castigándolos sin delito y quebrantando la palabra empeñada de no enajenar pueblo alguno de América. Puntualizar así la pugna entre el derecho real y el natural es una socorrida vía de ataque a disposiciones que se estiman nocivas.

Y por último una tercera forma de crítica sobre la que ahora quisiéramos detenernos un poco más, es la de elaborar creaciones utópicas al modo de la obra de Tomás Moro que dio nombre al género.

En el siglo XVIII, se acentúa el gusto por esos cuadros que parecían reflejar una realidad al exponer proyectos más o menos hacederos. La vena reformista y planificadora del siglo se complace en diseñar estos modelos ideales, que constituyen casi un principio de ejecución, una manera de objetivar el proyecto viendo como puede ponerse en práctica. De explicar a lo vivo como frente a ciertas medidas desaparecerían el dolor, los vicios y los males que aquejan a nuestra vida cotidiana. Para lograrlo se requiere un distanciamiento en el tiempo o en el espacio que lleva a esa ninguna parte donde puede construirse el mundo ideal. Podrá escogerse un pasado mítico como el del Telémaco de Fenelón, o un futuro lejano como el año 2440 de Mercier; pero si se elige el presente, será indispensable buscar el alejamiento recurriendo a lugares ignotos, a mundos apartados donde el autor puede elaborar su país sin riesgo de contaminaciones de la realidad actual. Ese aisla-

miento necesario para el perfecto funcionamiento del proyecto, induce frecuentemente a pensar en una isla, accidente geográfico que permite conseguir la desvinculación de la vida actual, el toque virginal que tiene todo mundo utópico antes de ser descubierto. El mar circundante contribuye a aportar el misterio y fantasía que suelen caracterizar al relato utópico, y obra a modo de barrera que impide contactos y aculturaciones que hubieran desvirtuado la pureza del mundo descripto.

La utopía dieciochesca está un poco en la línea fantástica del sueño del barroco, pero describe un mundo algo diferente. La palabra sueño, dice Cvitanovik, evoca un clima difuso, alejado, sombrío, carente de consistencia; la utopía en cambio suele ofrecernos un mundo bien perfilado, precisado, creado a la manera de una perfecta máquina en la que todas las piezas están coordinadas de modo de cumplir el plan pensado por el maquinista. La irrealidad es limitada, pues al autor no le interesa desbordar fuera de las fronteras de su mundo, sino enmascararse apenas para explorarlo a fondo, la imaginación no es una manera de escaparse de la realidad, sino de aprehender mejor el universo en el que se vive. Los protagonistas podrán ser animales, como en los viajes Wanton, pero son animales que obran como personas y nos bastaría hacer abstracción de su naturaleza simiesca para sentirnos rodeados de nuestros semejantes. Parece que se hubiese echado mano de lo quimérico con el solo fin de auxiliar a ver mejor la realidad.

El utopista, siente la necesidad de deformar un poco, no mucho, nuestro entorno para evitar el riesgo de que el hábito nos impida percibir lo cotidiano, lo que no registramos de puro conocido. Además, el filósofo ilustrado gusta abandonar el europeísmo tradicional para asomarse a otros paisajes más lejanos, en los que advierte aspectos positivos que pueden parangonarse ventajosamente con el Viejo Mundo.

Hay un manifiesto empeño en demostrar que la razón no es privativa de un grupo social o étnico, sino patrimonio común de todo el género humano sin excepciones de época o lugar. Si se trata del derecho, se minimiza con desparpajo la trayectoria romanista de occidente y se exaltan otros sistemas jurídicos que parecen más cercanos a la razón natural. Lardizabal y Uribe elogia las leyes incaicas, Marcos Burriel piensa en las virtudes de las leyes del extremo oriente y agotado el mundo conocido es natural que no falte quien parta, de buen grado, hacia utopías en busca de nuevos horizontes que confirmen la universalidad e inmutabilidad de la razón.

Se emprende un largo viaje, se enfrentan mil incomodidades y riesgos para llegar, pues, a la conclusión de que nuestras posibles diferencias son puramente accidentales, y nuestros problemas comunes. Y de que soluciones pensadas para

una situación alejada en el tiempo y el espacio, son fácilmente transferibles al aquí y ahora.

De ese modo, se dan las condiciones para que los ejercicios utópicos puedan ser considerados como dechados válidos, y de que sus enseñanzas puedan ser perfectamente comparables a las de un tratado de política. A veces, sus autores confiesan claramente su propósito pero, aunque la intención no sea claramente explicitada a los contemporáneos no se les oculta ese carácter de modelo, o de expresión de deseo que suele tener el texto utópico. Cuando el Padre Fernando de Ceballos, por ejemplo, es llamado por la inquisición a opinar sobre *L'an 2440* de Luis Sebastián Mercier, destaca con razón en su dictamen que el libro incriminado no pronostica lo que sucederá, sino que desea y proyecta lo que procura que suceda, y que sus páginas representan sus votos y no algunos sueños. Es que toda propuesta utópica implica una comparación entre lo real y lo ideal, y una transparente insinuación dirigida a forzar la opción del lector a favor del último término.

Los utopistas no suelen detenerse demasiado en relatar la historia de sus invenciones. Desdeñado el devenir histórico se llega de golpe al modelo ideal creado racionalmente, en donde el utopista clava el ancla sin dejar la posibilidad a que una nueva evolución pueda echar a perder lo que ha llegado a su óptimo punto de perfección. No hay pasado ni futuro, solo un presente en el que se han concretado felizmente todas las aspiraciones del autor, hasta se ha suprimido la proyección hacia delante implícita en todo plan de reforma, y al darlo por hecho se elimina la noción de temporalidad. Pero si por un lado, se percibe una deliberada intención de prescindir de la historia, toda la construcción rezuma historicidad, dependencia de la circunstancia política, económica, social en la que fue concebida. La historia expulsada del cuadro se cobra con creces, imponiendo su presencia a la hora de caracterizar la isla, la ciudad, la región de utopía. Como la imaginación tiene sus límites, el autor nunca consigue escapar del todo del mundo en que vive y consciente o inconscientemente refleja sus contornos, sus aspiraciones, las ideas y los hechos que preocupan a sus contemporáneos. Cada utopía resulta así datable y se vincula, ineludiblemente, a una realidad a la que el utopista pretende reformar.

En el universo racionalmente organizado que es toda utopía, al derecho le toca cumplir el rol fundamental de ser el elemento ordenador del conjunto, el encargado de velar porque todo funcione de conformidad a lo previsto por el autor, y de reprimir cualquier desviacionismo del orden ideal, ya que contrariar ese régimen perfecto sería el peor de los crímenes, el de la irracionalidad.

Aunque España fue menos pródiga que otras naciones en generar utopías, éstas no están ausentes del pensamiento español. Algunos viajeros y cronistas indianos, principalmente el inca Garcilaso de la Vega, no podrían ser considerados

utópicos pero sirvieron de fuente a escritores utópicos y en el siglo XVIII se escriben algunas interesantes expresiones de este género tan popular en otros países de Europa. Es muy probable que el latacungués Ignacio Flores presidente de la Real Audiencia de Charcas, fallecido en Buenos Aires en 1786, no sea el autor de los viajes de Enrique Wanton al país de las monas como se ha venido sosteniendo por varios autores, pero aunque la mayor parte de la obra sea debida a una pluma extranjera no parece dudosa la intervención de un español en los últimos capítulos destinados a satirizar modas o costumbres típicamente hispanas, como por ejemplo las corridas de toros.

Algunos de los capítulos abordan temas de derecho penal que preocupan hondamente a los contemporáneos: el castigo del hurto doméstico, las leyes que al penar de igual modo al ladrón que al homicida empujan al delincuente a quitar la vida a su víctima para evitar ser descubierto, la cuestión de la pena de muerte y de los argumentos que se estilaba esgrimir a favor o en contra de su implantación.

No hace muchos años, fue encontrada entre los papeles del Conde de Campomanes una inédita utopía del siglo XVIII titulada Sinapia "perfectísima antípoda de España», que ha sido luego objeto de dos ediciones. El anónimo autor aborda el tema del derecho desde una óptica ilustrada. Todos los sinapienses conocen a la perfección las leyes, pues las han estudiado de memoria, lo que no ofrece gran dificultad, pues son breves y claras, y cada vez que se agrega una nueva ley se procura quitar otra para no aumentar su número.

La ley se limita a mandar y prohibir sin detenerse en impertinentes motivaciones y si algo fuera dudoso, el senado se encarga de interpretarla en cada caso. Las doncellas solo aceptan a sus pretendientes después de haber recibido la conformidad de sus padres; la administración de justicia es rigurosa y rápida, no dan tormento porque juzgan esta prueba por inhumana y dudosa, nadie puede innovar cosa alguna y solo el príncipe, con anuencia del senado, puede admitir nuevas costumbres.

El periodismo, que por vivir más intensamente la actualidad suele reflejar las modas literarias, no podía ser ajeno a la utopía. Dentro del elenco periodístico español del setecientos representa un papel protagónico «El Censor», publicado por los abogados García del Cañuelo y Pereyra entre 1781 y 1787, con algunas interrupciones motivadas por la censura. En la línea del Spectator de Addison, El Censor asume una postura combativamente reformista que le vale algunos encontronazos con un sector del mundo oficial, pero también la protección de personajes altamente colocados, que mirando su prédica con simpatía lo alientan a seguirla.

Dentro de la diversidad temática de El Censor domina la crítica social que

reviste la forma epistolar, el diálogo o el discurso, y que a veces, elige el terreno utópico para mejor expresarse. En el discurso cincuenta, el autor se refiere a un valle poblado de personajes alegóricos: la economía, la vinculación, la indolencia, la nobleza, la ignorancia, y a través de estos símbolos opina con libertad sobre cuestiones que interesan vivamente a las minorías ilustradas de su tiempo. Unos pocos números después, mediante una mágica lente que permite develar las apariencias engañosas y penetrar en lo más hondo de lo observado, analiza el lenguaje bárbaro de muchos letrados y la sobreabundancia de citas que tornaba fastidiosa la lectura de los escritos jurídicos, anticipándose así a las críticas que expresarían años después José de Covarrubias y Vicente María de Tercilla, el anotador español de Muratori.

Otros números de *El Censor*, nos hablan del país de los Aiparcontes, ubicado en las tierras australes incógnitas y a la isla de Cosmosia entre cuyos habitantes reinaba el mayor desorden y se regían por una maldita legislación. En la estela del *Censor* aparecieron otros periódicos que aprovecharon la popularidad o curiosidad que aquel había logrado suscitar con sus escritos y con las controversias en las que se vio envuelto. Uno de ellos es el «Corresponsal del *Censor*», publicado por Manuel Rubin de Celis entre 1786 y 1788, en el que aparecieron unas cartas referentes al relato de un viajero que, empujado por una tormenta, ha debido refugiarse en una isla hasta entonces ignota según los más clásicos modelos del género. Sus habitantes estaban racionalmente organizados y por lo tanto su régimen difería diametralmente de la Cosmosia referida por *El Censor*. En la mente del editor, las noticias más que servir de puro entretenimiento debían proporcionar una base para la reflexión, o como él mismo dice: «para filosofar un poco».

No obstante que el siglo XVIII se interesa vivamente por la naturaleza como objeto de estudio de las ciencias naturales o como productora de riqueza, este relato prescinde del mundo natural centrando la atención en el hombre y de éste destaca especialmente su razón que lo libera de supersticiones, o de las asechanzas del subconsciente. Para lograr una buena formación del joven, no se le habla de agorerías, sueños, ni horóscopos y si se quiere convencer al público de la conveniencia de la vacunación, se recurre a escribir varios tratados científicos que lo demuestren, confiándose así en el valor persuasivo de la ciencia sobre la razón humana.

La higiene pública y la policía enderezada a mejorar la vida humana, son encaradas con un interés muy propio de la Ilustración, aire puro, hospitales alejados de la ciudad, régimen alimenticio basado en las verduras y en la eliminación del alcohol, caracterizan a la ciudad utópica. Concordantemente con la Real Cédula del 3 de abril de 1787, por la que Carlos III dispuso que se fueran erigiendo cementerios en lugares ventilados ubicados fuera de las poblaciones, nuestro relato expone que en la isla se estudió escrupulosamente prohibir la sepultura en los templos, pero

que aún continuaba el uso antiguo, ignorándose cuales eran las causas que impedían abolir de raíz abuso tan pernicioso.

Esta tensión entre progresistas y retrógrados isleños, tan parecida a la existente en la España dieciochesca, diferencian a nuestro relato de otros textos utópicos que prefieren diseñar un mundo en calma donde no existen opositores y heterodoxias. El corresponsal de *El Censor*, en cambio, agrega algún otro caso de contraposición entre los neciamente caritativos y los más ilustrados, y concluye con una impaciencia muy propia de la mentalidad ilustrada, que es muy difícil desterrar un error cuando aparece patrocinado por el fanatismo, la ignorancia o el interés. De todos modos, reconoce a los isleños una cualidad que todo ilustrado hubiera deseado ver difundida, y es que en la isla los abusos no quedaban consagrados por el mero correr del tiempo.

En una España lanzada a las reformas, pero reacia a los extremismos, en la que se balancean la repugnancia a destruir todo lo existente y el individualismo que socava viejas instituciones, son muchos los que no se deciden a suprimir del todo a la nobleza sino que preferirían condicionarla y recortarle atribuciones desmedidas. En la isla solo existe la nobleza de carácter personal y no hereditario, para los que se han destacado por méritos literarios o militares, o por haber inventado algo útil. El trabajo es una obligación y un derecho para todos, y el que se niega a hacerlo es encerrado en un establecimiento donde se le fuerza a ganarse su sustento.

Una comisión acaba de redactar un código elogiado por todos, y de las leyes viejas solo se mantienen las que son aplicables al momento presente. El sistema comprende leyes claras y simples, y paralelamente a la prohibición española de 1776 de que nadie glose las leyes de Indias, en la isla no se permiten los comentarios o interpretaciones que tornarían capciosa y oscura a la legislación. En ninguna otra parte, mejor que en un país de utopía, podía compartirse esa tan generalizada como utópica creencia dieciochesca en que las leyes racionales no necesitaban del auxilio del intérprete, y de que la labor de éste constituía casi una ofensa a la majestad del legislador.

A diferencia de otras utopías que expulsaban de la República a los abogados, en la isla se les admitía con la limitación de que no hubiese más de un abogado y un escribano por cada 4.000 habitantes. Por esos mismos años, el licenciado José de Covarrubias proponía también establecer un número fijo de abogados que no excediesen a los que fuesen precisos para el despacho de los pleitos, y recordaba que ya Pedro Rodríguez Campomanes se había preguntado si no convendría restringir su número.

El derecho penal era seguramente la rama del derecho más necesitada de



actualización, por ser mayor que en otros casos la distancia que separaba a las leyes vigentes de las creencias sociales del hombre del setecientos. Nuestro relato apunta que el viejo Código Criminal era “como todos los de nuestra Europa, cruel e inhumano”, y había debido ser reformado. Naturalmente no podía estar ausente del relato la cuestión de la tortura, de la que ha podido decirse que dio origen a la más importante polémica española dieciochesca en el ámbito jurídico.

Planteado el problema por un escrito pionero de Feijóo, los ánimos se habían ido encrespando más y más, y para el momento de la publicación de nuestra utopía, Pedro de Castro máxima figura de los tormentistas, acababa de impugnar a los editores de *El Censor* por su postura favorable a la abolición del tormento. El corresponsal de *El Censor* no alude expresamente a la polémica, pero toma partido por los abolicionistas, quienes sin haber llegado a conseguir la reforma de la legislación gravitaban en la opinión pública y en la conciencia de los jueces, ocasionando de hecho una disminución de los casos en los que se recurría a ese arbitrio judicial.

Nuestro anónimo autor, después de esgrimir los mismos argumentos que solían invocarse para rechazar el tormento, relata que la comisión redactora del nuevo código de la isla había propuesto la desaparición total del tormento, lo que fue aprobado por una Asamblea General.

Desbordando el terreno de los especialistas la pena de muerte había pasado a ser tema de meditación de todo hombre culto, interesado en reformular las instituciones vigentes de acuerdo a las luces del siglo. Algunas veces, algunos se preguntaban si la ejecución del reo, no era una de aquellas penas crueles heredadas del vituperado medio evo, y rechazada por el espíritu filantrópico propio de la Ilustración. Otros, valorando la cuestión desde el punto de vista de la eficacia, creían que más intimidaba una pena prolongada que otra dura pero breve, y en 1776 hasta el mismo Carlos III había exhortado al Consejo a que “considerase si la pena capital, que se va desterrando de algunos países cultos, se pudiera conmutar en otro castigo de duración para que fuese más permanente el ejemplo”.

Nuestra utopía toma por el camino medio, ya transitado por Manuel de Lardizabal y Uribe en 1782, en el sentido de conservar la pena de muerte para casos graves, -homicidio y traición-, y suprimirla para delitos menores. El caso del hurto doméstico había sido reiteradamente debatido en España. Sempere y Guarinos explica que con motivo de la pena de muerte con que los castigaba la pragmática de 1734 representaron la Sala de Alcaldes y el Consejo, que por ser excesiva ni los robados se atrevían a denunciar a los ladrones, ni los testigos a declarar la verdad, consintiendo más bien en gravar sus conciencias quebrantando el juramento, que en ver condenado a nadie a muerte por un delito que no tenían por tan grave, ni digno de semejante pena. En consecuencia, Felipe V derogó la pragmática y dispu-

so que los hurtos simples se castigasen con otras penas arbitrarias. La situación volvió a repetirse en época de Carlos III cuando en 1784 el rey pretendió renovar la pragmática de su padre, y el Consejo intercedió nuevamente con éxito para impedirlo.

El corresponsal de El Censor que seguramente conocía sus antecedentes, informa que en pocos años ahorcaron a varios criados que habían robado a sus amos, con lo que viendo éstos que su delación los hacía odiosos a todos, determinaron no denunciar a sus domésticos a la justicia, y así quedan sin castigo dichos delitos. Pero más tarde se redujo la pena del hurto a trabajar diez años en obras públicas, lo que determinó una notable disminución de delitos. A los que asaltaban casas o robaban en los caminos, castigados éstos con pena de muerte, destinaron los reformadores de la legislación isleña a trabajos rudos por veinte años “cuyos ejemplos vivos, públicos y permanentes, corregirían mejor que el horroroso y triste espectáculo de un hombre ahorcado y descuartizado, cuya moción es muy instantánea y pasajera”.

Otro sugestivo paralelismo se da con la pena de confiscación de bienes, condenada simultáneamente por la doctrina penal (Lardizabal) y por nuestro utopista.

Por una pragmática de 1786 Carlos III había resuelto, generalizando un privilegio del que ya gozaban los sederos, que no se arrestase por deudas civiles y causas livianas a operarios y artesanos, ni se les embargasen los instrumentos destinados a sus respectivos artes y oficios. En un todo de acuerdo con estas ideas que eran una expresión fiel del pensamiento ilustrado, nuestra utopía critica las viejas leyes isleñas que permitían la prisión por deudas de cualquier artesano y agrega que los redactores de un nuevo código suprimieron esa posibilidad fundados en la irracionalidad de presionar a un hombre para que pagase, mientras se le quitaba la facultad de procurarse la suma que adeudaba, y que yendo aún más allá, dispusieron que en adelante a nadie se aprisionase por deudas.

Otra forma de utopía fue la de recurrir a la evocación de lugares reales distanciados en el tiempo y el espacio, a los cuales se los idealizaba revistiéndose de atributos tales que los convertían en modelos de buen o mal gobierno, y a través de los cuales se intentaba la propuesta de una mejor organización social. Uno de esos lugares era la antigua Roma, o mejor dicho la imagen de una Roma depurada por devotos admiradores, que derivaban de ella una permanente lección para los hombres del siglo XVIII.

Una China más fabulosa que real, constituye otro escenario habitual de las utopías dieciochescas. Los misioneros, especialmente los Jesuitas, la habían idealiz-

zados llevados por su identificación con el lugar por donde ejercían su ministerio, o porque recogían versiones locales animadas de exageración patriótica.

Al producirse las querellas de las ceremonias chinas, algunos jesuitas inducidos por la necesidad de cohonestar su condescendencia con actitudes tachadas de idolátricas por sus adversarios subrayan aún más los aspectos positivos de la vida china, como el respeto hacia los antepasados o la veneración que sentían por la grandeza moral de Confucio.

Enciclopedistas y filósofos espigan luego en relatos de los misioneros, para componer una imagen aún más edulcorada de la China, a la que utilizan como un medio indirecto para exponer su propio programa reformista. Al elogiar aquel imperio imbuido de tolerancia religiosa o a aquella sociedad edificada sobre el reconocimiento de las virtudes de cada ciudadano, censuran tácitamente a un occidente dogmático en el que existen privilegios no fundados en el mérito personal. Y si ocasionalmente lanzan algunos dardos contra determinados vicios o defectos del celeste imperio, nadie ignora que el verdadero blanco es una Europa afectada por parecidos males. La obvia conveniencia de desviar las críticas de un régimen defendido, a un objetivo inerte que no produzca consecuencias enojosas, estimula estos ejercicios de escritura en clave a los que se sienten vigilados por la censura. Una conciencia colectiva más predispuesta a la autocrítica que al orgullo nacionalista, favorece estos paralelos y comparaciones en los que occidente no representa el mejor papel.

El mundo hispánico no permaneció ajeno a la orientación orientalista registrada en los demás estados europeos. El segundo tomo del Teatro Crítico del padre Feijóo, publicado en 1728, marca un hito en lo que España piensa de China. Afirma allí el benedictino, que se equivocan los que consideran a la China como sede de la barbarie, ya que según él su gobierno civil y político excede al de todas las demás naciones y sus habitantes son los más racionales de todos los hombres.

A partir de entonces, se generaliza la chinofilia en España y la moda de las chinoiseries lo invade todo. Asiáticos más o menos fantásticos aparecen por doquier, asomados desde los rincones de Salón de Gasparini, o suspendidos de la araña de porcelana del Palacio de Oriente, a la vera de las pagodas en la cerámica de Sargadelos, o en los abanicos de las damas. Jugando con esa imagen de mundo fabuloso que suele evocar la mención de China, algunos autores españoles eligen ese país para ubicar sus ficciones; así Juan Pablo Forner, puesto a satirizar a la familia Iriarte escribe "Los gramáticos". Historia chinesca, en la que Juan y Tomás de Iriarte figuran apenas disimulados bajo nombres chinos. Al hablar de Pekín se alude a Madrid, China corresponde a España, Japón a Francia y la lengua tibetana al latín. Para todos los contemporáneos resulta evidente que más que reflejar a un

Oriente auténtico, Forner ha concebido a éste como a un superficial aderezo para condimentar su sátira contra algunas costumbres de su tiempo.

La conexión del virreinato de nueva España con las Indias orientales mediante la Nao de Acapulco, explica la notoria presencia de China en Méjico. Pero también en América meridional, menos vinculada al Asia se advierte curiosidad por el oriente al menos entre las personas cultas y en las altas clases sociales un uso habitual de productos orientales de buena calidad—el té, las porcelanas, las sedas-, que parecen inseparables de una vida refinada.

A principios del siglo XVIII lo que se sabe de la China en el Perú, no alcanza todavía a despertar gran entusiasmo y en la equilibrada expresión del rector de la Universidad de San Marcos, Pedro Peralta Barnuevo, se la conoce como «el medio bárbaro y el medio docto imperio de la China» y durante algún tiempo sigue siendo sinónimo de lugar remoto y exótico. Pero en la segunda mitad del siglo y sin perder ese carácter exótico, la China va mejorando su imagen bajo el influjo de una bibliografía que le es cada vez más favorable. Los filósofos franceses tienen no pequeña parte en esa revaloración, por ejemplo Baquijano y Carrillo apoyándose en el abate Raynal, recuerda que cuando en China se registra alguna queja contra un mandarín, se le castiga si es culpable, pero queda destituido del cargo aunque sea inocente, pues es delito haber disgustado al pueblo y se le trata como a un director ignorante que priva al padre del amor de sus hijos.

Insensiblemente se ha ido pasando de la China neutra, enjuiciada objetivamente por Peralta que se esforzaba en encontrar lo bueno y lo malo, a una China modélica digna de servir de patrón al imperio hispano.

Volcado preferentemente hacia el Atlántico, el Río de la Plata solo tuvo contactos accidentales con el extremo oriente y salvo algunos casos aislados como el de un esclavo japonés que vivió en la Córdoba del siglo XVI o un escultor filipino en el Buenos Aires del siglo XVIII, albergó a muy pocos orientales en su suelo. Pero no por eso dejó de compartir el interés con el que todo Occidente miraba a China, y en el Río de la Plata dieciochesco tampoco faltan textos alusivos a una China de peregrina rareza que constituye un universo casi mágico, no regido por la lógica que preside a otras regiones y donde es posible imaginar las cosas más prodigiosas, un universo regido por la sabiduría, donde todos los hombres son laboriosos, donde se premia y se castiga el vicio, y en donde los hombres son felices porque han sabido construir un régimen que puede muy bien inspirar las reformas que es necesario adoptar en el imperio español.

En suma, el terso espejo de Utopía sirve a la España ilustrada para descubrir mejor su propia faz, lo que es y lo que quiere ser. Las minorías reformistas insatis-

fechas por los resultados alcanzados en un mundo renuente a dejarse mejorar, ensayan sus recetas en una tierra supuestamente libre de las rutinas y corruptelas que tratan la aplicación del programa ilustrado en la vida real.

Nada más, gracias.

#### NOTA

La presente conferencia está basada en cuatro trabajos anteriores del autor, a saber:

**“Una utopía jurídica española del siglo XVIII”**, en *Revista de Historia del derecho*, N°9, Buenos Aires, 1981.

**“La China: una utopía rioplatense del siglo XVIII”**, en *Revista de Historia de América*, N° 98, México, 1985.

**“El Río de la Plata y el ambivalente modelo de Roma (1800-1820)”**, en *Investigaciones y Ensayos*, N° 37, Buenos Aires, 1988.

**“El Derecho Natural como crítica del derecho vigente en el Setecientos rioplatense”**, en *Revista de Historia del Derecho* N° 18, Buenos Aires, 1990.

## **“El teatro independiente y las publicaciones teatrales”**

*por Prof. Dr. Fernando Sabsay. (27-XI-1997)*

Amigos del Estado de Derecho, amigos de la Democracia, en la rápida ojeada que han escuchado de algunas de las actividades que desarrollé y sigo desempeñando, advirtieron, sin duda, no haberse hecho referencia a la actividad o al interés por el teatro, motivo de la reunión que nos convoca. Efectivamente, nada se ha dicho de ese género literario.

Sin embargo, fue el esfuerzo mayor realizado entre los años 1946 y 1962, cuando profesé en colegios secundarios y del profesorado: desde 1956, en la Universidad de Buenos Aires. En aquellos años advertí el gran interés que existía por el género teatral en los jóvenes de nuestro país. Se agrupaban para leerlo, estudiarlo y hasta practicarlo en las diversas actividades teatrales, llegando a formar elencos vocacionales, filodramáticos, lo que constituyó, más tarde, el *teatro independiente*.

Lo mismo, acontecía en casi todos los países latinoamericanos donde gobiernos autoritarios ejercían las funciones del Estado.

Seguí interesado en este hecho social llegando a censar unos 2.000 grupos de aficionados en las prácticas teatrales en la Argentina, algunos de los cuales, llegaron a representar una obra. Asimismo advertí la ausencia de textos teatrales, no sólo de autores extranjeros sino, también, de argentinos. Hacía años que habían dejado de aparecer “Bambalinas” y “Dos Carátulas”.

Entonces decidí fundar, a pesar de la opinión negativa de los entendidos, en cuanto al éxito, una editorial de obras de teatro para “alimentar” el “apetito” de la juventud por encontrar textos de autores de los últimos años para su repertorio.

Mi estudio jurídico en la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, se transformó en *Ediciones Losange*. Adopté esta palabra bilingüe -francés y español- Losange, el rombo, que sirve en su conjunto para cubrir el arlequín quien con su mandolina, fue el símbolo, como nombre de la recién fundada editorial y su logotipo sería el emblema teatral.

Así comenzó a aparecer, quincenalmente, una obra de teatro. La primera fue “Demanda contra desconocido” de Georges Neveux; García Lorca, después y, más tarde, “El Puente” de Carlos Gorostiza, estrenada en el teatro “La Máscara”, en la calle Maipú 28, el 5 de mayo de 1949. Esta obra marcó, para el teatro independiente, una nueva etapa. Su éxito abrió las puertas al público de Buenos Aires que

durante varias temporadas agotó las localidades de su representación.

Hagamos, un paréntesis, con el fin de marcar alguna característica humana, del ser intuitivo, poseedor de un instinto, entre otros, distinguiéndose de los animales, el *instinto de transfiguración*.

El mundo circundante, crea al hombre, sin cesar, imágenes, a las cuales opone las que con el mismo ritmo, se concentran en su interior.

Este *instinto de transfiguración* lo lleva a transformar las apariencias de su mundo en otra cosa diferente. Lo lleva a cambiar el ser que le es propio por otro ser que “construye”: transforma el instinto de la transfiguración, por el de la *teatralidad*.

La *teatralidad* es el deseo, materializado de ser otro; crear y re-crear una atmósfera que se oponga a la cotidianidad que llega, a veces, hasta abrumarlo.

El hombre en sociedad intenta acomodarse a las normas aún contra su voluntad. Sin embargo se rebela frente a una realidad que no acepta. Hace, entonces, uso de su poder de transfiguración; plasmando en el escenario su disconformidad, su rebeldía, representando personajes creados por la ficción.

Los griegos, fundadores del *teatro* representaban en sus hemiciclos, al aire libre, provistos de máscaras de la tragedia y la comedia, con sus rictus objetivando los sentimientos más profundos, al hombre transfigurado; Esquilo, Sófocles y Eurípides en los dramas y Aristófanes en la comedia.

El drama, mimado por los actores, lo mismo que en la comedia, develaba los misterios a fin de provocar los efectos naturales en los espectadores: actuar o sentir por empatía o similitud.

El actor encuentra el eco en los espectadores, así como en la sociedad, el jefe, el líder actúa y la colectividad lo imita. La acción de los personajes en el escenario van a encontrar en la imitación grupal la objetivación por el *instinto de transfiguración*.

En la sala de espectáculos se produce la transformación del ser-espectador, quien siendo lo que es, siente, al mismo tiempo, otra cosa.

Tal el juego de la teatralidad donde se aceptan o no algunos de los personajes. Conscientes de que el teatro es, un “Juego”, no podemos permanecer pasivos como en las secuencias del cinematógrafo, donde la propia acción nos lleva, sin necesidad de sentirnos parte de ella. Nos dejamos llevar por las imágenes: somos

espectadores, de ninguna manera actores. Hasta se llegó a afirmar que con la aparición del cine se perderían los lectores de novelas. El celuloide en la vertiginosa presentación del espacio y el tiempo, le ahorra al espectador la abstracción de imaginar lo que obliga la palabra del narrador en sus escritos.

¿Por qué, entonces, la lectura de piezas teatrales?, ¿Cuántas veces se ha insistido que el teatro es espectáculo y es de su esencia la imprescindible necesidad de ser visto?

Una vez más, la respuesta no es una sola, ni tampoco absoluta. Nadie niega al teatro su condición de templo donde deben representarse las obras, pero es bueno recordar que en Grecia, origen del género, los espectadores concurrían conociendo el argumento de la representación.

La representación dejaba de ser una historia escuchada y vista en cada representación para, simultáneamente a lo que los actores representaban, apareciese lo que en la lectura habían imaginado o construido.

La lectura no es suficiente para “ver” la obra teatral pero, conociendo el texto, la representación se transforma en un juego apasionado de entendidos, que juzgan y compiten con la propia representación imaginada.

El espacio del escenario es todo un mundo empapado de un *clima* tan potente, tan magnético, que actores y espectadores apenas pueden separarse de él una vez terminada la representación. El fuerte lazo que se crea entre actores y espectadores hace que éstos comiencen a moverse envueltos en una atmósfera que los inquieta y los impulsa a la acción. Continúa la *acción recíproca* entre el actor y el espectador, naturalmente cuando los actores, el director, el texto del autor, el escenógrafo y hasta la música, cuando la hay, “armaron” la atmósfera, el clima necesario que llevó al espectador-actor colectivo, a no permanecer inactivo frente a ella.

Retornemos al nacimiento de Ediciones Losange, en 1952, al teatro leído.

La literatura teatral seleccionada, en la Colección de Teatro Universal, estaba dirigida a los conjuntos de *teatro independiente*. A ellos ya unidos en comunión de principios. Aparecieron por primera vez traducidos a nuestro idioma: Bertolt Brecht, von Kleist, Büchner, Rattigan, Giovaninetti, Synge, Giraudoux, Capote, Conrad, Pirandello, Chesterton, Marcel, Ionesco, Dürenmatt, Maiacovski, Figueiredo, Gorki, Katzanzakis sólo para nombrar algunos de más de 100 obras que publicó Ediciones Losange.



¿Cuáles fueron los factores que caracterizaron el nacimiento del texto independiente?. Destaco cuatro factores fundamentales:

1º. El estado de la cultura con el ascenso social de la pequeña burguesía y el interés en algunos sectores del proletariado comercial e industrial.

2º. Una realidad socioeconómica en cambio.

3º. La elaboración teórica de principios de conducta artística, creando un *teatro del arte*.

4º. Una respuesta al mal teatro comercial.

La denominación de “independiente” es difícil de determinar en el tiempo de los escenarios porteños. Sin embargo, quien fundamentó los principios y la organización del “teatro independiente” fue Leónidas Barletta, creador y director del Teatro del Pueblo, que lo utilizó como subtítulo de su denominación. Sus programas y entradas decían: “Primer teatro independiente de Buenos Aires”, con nacimiento oficial el 30 de noviembre de 1930.

El viernes 14 de febrero de 1931 se presentó por primera vez ante el público, en un cine de Villa Devoto, con la representación de *La Conferencia*, de Mark Twain; *El Cafetín*, canciones de suburbio, y *La comedieta burguesa*, de Alvaro Yunque.

Luego de cambios locales, Mariano de Vedia y Mitre, intendente de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, entregó el usufructo del ex Teatro Nuevo - hoy Teatro Municipal General San Martín - al director del Teatro del Pueblo, Leónidas Barletta. El primer estreno se efectuó en la primavera de 1937 y alcanzó el máximo prestigio de su trayectoria en el período que abarca desde 1937 hasta fines de 1942.

Creo que es un deber recordar los nombres de los iniciadores del Teatro del Pueblo, firmantes del acta constituida, con principios y fines muy precisos, nombrando a Leónidas Barletta -nacido en Buenos Aires en 1902- como director y con plenos poderes en la organización; eran ellos: Amelia Díaz de Forno, Joaquín Pérez Fernández, Pascual Nacarati, José Veneziano, Hugo Divieri y algunas otras personas.

En el año 1940 ya actuaban como conjuntos La Máscara y la Agrupación Artística Juan B. Justo. El Teatro Juan B. Justo se conocía desde 1935.

A fines de 1943 se canceló la autorización municipal que se le había concedido. El Teatro del Pueblo se trasladó a un sótano, con capacidad para doscientos espectadores, en Avenida Roque Sáenz Peña 943.

Otros teatros independientes de la época fueron:

- El Teatro Popular José González Castillo y el Teatro Intimo. El 14 de septiembre de 1935, este último inicia su vida escénica con *Los muertos* de Florencio Sánchez.

- El Teatro Proletario, de breve actuación, entre 1933 y 1935, que fue dirigido por Ricardo Passano.

- El Teatro La Cortina que, en octubre de 1937, tuvo por fundadores a Mane Bernardo y Alberto Valle.

- En febrero de 1939, aparece La Máscara, con los ideales de Romain Rolland.

- En el mismo año, surge Tinglado Libre Teatro.

- En 1940, nace Teatro Libre Evaristo Carriego, con Eugenio Filippelli.

- El 1° de abril del mismo año, se constituye oficialmente el teatro IFT. Comenzó en el Teatro Coliseo, hasta con propio local, en 1952, en la calle Boulogne Sur Mer. Se representaban obras teatrales en idish y español.

- El 17 de marzo de 1941, Teatro Florencio Sánchez realiza su primera representación en el teatro Boedo, con la obra *M'hijo el doctor*, de cuyo autor el grupo toma su nombre.

- En mayo de 1950, nace Teatro Estudio.

- El 17 de julio, surge el Instituto de Arte Moderno y sus fundadores fueron: María Antonieta de Moroni y Hernán Lavalle Cobo. Se inicia con *Anfitrión 38*, de Jean Giraudoux, con escenografía de Saulo Benavente.

- En el mismo año, aparece Nuevo Teatro, fundado por Alejandra Boero, Pedro Asquini, Héctor Alterio, Carlos Gandolfo y otros. En la boletería se veía a Enrique Pinti hasta que representó a Bernard Shaw.

- En septiembre, también de 1950, nace la Organización Latinoamericana de Teatro (OLAT), cuyo fundador fue Alberto Rodríguez Muñoz.

- En mayo de 1951, aparece Telón-Teatro Independiente, con Adrián Rey.

- El 1º de Junio de 1951, el Centro de Estudios y Representaciones de Arte Dramático, Teatro Popular Independiente Fray Mocho, fue fundado por Oscar Ferrigno, Esther Becher, Estela Obarrio, Hirko Alvarez, Agustín Cuzzani, Elena Berni, Raquel Kronental y Salvador Santángelo.

- El Teatro de los Independientes se funda el 6 de octubre de 1952, con: Onofre Lovero, Ana Tesolín y otros.

En el año 1952 visité, por primera vez, a Pedro Asquini y Alejandra Boero que dirigirán “Nuevo Teatro”, en Corrientes y Junín. Ensayaban, “Demanda contra desconocido” de Georges Neveux. Me prestaron una copia del texto. Esta fue la primera obra de Colección Teatral Periódica de Ediciones Losange cuya aparición coincidió con el estreno de la obra.

Así otros estrenos coincidieron con tomitos de la Colección. Comencé a venderlos en las librerías de Corrientes, Florida y Santa Fe. Más tarde, en los entreactos, en los teatros independientes. Posteriormente, presidí la primera cooperativa distribuidora de libros “Coodilibro” y las publicaciones de varios sellos editoriales se vendieron en todos los países de habla española.

La Colección Teatral tenía carácter docente propio de la vocación de quien la dirigía.

En su continente, la tapa con una viñeta alegórica al texto igual que una faja con unas líneas del texto interior, cerraban el libro. En la primera solapa una sucinta biografía del autor.

En las primeras páginas, el dibujo de la cara del autor al igual que las viñetas las realizó la artista plástica Sofia Olivesky. Más adelante, referencias del estreno y otras notas, en el país y en el extranjero. Olga Orozco, Beatriz Guido, Manfred Schonfeld, Estela Canto, José María Coco Ferraris, Lila Guerrero, Francisco Javier, Dora Martínez de Vivár, Héctor Bianciotti, fueron algunos de los traductores de las obras.

En 1959, al cumplir Ediciones Losange, 7 años, y con varias decenas de piezas del teatro universal publicadas, el Teatro Caminito de la Boca dirigido por Cecilio Madanes, la Sociedad Argentina de Escritores y la Secretaria de Cultura de Buenos Aires, me homenajearon, con algunos escenas de “Arlequín, sirviente de dos patronos”; la palabra del presidente de la SADE, Fermín Estrella Gutiérrez; el

Secretario de Cultura, Aldo Armando Coces, el célebre escenógrafo, Saulo Benaventa y en representación de los autores publicados, el gran poeta español Rafael Alberti.

En 1960 concreté la fusión de Ediciones Losange con Ediciones Nueva Visión. La Colección Teatral conservó su nombre. Habían terminado los años heroicos de Losange.

Entretanto habían aparecido, en otras editoriales colecciones teatrales. La revista Talía agregaba una pieza en cada número; “Carro de Téspis”, sólo autores argentinos; Quetzal, algunas obras y en la Editorial Losada, Guillermo de Torre dirigía una colección Teatro del Mundo con varias obras de un solo autor en cada volumen.

Finalicemos esta rápida cabalgata sobre temas teatrales, afirmando que la *teatralidad* domina la sociedad. Más que vivir en regímenes políticos tradicionales: democracia, monarquía, aristocracia, plutocracia, etc., vivimos inmersos en una *teatrocracia*. Para confirmar lo que estamos afirmando, intentemos eliminar de nuestra actuación diaria los momentos en que no representamos un papel, un rol y observaremos que es muy pequeño el tiempo en que somos auténticos.

Aceptaremos, entonces, ser fieles sujetos de la universal *teatrocracia* y comprenderemos que la vida es un espectáculo teatral continuo.

Si “La vida es sueño”, como escribió Calderón de la Barca; agreguemos, antes de correr el telón, la realidad es el escenario teatral.



## **“Las peñas literarias de Buenos Aires”**

*por Antonio Requeni. (6-VIII-1998)*

La peña reunión o tertulias de seres unidos por afinidad de intereses, actividades o de simple simpatía amistosa, tiene una larga tradición que se vincula con la necesidad del hombre de comunicarse, de conjurar la soledad. La peña no es una institución privativa de una clase sino un hábito que ha abarcado siempre todos los niveles sociales y culturales, desde los arcópagos literarios de la Grecia clásica a las ruedas de parroquianos que discuten en una mesa de café las alternativas del último partido de fútbol o la mejor manera de enderezar el mundo.

En esta ocasión trataré de ofrecer un panorama de las peñas de Buenos Aires, particularmente de las que congregaron a poetas, artistas, periodistas y otros bohemios consuetudinarios durante un tiempo en el que aún había tiempo para despilfarrar en diálogos más o menos morosos o chispeantes; épocas felices en las que era habitual ver conciliados verdad y pintoresquismo, pobreza y alegría, talento y desinterés.

En relación con la ciudad de ayer, Buenos Aires exhibe una opulencia digna de las urbes más modernas pero, acaso, en algunos aspectos, se ha empobrecido. ¿Qué se hizo de aquellos viejos bares y cafés del centro donde siguiendo la tradición madrileña o parisina -también abolida en esas capitales- los porteños acostumbraban a reunirse, ya no para matar el tiempo sino para desmenuzarlo, ritualmente, en estirados diálogos, o acribillarlo con los golpes frenéticos del cubilete sobre la mesa de “generalá”? Alguno sobrevive, es verdad, pero poco a poco van desapareciendo del mapa urbano.

Aquel hombre “que está solo y espera” del que Raúl Scalabrini Ortiz habló en un libro de vasta difusión, sigue estando solo pero ya no tiene tiempo de esperar. Tampoco le quedan sitios donde sentarse con los muchachos -no importa si de veinte o sesenta años- para hablar de política o de fútbol. Sin embargo, la costumbre de la tertulia o peña fue una necesidad para los porteños de 40 o 50 años atrás, especialmente entre los miembros de tipología social prácticamente extinguida en nuestros días: la bohemia.

Pero vayamos a nuestra historia. En mi libro “Cronicón de las peñas de Buenos Aires” me referí a peñas que tuvieron su auge a lo largo del siglo XIX, grupos de hombres y mujeres que en tiempos de la Colonia y la Gran Aldea alcanzaron significativa gravitación. ¿No fueron peñas las sociedades secretas en las que se reunían nuestros próceres? ¿No fue la tertulia de la Jabonería de Vieytes, en la

calle México de 1050 al 1062, una verdadera peña?. También lo fue, más cerca de lo que hoy concebimos por tal, la que regentaba Joaquina Izquierdo -exquisita recitadora- en la calle Belgrano, entre Balcarce y el Bajo, y la que discretamente dirigía Mariquita Sánchez de Thompson en su mansión de la calle Unquera, hoy Florida, donde se gestó la Sociedad del Buen Gusto. Fuera de ese ambiente social, hubo además peñas en los cafés tradicionales de la época como el Café de los trucos, que habría sus puertas en la esquina sur de la Plaza Mayor, el de Los Catalanes, en San Martín y Cangallo, particularmente, en el Café de Marcos, en la esquina de Alsina y Bolívar, donde Agustín Donado creó la Sociedad Patriótica y Literaria, desde la cual el verbo inflamado de Monteagudo proclamó que “la ignorancia es el origen de todas las desgracias y el más firme apoyo del despotismo”.

Las tertulias, tanto en residencias como en cafés, languidecieron durante el régimen de Rosas. Después de Caseros renacieron las inquietudes culturales y, con ellas, los salones literarios como el que abrió, ya madura, esa interesantísima persona de nuestras letras de "Una excursión a los indios Ranqueles". En las últimas décadas del siglo XIX los salones de Miguel Cané y Rafael Obligado cobijaron peñas de literarios, políticos y artistas.

Pero la peña bohemia y pintoresca que, lejos de salones y ateneos, se instalaría en los populares cafés y cervecerías porteñas, surgió con la llegada de Rubén Darío, quien importó esa costumbre tras sus vagabundeos por los cafés literarios de París y Madrid. Hasta el primer viaje del poeta nicaragüense a Buenos Aires, 1893, era posible ver por las noches, ante la mesa de un bar, a algún bohemio solitario que se aplicaba vehementemente a las tareas de vaciar copas y llenar cuartillas. Uno de esos personajes característicos fue Charles de Soussens, poeta suizo radicado - o refugiado - desde joven en Buenos Aires, por donde ambuló en busca de olvido y consuelo, según se dijo, después de una desdichada experiencia sentimental en Europa. El imán de la personalidad rubendariana lo trajo hacia su órbita, igual que a otros bohemios sueltos, náufragos de la madrugada porteña: Antonio Monteavaro, Antonino Lamberti, Alberto Ghirardo, Diego Fernández Espiro y algunos más. Con ellos, Rubén Darío hizo escala muchas noches en “La Helvética”, de San Martín y Corrientes - frecuentado por los periodistas de “la Nación” - ; en los bares de “Monti”, “Luzio” o en la cervecería “Auer’s Keller”.

*Monti, Luzio y Aure's son templos.  
Allí se excluyen las políticas,  
se muestran líricos ejemplos,  
vuelan las odas y las críticas.*

Esta es una estrofa de “Versos de Año Nuevo”, que Darío escribió años más tarde,

recordando sus felices días -o noches- de bohemia en Buenos Aires. Esta es otra ingeniosa cuarteta de ese poema:

*Kants, Nietzches y Shopenhauers,  
ebrios de cerveza y de azur,  
iban, gracias al calembour,  
a tomarse su chop en Auer's.*

Las peñas de escritores, periodistas y artistas proliferaron después de la partida de Darío, en 1898, y éste frecuentó algunas de ellas en sus posteriores visitas, en 1906 y 1912.

Entre los mas famosos escenarios de peñas de comienzos de siglo hay que mencionar el café de "Los Inmortales", en la calle Corrientes al 900 -donde hoy está la sastrería Cervantes-. Solamente "Los Inmortales" merecería una conferencia o un libro, como el que precisamente le dedicó Vicente Martínez Cuitiño, aunque no todo lo que contó sobre el famoso café haya sido cierto. Un día, don Roberto Giusti me dijo que Martínez Cuitiño había incluido en su libro "hasta a los que pasaban por la vereda de enfrente".

Durante muchos años persistieron las dudas sobre el verdadero nombre de "Los Inmortales" y sobre quien fue el que lo bautizó de ese modo, dudas que he tratado de dilucidar en mi libro, pero lo cierto es que dicho establecimiento representa un mito insoslayable de nuestra vida literaria y cultural. Allí, según me relató Edmundo Guibourg, que fue uno de sus parroquianos, se formó no una peña, sino un "archipiélago de peñas", entre las que sobresalían la de los autores teatrales, periodistas, pintores y políticos, en su mayoría anarquistas. Entre los políticos concurrían los socialistas Alfredo Palacios y Mario Bravo, así como el uruguayo Emilio Frugoni. Dar nombres significaría hacer una lista fatigosa. Baste mencionar a los principales animadores de tertulias: Florencio Sánchez, Charles de Soussens, Antonio Monteavaro, Evaristo Carriego, Agustín Riganelli, Alberto Ghirardo, José de Maturana. Rodolfo González Pacheco y Enrique García Velloso. En "Los Inmortales" se creó una sociedad de autores teatrales que fue el germen de la actual "Argentores", y también surgió allí la idea de un instituto nacional para cursar estudios de arte dramático, o sea lo que hoy es el Conservatorio Nacional de Música y Arte Escénico. A veces concurría a "Los Inmortales" José Ingenieros con Soussens y una *troupe* de bohemios funambulescos de la peña "La Syringa". El eminente médico y criminólogo, el autor de numerosos libros científicos y de psicología social, el activo militante socialista (como Lugones y Giusti en esa época) era simultáneamente un caballero atildado, con cierto prestigio donjuanesco, y un entusiasta animador de peñas, a cuyos integrantes mas famélicos solía auxiliar generosamente. A la vez Ingenieros era un temperamento desenfadado, que exteriorizaba a



través de la burla o tomadura de pelo, esa discutible versión porteña del “titeo” español que nosotros identificamos con el vocablo cachada y de la que tal vez Ingenieros fue precursor. Giusti me contó que el también concurría a “Los Inmortales” así como a “La Brasileña”, de Maipú entre Corrientes y Sarmiento, y al restaurante “Ferrari”, en Sarmiento y Uruguay donde tenían lugar sus célebres almorzáculos, de los que participaban por lo general, los redactores y colaboradores de la revista “Nosotros” y donde se agasajó a Enrique Gómez Carrillo, Vicente Blasco Ibáñez, Ramón del Valle Inclán y José Ortega y Gasset.

Pero antes de abandonar “Los Inmortales” digamos que por uno de sus “archipiélagos de peñas” pasó una mujer, la primera que hizo entre nosotros vida de café y la primera, también, que se animó a fumar en público: la actriz uruguaya Ángela Tesada, a quien se atribuía una relación sentimental con Ingenieros.

En las primeras décadas del siglo se formaron peñas en otros locales, como el “Guarany”, situado en la angosta Corrientes frente a “Los Inmortales”; el ya nombrado “La Brasileña”, “La Armonía”, “El Seminario” y el antiguo “Trapezón” de Callao y Bartolomé y Mitre como así en las trastiendas de algunas librerías céntricas y en las redacciones de los principales diarios.

Un acontecimiento de la época fue la aparición de “Caras y Caretas”, revista festiva, literaria, artística y de actualidades que leía toda la ciudad, sin distinción de clases sociales. Uno de los fundadores y, durante muchos años animador de la revista, fue Luis Pardo, que firmaba con el seudónimo Luis García. Era quien escribía los comentarios de actualidad, en verso, ilustrando generalmente los dibujos de José María Cao o de Eduardo Álvarez. Luis García tenía una gran facilidad para versificar y un ingenio centelleante. Una fuga de presos de la penitenciaría de Las Heras inspiró, por ejemplo, el siguiente dístico:

*A estos presidiarios úneles  
su gran pasión por los túneles*

Otra vez, saludando a Rubén Darío publicó estos versos que parodiaban el estilo del gran poeta:

*Es del arte experto nauta,  
buzo y bonzo; de las perlas costosísimas se incauta  
y en la flauta de sus rimas las incrusta pronto y bien.  
La gran flauta, la gran flauta  
la gran flauta de Rubén.*

Pardo fue otro fervoroso precursor de peñas y dirigió una que reunía colabo-

radores y aspirantes a colaborar en el “New Bar” situado en Venezuela y Bolívar, próximo al local de la revista. Del “New Bar” de Florida abogaban por una renovación estética, los Boedo -admiradores todos aquellos de la Revolución Rusa- propugnaban por un cambio social. Leónidas Barletta, en su libro *Boedo y Florida*, acertó a sintetizar las motivaciones de esa suerte de guerrilla literaria afirmando que Florida quería la “revolución para el arte” y Boedo “el arte para la revolución”. Salvada la circunstancia de que la mayoría de los escritores de Florida no vivían en el centro y tampoco los de Boedo residían en este barrio, las acusaciones de los “proletarios” respondidas por los presuntos “pitucos” o “cajetillas” en forma casi siempre humorística, sirvieron para estimular la creación de editoriales y despertar en la población el interés por la cultura nacional.

Algunos restaron importancia a aquella hostilidad y hasta negaron que haya existido. Eduardo González Lanuza, expresó: “La realidad histórica de esa división es bastante discutible desde cualquier punto de vista desde la que se la mire a no ser el de una avisada generación que conoce bien los recursos de la propaganda y sabe hacer que la gente se ocupe de ella”. Y Leónidas Barletta, que perteneció a la falange contraria, dijo; “De la disputa surgieron innegables beneficios: los de Boedo se aplicaron a escribir cada vez mejor y los de Florida fueron comprendiendo que no podían permanecer ajenos a la política. Pero el beneficio más importante fue que la querrela llegó a apasionar a la gente y surgió entonces una literatura argentina y una maza de lectores de libros hasta entonces inexistente. La ilustración de la clase media corría por cuenta de los suplementos literarios de los grandes diarios y de las revistas semanales. Boedo y Florida, como adversarios, crearon la pasión del libro, de las exposiciones de pinturas, de los conciertos”.

Sin embargo a pesar de lo dicho, otros escritores sostuvieron la existencia de esa belicosidad. Tal es el caso de Elías Castelnuovo, a quien visité en su apacible refugio del barrio de Liniers para que, como protagonista y virtual caudillo de Boedo, me diera su versión.

“El origen del grupo Boedo -me dijo- se debió a un concurso de cuentos y versos organizado en 1923 por el diario “La Montaña”, cuya página de arte dirigía el poeta Juan Pedro Calou (muerto un año después), quien actuó como jurado. Resultaron premiados cuatro escritores jóvenes que se desconocían entre sí y que por efecto del dictamen se relacionaron mutuamente. El cuarto premio lo obtuvo Roberto Mariani con un relato que figuró más tarde en su libro *Cuentos de la oficina*; el tercero Leónidas Barletta, el segundo Manuel Roja, autor de una obra celebrada y premio Nacional de Chile, donde residió prácticamente toda su vida. Y el primer premio Elías Castelnuovo, también con una narración que figuró posteriormente en su libro *Tinieblas*. Álvaro Yunque obtuvo una mención especial. Esos cinco escritores noveles formaron originariamente el grupo Boedo.

Al preguntar a Castelnuovo sobre los lugares donde se reunían me informó: “No éramos tipos de café; incidentalmente nos juntábamos en comidas. Por lo general las reuniones eran en mi casa-bohardilla de Sadi Carnot 11, ya demolida. Por allí pasaron Roberto Arlt, César Tiempo, Mariani, Stanchina, Amorin (primo de Borges) y prácticamente toda la generación de Boedo. Una vez vino Mario Bravo. Ni él ni nosotros sospechábamos que esa calle, Sadi Carnot, llevaría un día su nombre. También nos reuníamos en la casa de Facio Haebecquer, en Caseros y Rioja. A veces llegaron hasta allí Armando Santos Discépolo, que vivía en frente, y Juan de Dios Filiberto. Otras veces nos encontrábamos en el café “El Japonés”, de Boedo y San Juan, al que también concurrían los payadores de Boedo. Homero Manzi, que vivía cerca, en la calle Garay y apareció un poco más tarde”.

Cabe señalar que frente a los traviesos muchachos de Florida, no todos los del bando contrario mostraron siempre el ceño adusto o agresivo. Fue precisamente alguien de sus filas, César Tiempo, quien urdió una superchería de insospechada repercusión al firmar con el seudónimo de Clara Béter el libro “Versos de una ...”. En Florida se originó otro escándalo parecido cuando Luis Cané fraguó una recopilación de versos dedicados a exaltar lesbianismos y la autocomplacencia narcisista de apócrifas poetisas. Necesario es recordar también que Florida y Boedo se unieron para refutar una declaración de la “La Gaceta Literaria”, de Madrid, en la que ésta afirmaba que el meridiano intelectual de Hispanoamérica pasaba por la capital española. En una hilarante respuesta, escrita en lunfardo para acentuar el localismo, los escritores argentinos trasladaban el meridiano al Buenos Aires. El último párrafo decía: “Espiracusen con plumero y todo, ante que los raje. Ché meridiano, hacete a un lao que voy escupir”.

Para finalizar con esta suerte de contienda entre Boedo y Florida, diré que escritores como Amorim, los González Tuñón, Ganduglia y Olivari, militaron simultáneamente en ambos grupos y que hasta Roberto Mariani, uno de los mas fogosos detractores de Florida -a quien los martinfierristas habían dirigido mordaces pullas- terminó colaborando en “Martín Fierro”. Ello justificaría, tal vez, el chiste de Arturo Cancela, quien alguna vez propuso unir a ambas fracciones bajo el lema “Floredo”.

Quiero recordar que en la década del treinta y a principios del cuarenta funcionaron varios locales frecuentados por escritores y músicos: “Los 36 billares”, de la calle Corrientes (había otro en la Av. de Mayo, que subsiste), donde tocaron las orquestas de Pedro Laurenz y Alfredo Gobbi (José Razzano era habitué) y “La Real”, de Corrientes y Talcahuano, donde hoy funciona una pizzería. Este era lugar de encuentro de Julio De Caro, Roberto Firpo, Enrique Cadícamo, el empresario teatral Alberto Ballerini y el ex-boxeador Luis Ángel Firpo. A veces iba Carlos

Gardel. Otra peña de "La Real" estaba constituida por gente de teatro y cine (Soffici, Petrone, Muiño, Magaña, etc.) Ulyses Petit de Murat me informó que cerca de "La Real" había una cigarrería donde compraba sus cigarros el potentado de la generación martinfierrista, Oliverio Gironde. En este establecimiento trabajaba un joven griego, muy tímido, aficionado al tango. Como había visto en la confitería a Gardel, por el que profesaba enorme admiración, le pidió un día a su amigo César Tiempo que se lo presentara. César Tiempo lo llevó ante Gardel y se lo presentó. El muchacho se puso a temblar y no atinó a decir una palabra. Aquel jovencito se llamaba Aristóteles Onassis.

Le toca ahora el turno a "El Puchero Misterioso", una suerte de cantina en Talcahuano y Sarmiento bautizada así por el poeta y humorista Conrado Nalé Roxlo. Respecto de su nombre Nalé me aseguró que respondía a un doble motivo. El primero, cuya versión es la que más ha corrido por ahí, se debe a que servían un puchero mixto completísimo, en forma de monumental pirámide por solo 20 centavos. Eso era ya un misterio. Pero además, a los parroquianos que habían ordenado el célebre plato, les inquietaba ver, varios minutos después, que el abundoso condumio era alcanzado a través de un agujero abierto junto al mostrador por una mano de la que nunca se conoció al dueño. Esa mano velluda, sin cuerpo, que aparecía por el boquete sosteniendo el humeante fuentón, tenía, también, mucho de misterioso.

En "Borrador de memorias", libro de Nalé Roxlo aparecido póstumamente, éste narró una anécdota ocurrida en la cantina donde se encontraba con otros poetas de la década del treinta. Anécdota que protagonizara otro singular personaje de la bohemia periodística: Augusto Gozalvo o El Tuerto Gozalvo.

Gozalvo era un periodista de "La Protesta", donde firmaba críticas de arte con el seudónimo de Marqués de Játiva, que después evolucionó hacia el nacionalismo y escribió para el periódico "La Nueva República", de Rodolfo Irazusta. Nalé cuenta que circulaban distintas versiones sobre la pérdida de su ojo derecho. "Para unos había desaparecido en la punta de una lanza en una revolución uruguaya; para otros se los arrancó con la uñas una amada celosa y bravía, y alguna noche le oí decir que se lo arrancó él mismo por apuesta", cuenta Nalé.

El autor de "El Grillo" informó también que la nacionalidad del Tuerto Gonzalvo era dudosa pues oscilaba entre el Salto oriental y la ciudad de Játiva, en Valencia, y recordó luego que su ojo sano era de un celeste pálido de lejanía marina lo que unido a sus escasos cabellos de un rubio rojizo y a su rostro pecoso, le daba un vago aspecto nórdico; pero su ojo de vidrio era del color del tiempo, ambivalente, tornadizo y frívolo, pues con frecuencia lo empeñaba o vendía o traspapelaba - mejor sería decir traspapelaba - en una noche turbulenta de alta presión alcohólica, y

entonces se ponía uno usado, comprado en los cambalaches de la calle Talcahuano. Así muchas noches apareció en las tertulias con ojos absurdos, como uno que nunca olvidaré: negro, profundo y rasgado que evocaba los ojos de las huries del Profeta. Los clientes no habituales de *El puchero Misterioso* se sorprendieron muchas veces al oír gritar a un mozo en el mostrador: "¡marche una caña doble y el ojo del señor Gonzalvo!".

Era sencillamente que lo había dejado en prenda la noche anterior y ahora lo rescataba.

Cierta vez quiso entrevistarse con un encumbrado personaje, ministro o algo así, del que había sido compañero de bohemia periodística en lejanos años. Previendo que el otro hubiera olvidado su nombre cuando llegó a la antesala y el imponente ordenanza le dijo: "¿A quién anuncio, señor?", Gonzalvo, con gesto del que el solo era capaz, se quitó el ojo y poniéndolo en la mano del azorado introductor, le dijo: "Lléveselo; esa es mi tarjeta". Fue inmediatamente recibido.

De la misma época es "La Terraza", tradicional café de Corrientes y Paraná, y "La Perla" del Once donde Macedonio Fernández solía presidir una mesa que rodeaban Borges, Xul Solar, los hermanos César y Santiago Dabove, Brandán Caraffa y Enrique Fernández Latour. "La Terraza" fue el local que más se aproximó, por las características de sus peñas a "Los Inmortales", por que allí funcionó un archipiélago de tertulias: gente del teatro, del periodismo, de la literatura, del deporte y de la música popular. Roberto Tálice, Carlos de la Púa (apodado también "El malevo Muñoz"), Pablo Suero, Edmundo Guibourg, los hermanos Enrique y Raúl González Tuñón, Luis Angel Firpo y Enrique Santos Discépolo, se contaron entre los que frecuentaron el local. En su libro sobre Carlos de la Púa, Roberto Tálice refiere un episodio protagonizado por uno de los contertulios de "La Terraza", Ernesto Ponzio, autor del tango *Don Juan*, más conocido como el Pibe Ernesto. Había salido este de la cárcel de Rosario, tras cumplir con una de sus reiteradas condenas, cuando alguien quiso conocer las causas de sus reincidencias. Entonces, el Pibe Ernesto, para que su interlocutor no creyera que él era un delincuente de poca monta, le respondió en tono enfático y jactancioso: "Es cierto, tengo varias entradas pero todas por homicidio..."

A "La Terraza" acudían, como hemos visto, algunos individuos que no eran autores de sainetes, tangos o crónicas policiales, pero podían ser protagonistas de cualquiera de esos géneros. Sujetos presidiabiles entre los que resultaba posible inventariar "rateros", "punguistas", "cafiolos", y toda suerte de "reos" del hampa con los que tanto Carlos De la Púa como Eduardo Dughere (a) "El Diente", parecían hallarse a gusto. "El Diente" era el jefe de la reventa de "Critica", a quien Botana distinguía con su amistad. Tálice lo recordó como "uno de los puntales del

diario” y narró algunas anécdotas que hablan del porteño sentido de la amistad de Dughere. Fue él quien puso el dinero para imprimir “La crencha engrasada”, el reputado libro de poemas lunfardos de De la Púa, donde con extraordinario vigor y expresiva síntesis este poema popular trazó pequeños cuadros costumbristas que podrían reemplazar páginas y páginas de un tratado de sociología, como esta cuarteta de sombríos tintes crapulosos:

*La durmió de un casote. Gargajeó de colmiyo.  
Se arregló la melena, y pitándose un faso  
salió de la atorranta pieza del conventillo.  
Y silbando bajito, rumbió p'al escolaso.*

Carlos De la Púa o el Malevo Muñoz era un gordo gigantón al que le gustaba engullir a cuatro carrillos “antes de que la tierra se lo comiera a él”, como dejó escrito César Tiempo. Un día se paró con un amigo ante la vidriera de una rotisería para contemplar una rueda de pollos asándose *allo spiedo*. Mientras se relamía siguiendo la vuelta de los pollos que iban dorándose y soltando lentamente su juguito, el Malevo Muñoz reflexionó en vos alta: “No me explico cómo, habiendo estas cosas, todavía hay tipos que piensan en mujeres...”

Hubo otras memorables peñas en “La Paloma”, bodegón de Santa Fe y Juan B. Justo, y en el café “La Puñalada”, de Rivadavia y Libertad. “Los Dos Chinos” se estableció una peña que animaba Héctor Pedro Blomberg, mientras José Luis Lanuza, el pintor Spilimbergo, los dibujantes Bourse Herrera, el *Cholo* Velencia y los hermanos Bernabó, el crítico de teatro Jacobo de Diego y el poeta Octavio Rivas Rooney creaban la peña “Tupac Amaru”, que tuvo su asiento en el bar “Deux Mondes”, en la calle San Martín, a la vuelta de “La Helvética”. En el bar “El Ateneo”, de Carlos Pellegrini y Cangallo se reunía la peña de los actores: Enrique Muiño, Elías Alippi, Francisco Petrone, Angel Magaña; los directores Lucas Demare y Luis Moglia Barth y los guionistas Sixto Pondal Ríos, Carlos Olivari, Homero Manzi y Petit de Murat, quienes fundaron durante aquellos encuentros Artistas Argentinos Asociados.

En el sótano del “Royal Keller”, en Corrientes y Esmeralda, el poeta peruano Alberto Hidalgo creó la “Revista Oral”, una especie de audición radiofónica “en vivo y en directo”, por la que desfilaron los mas importantes escritores de la época. Borges, Oliverio Girondo, Norah Lange, Ricardo Güiraldes, Ulises Petit de Murat... En la “Revista Oral” se desarrolló un juicio literario a Alberto Gerchunoff en el que Jorge Luis Borges ofició de abogado defensor y Raúl Sacalabrini Ortiz de fiscal. Este último escribió una frase de Gerchunoff en una pizarra y después dijo que iría eliminando las palabras que sobrasen, fundamentando con chispeante ingenio sus tachaduras. Al final quedaron sólo dos o tres preposiciones.

Pero la peña mas famosa y la de mas larga vida -duró de 1926 a 1943- fue La Peña del “Tortoni”, creada en el subsuelo del antiguo café de la Avenida de Mayo 829 por Benito Quinquela Martín, Germán de Elizalde, Pedro Herreros, Tomás Allende Iragorri, Rafael de Diego, Juan de Dios Filiberto, Ricardo Viñes y otros artistas y escritores a quienes se unió después la poetisa Alfonsina Storni. La Peña del “Tortoni” auspició conferencias, exposiciones, conciertos, y en su sótano actuaron a su paso por el país, los pianistas Arturo Rubinstein y Alejandro Brailowsky, la cantante Lily Pons, los conferencistas Luigi Pirandello, Filippo Tommaso Marinetti - creador de “futurismo” -, Gregorio Martínez Sierra, Ramón Gómez de la Serna, José Ortega y Gasset, y Federico García Sanchís. Cuando éste ocupó la tribuna de La Peña, abusó tanto de la palabra que ya los asistentes empezaban a cabecear. Entonces el poeta Ernesto Palacio le alcanzó un papelito en el que había improvisado la siguiente cuarteta:

*Señor García Sanchís:  
a su oratoria barata  
aquí la llamamos lata.  
¿Cómo se llama en Madriz?*

Son muchas las anécdotas que tuvieron por escenario el sótano del Tortoni y que no voy a contar para no extenderme demasiado y correr el riesgo de que alguno de ustedes me pase un papelito con una improvisada cuarteta. Solo acordaré aquella narrada por Raúl González Tuñón cuando el, junto con Nicolás Olivari y Carlos de la Púa recitaban sus versos de fuerte contenido social y arrabalero, y vieron llegar a instalarse a un señor elegante, de rostro conocido, que se acercó a estrechar sus manos cuando terminó la lectura de poemas. Era un porteño típico, era el presidente de la República, don Marcelo Torcuato de Alvear, que había salido de la Casa Rosada y, caminando lentamente por la Avenida de Mayo, recaló en el Tortoni. ¡Feliz época en que los presidentes caminaban solos por la calle y se interesaban por asistir a una lectura de poemas!.

Otra importante peña de Avenida de Mayo, aunque de vida mas efímera, fue “Signo”, también instalada en un sótano, el del Hotel Castelar. Sus principales animadores fueron Oliverio Girondo, Norah Lange, Pablo Rojas Paz y su esposa, Roberto Ledesma, González Carbalho, Augusto Mario Delfino, Lysandro Z. D. Galtier, Amado Villar y otros. Estos escritores inauguraron una modalidad distinta de reunión literaria, una suerte de club elegante donde se hablaba de literatura, se criticaba a colegas ausentes y se bailaba al compás de una música de gramófono. Fue la primera peña que hombres y mujeres se mezclaron en una camaradería sin tabúes, soslayando los tradicionales prejuicios de una sociedad todavía pacata.

Petit de Murat me dio su versión del fin de "Signo", en el que intervino, según se relató, el crítico teatral Pablo Suero, al que apodaban "las mejillas mas aplaudidas de Buenos Aires", ya que sus comentarios mordaces, incisivos, suscitaban a menudo la airada reacción de autores, actores y directores de escena. Suero era, además de crítico sarcástico, un hombre ingeniosísimo. Una vez encontró a Armando Discépolo, a quien había criticado pocos días antes, y lo saludó. Discépolo, mirándolo serio, le dijo: "Yo no lo conozco". Entonces Suero, rápidamente le contestó: "Usted me confunde con la gramática". Una noche llegó Suero al subsuelo del Castelar y proclamó que después de haber estado leyendo los griegos se sentía "poseído por una gran serenidad helénica". Pero al poco rato provocó una batahola en la que volaron sillas y botellas. Ese fue el final de "Signo".

Durante esos años se produjeron importantes cambios que no llegaron a modificar excesivamente el panorama costumbrista de la ciudad. Aún existían esos característicos cafés con billares y el palco para la victrolera donde a veces actuaban orquestas típicas, algunos de ellos verdaderos "púlpitos" del tango, que documentaron en sus magníficas telas Felipe de la Fuente y Carlos Torrallardona. En otros locales subsistían las famosas "orquestas de señoritas" cuya elegía entonó en terneros e irónicos versos María Elena Walsh:

*Eran rubias, llevaban flores  
en el pelo y en la cintura.  
Se movían como muñecas  
con tristísima compostura.*

Por otra parte, la presencia coincidente en 1934 de Federico García Lorca y Pablo Neruda dio pretexto a una interminable serie de comidas, agasajos y reuniones en las que tanto el andaluz como el chileno, amigos de la noche y la jarana se prestaron con deleite.

Una tarde conversé con el recientemente fallecido Lolo Bourse Herrera, dibujante, periodista, hombre de "Crítica", así como de "El Mundo" y otras publicaciones de Haynes, pero sobre todo bohemio irredimible que no recordaba haberse acostado temprano jamás. Su vida fue la noche, la calle, las copas y los amigos.

"Durante los años '30 y '40 los cafés eran de hombres solos -rememoró en aquella charla-. Había casi siempre un "Salón para familias" separado por una mampara bastante cursi, de vidrio o *vitraux*, para los que se atrevían a ir con un romance oculto. Pero al café acudían, por lo general, hombres que trataban de eludir el drama de su soledad. Los cafés de antes eran para echar traste. El hombre llegaba y pedía "La Prensa", pedía "La Nación", pedía la Guía Telefónica, y podía estarse en el café casi todo el día. No existía consumición obligatoria. Con 20



centavos, 15 del café y cinco de propina, el individuo podía mitigar su tedio de hombres solos, su angustia de hombres sin destinos. Otro caso era el del porteño que buscaba el café porque el ambiente de su casa solía ser aburrido. Las mujeres propias eran entonces muy aburridas y muchos porteños iban al café para olvidar sus vidas grises, monótonas.

En cuanto a las peñas, las hubo, efectivamente en todos los café. Era por lo general una rodeada por un grupo de amigos de edad pareja e ideas más o menos comunes. Pero la peña específicamente literaria o artística está unida al concepto de bohemia y este último al de una vida distinta, marginal. Buenos Aires fue siempre una ciudad hostil para los seres que escapaban al rasero común, esos que Darío llamó “los raros”, los trasnochados o trasnochadores. En mi época de muchacho -evocó Bourse Herrera- se hablaba de la insolencia de Alfredo Palacios, de andar como Alfredo Palacios, con sombrero aludo, melena y bigote mosqueteriles. Si a un inglés se le ocurría salir a la calle con las alas cachas del sombrero le hacían trompetillas. No estaba permitido diferenciarse. Todos se vestían de oscuro, como empleados de banco. El hombre argentino se vistió con gran solemnidad hasta 1950, más o menos. El porteño nochera antes de “hacer la noche”, pasaba por su casa para cambiarse. No usaba la misma ropa que las horas del día y debía tener una camisa blanca, de seda, corbata y traje oscuro.

Volviendo a la peñas literarias -habla siempre Bourse Herrera- puedo asegurar que nadie las conocía. No existían entonces los medios de comunicación y los seres que manejaban las peñas era personas distantes. ¿Quién conocía a Lugones? Lugones no tenía rostro para el pueblo. Podía caminar por Florida, sentarse en cualquier café, y nadie sabía que ese señor era Lugones. La soledad, la timidez del hombre de Buenos Aires fue siempre tan extraordinaria, sobre todo el temor al ridículo o a molestar, a salirse de los cánones establecidos, que nadie se atrevía a irrumpir en las peñas de otros. Además, la gente de antes no toleraba agresiones ni abusos.

En la década del '50 se produjeron algunos intentos aislados tendientes a reanimar la grata costumbre de las peñas. En el café “El Ateneo”, de Carlos Pellegrini y Cangallo, funcionó una de gente de teatro y letras denominada “La Cofradía”, que tuvo corta vida. En un café de Sarmiento y Paraná, derribado cuando se inició la construcción del Teatro Municipal General San Martín, se mantuvo algún tiempo la peña de los cirqueros. Concurrían payasos, malabaristas, equilibristas y domadores desocupados. El circo estaba en decadencia y el lugar funcionaba como bolsa de trabajo. A veces conseguían un “bolo” en televisión o como “número vivo” en un cine, hasta que esa posibilidad también se frustró. Uno de los famélicos cirqueros me comentó una noche que un rato antes había pasado por ahí una amiga contorsionista. “Estaba muy contenta” -me dijo- pues había conseguido un trabajo de

dactilógrafa". Después me contó el caso de un payaso que estaba trabajando como sepulturero en la Chacarita.

Las peñas comenzaron a declinar a partir de la década del '50. En su disgregación o decaimiento influyeron motivos políticos que analicé en mi ya citado libro. Pero no solo la política influyó en dicha decadencia. Posteriormente, hasta hoy, las inestables condiciones económicas, la necesidad del pluriempleo para sobrevivir decorosamente o satisfacer la adquisición de bienes impuestos por la publicidad consumista, la competencia pugnaz, fueron factores alienantes que en los últimos redujeron considerablemente el tiempo libre de los porteños, modificaron costumbres y atentaron, sobre todo, contra un estado de ánimo propicio a la reunión cordial y desinteresada entre colegas de un mismo gremio. Para el resurgimiento de la peñas faltó, así mismo, un contexto ambiental incitador. Nuestra ciudad, como prácticamente todas las ciudades del mundo, se ha ido despersonalizando a despecho de su progreso. La jungla de cemento y vidrios de la actual megalópolis avanza sobre todo resto de pintoresquismo e intimidad sentimental. Cada día hay menos establecimientos públicos aptos para la tertulia, y los porteños, requeridos por otras urgencias y preocupaciones, han perdido el hábito de reunirse, al menos con la morosidad, despreocupación, y alegría con que lo hicieron nuestros padres y abuelos.

Todo esto no significa que las peñas desaparecieran por completo. Hasta bien entrada la década del '50 perduraron algunos cenáculos de escritores y artistas y aún existen peñas aisladas, aunque todas ellas carecen de la proyección que llegaron a alcanzar las referidas en esta charla. Habría que nombrar, en Avendida de Mayo, la peña que a fines del '50 y comienzos de la década del '60 se reunía en el "Tortoni", integrada por los jóvenes escritores que hacían la revista literaria "El Grillo de Papel", Liliana Hecker, Horacio Salas, Isidoro Blaisten, Ricardo Piglia, Humberto Constantini, Arnoldo Liberman, Vicente Battista, Ramón Plaza y otros. Quizás sea el "Tortoni" el café que mas peñas sigue albergando, hasta el presente, gracias al espíritu abierto y hospitalario de su gerente Roberto Fanego, quien rehabilitó la antigua bodega para realizar espectáculos, exposiciones y presentaciones de libros.

En los últimos años, las tertulias literarias parecen haber sido reemplazadas por los talleres literarios. No obstante, suele verse a jóvenes poetas y narradores en los bares "El Foro", "Ramos" y "La Paz", de la calle Corrientes, en el tramo que va del Obelisco a Callao, ámbito inembargable de la juventud intelectual porteña, así como en algunos bares de San Telmo, Montserrat o Palermo Viejo, donde después de formales o informales lecturas de poemas o presentaciones de libros, jóvenes autores -y menos jóvenes- estiran la noche entre empanadas, vino o Coca-Cola. Es una bohemia más acorde con el espíritu y los gustos de la vida contemporánea,

pero una bohemia que, al igual que en otros tiempos, tiene por fundamento la amistad, sentimiento entrañablemente argentino que vinculó y dio vida a esas comunidades espirituales donde los porteños, generalmente solitarios y melancólicos, según Scalabrini Ortiz, buscaron el afecto y la solidaridad de sus semejantes.

He dicho que la amistad es un sentimiento típicamente argentino. Debí haber dicho "rioplatense". A finales de la década de los '80, el librero y anticuario uruguayo Washington Pereyra empezó a congregar a un grupo de escritores, diplomáticos, periodistas, profesionales y empresarios unidos por el común amor al libro. Las tertulias, al modo de los almorzáculos de Roberto Giusti, se reunían y siguen reuniéndose a almorzar todos los miércoles. Pasaron por varios restaurantes y actualmente se dan cita en el comedor del Centro Argentino de Ingenieros de la calle Cerrito. En una tertulia mixta -asisten hombres y mujeres, aunque éstas en minoría- y casi todos los miércoles reciben a algún extranjero o argentino residente en el exterior a su paso por el país, cuya actividad se vincula con la cultura.

Las peñas han languidecido pero se resisten a morir. ¿Renacerán algún día con el vigor que tuvieron en la primera mitad del siglo?. Ahora que los argentinos estamos esforzándonos para consolidar nuestra convivencia democrática, hago voto para que regresemos a la práctica de esa antigua y un tanto olvidada costumbre de reunirse, juntarse ante una mesa de café para sentirse más próximos, más prójimos, a través del diálogo. Para que todo el país sea una gran peña en la que florezca, por encima de diferencias políticas e ideológicas, como en los viejos tiempos, la sonrisa de la amistad.

## LOS COLABORADORES

**Dora Barrancos.** Docente universitaria e investigadora del CONICET. Historiadora. Sus temas de investigación fundamentales son los movimientos y luchas sociales y la historia de la mujer. Es compiladora del libro "Historia y género". Actualmente es Legisladora de la Ciudad de Buenos Aires.

**Antonio Cafiero.** Tiene una amplia carrera política, ha sido dirigente universitario, diplomático, varias veces ministro de la nación, gobernador de la provincia de Buenos Aires y, actualmente, senador nacional por dicho Estado. Ha publicado, entre otras obras, "Cinco años después", "Testimonios del '45 y del 2.000 también" y "Desde que grité: ¡Viva Perón!".

**Hebe Clementi.** Licenciada en historia. Ha sido Secretaria de Cultura de la Nación. Conferenciante y delegada a congresos y simposios de su especialidad, se cuenta entre las fundadoras de la organización La Otra Historia. Citamos de sus obras, "Rosas en la historia nacional", "Abolición de la esclavitud en América Latina", "El Radicalismo, trayectoria política", "Las fiestas patrias" y "Conflictos en la historia argentina: guía para su comprensión".

**Donna Guy.** Profesora del departamento de Historia y directora del Latin American Area Center en la Universidad de Arizona. Discípula del estudioso e investigador James Scobie. En nuestro país ha publicado "La política azucarera argentina: Tucumán y la generación del ochenta" y "El sexo peligroso. La prostitución legal en Buenos Aires, 1875-1955".

**Noé Jitrik.** Profesor universitario en Buenos Aires y Córdoba. Dirige el Instituto de Literatura de la Facultad de Letras de la UBA. De su vasta bibliografía literaria, ensayística y crítica, recordamos "Horacio Quiroga, una obra de experiencia y riesgo", "Leopoldo Lugones, mito nacional", "El ochenta y su mundo"; asimismo, es autor de poemas y narraciones: "Feriados", "El día que se nos viene", "Addio a la mama" y "La rectificación".

**José María Mariluz Urquijo.** Miembro de la Academia Nacional de la Historia y del Instituto Historia del Derecho es, asimismo, investigador del CONICET. De su profusa obra, citamos "El Virreinato del Río de la Plata en la época del marqués de Avilés (1799-1801)", "El agente de la administración pública en Indias", "El régimen de la tierra en el derecho indiano", "Los proyectos españoles para reconquistar el Río de la Plata (1820-1833)" y "Estado e industria (1810-1862).

**Carlos Mayo.** Doctorado en la Universidad de California, es docente en la Universidad Nacional de la Plata, investigador del CONICET y miembro de la Academia Nacional de la Historia. Es autor de “Los betlemitas en Buenos Aires. Convento, economía y sociedad (1748-1822)”, “Estancia y sociedad en La Pampa (1740-1820)” y, en colaboración con Amalia Latrubesse, “Terratenientes, soldados y cultivos. La frontera (1736-1815)”.

**Alberto Methol Ferré.** Ensayista e historiador uruguayo. Profesor del Instituto Superior Artigas, es titular de Historia Latinoamericana de la UCA de su país. Vigoroso pensador católico de América Latina, cumplió notable tarea como asesor en el SELA por varios años. Fue editor de la revista Nexo y ha publicado “Geopolítica rioplatense” y “El Uruguay como problema”.

**Antonio Requeni.** Escritor, poeta, ensayista, historiador y periodista. Premio municipal de poesía y de ensayo. Es miembro de la Academia Argentina de Letras. Actualmente es colaborador del diario La Nación. Su vasta producción nos permite escoger, entre otros libros, “Línea de Sombra”, “Cronicón de las peñas literarias de Buenos Aires” y la antología “El vaso de agua”.

**Fernando Sabsay.** Abogado y profesor de Letras. Dicta clases en los tres niveles de enseñanza (primario, secundario y universitario). Fue director de extensión universitaria y secretario de publicaciones de la UBA. Integró EUDEBA (Editorial Universitaria de Buenos Aires), creó las ediciones Losange y Nueva Visión y dirigió el diario Crítica (1962-63). Es miembro de varias academias argentinas y europeas y autor de obras especializadas.

**Horacio Tarcus.** Distinguido historiador, es docente de la Facultad de Filosofía y Letras y de la de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Es autor de numerosos artículos en periódicos y revistas y, entre otros, del libro “El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milciades Peña”.

## INDICE

<b>Palabras preliminares, por Sr. Miguel Unamuno</b>	7
<b>“Pulperías y pulperos de Buenos Aires 1750-1830”</b> <i>por Prof. Dr. Carlos Mayo. (2-V-1996)</i>	11
<b>“Los orígenes del Radicalismo”</b> <i>por Prof. Hebe Clementi. (9-V-1996)</i>	25
<b>“Los padres y la pérdida de la Patria Potestad en Argentina: 1880-1930”</b> <i>por Prof. Donna Guy. (25-VII-1996)</i>	35
<b>“La integración de América en el pensamiento de Perón”</b> <i>por Prof. Alberto Methol Ferré. (22-VIII-1996)</i>	45
<b>“Reflexiones sobre la historia del peronismo”</b> <i>por Dr. Antonio Cafiero. (24-VII-1997)</i>	57
<b>“Surgimiento y caída del Nacionalismo Argentino”</b> <i>por Prof. Noé Jitrik. (31-VII-1997)</i>	73
<b>“Las izquierdas argentinas en el siglo XX. Una aproximación metodológica”</b> <i>por Prof. Horacio Tarcus. (7-VIII-1997)</i>	97
<b>“Presencia de la mujer en las luchas sociales argentinas de principio de siglo”.</b> <i>por Prof. Dora Barrancos. (16-X-1997)</i>	117
<b>“Pensamiento utópico y reformismo Borbónico”</b> <i>por Dr. José María Mariluz Urquijo. (30-X-1997)</i>	129

<b>“El teatro independiente y las publicaciones teatrales”</b> <i>por Prof. Dr. Fernando Sabsay. (27-XI-1997)</i>	141
<b>“Las Peñas Literarias de Buenos Aires”</b> <i>por Sr. Antonio Requeni. (6-VIII-1998)</i>	149

**Participaron en la confección de este volumen:**

**Grabación de las conferencias:** Departamento de Documentos de Cine, Audio y Video.

**Desgrabación:** Dolores Baca Castex y Marcela Martínez.

**Transcripción y revisión de las pruebas:** María Marta Bonilla, Marta Rocha, y Juan S. Montes Cató del Dto. de Documentos de Cine, Audio y Video; Luis Furlan del Dto. Biblioteca y Difusión.

**Programa de autoedición:** Martín F. Boriés.

**Coordinación:** Claudia Perel.